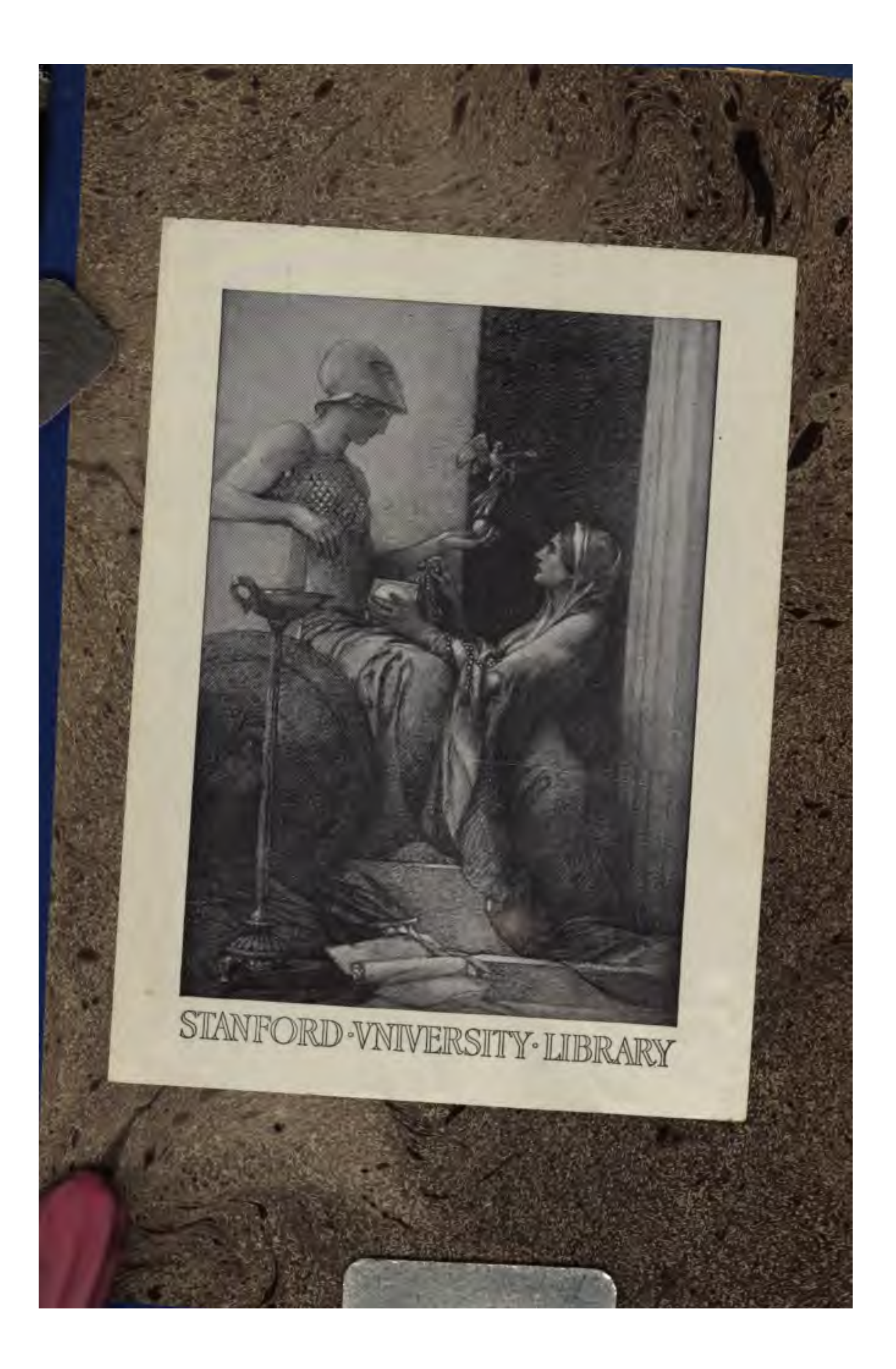
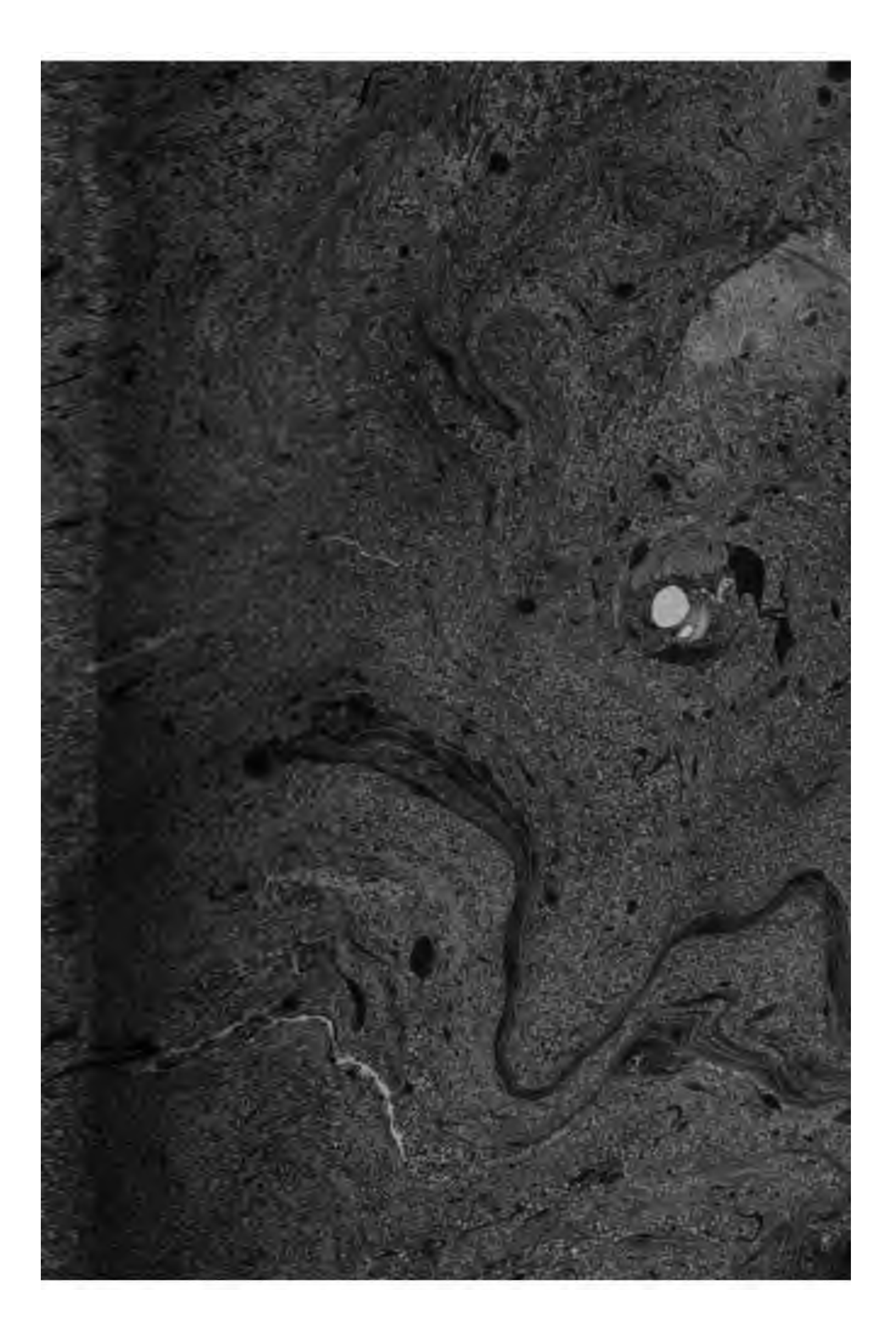
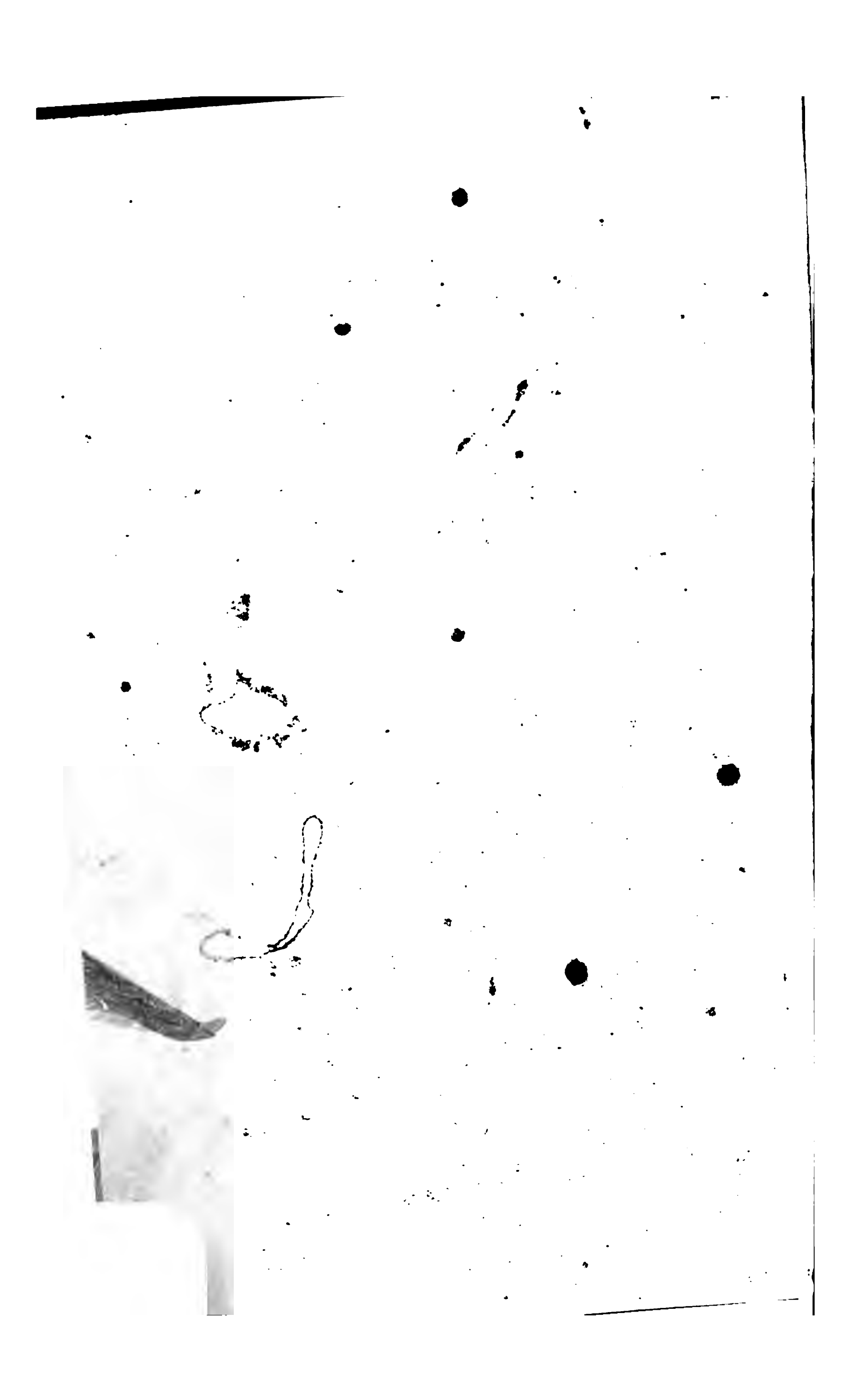








¡LA GUERRA!

Cuba

(DIARIO DE UN TESTIGO)

por RICARDO BURGUETE
del Ejercito Español.

Ilustración de
Passos



CASA EDITORIAL MAUCCI
Mallorca, 226 y 228—Barcelor

¡LA GUERRA!

¡LA GUERRA!

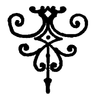
CUBA

(DIARIO DE UN TESTIGO)

por

RICARDO BURGUETE

del Ejército Español



BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228

BUENOS AYRES || MÉXICO

Maucci Herms. Cuyo 1070 || Maucci Herms. 1.ª Relox 1

1902

Al Excmo. Señor
Duque de Tamames

...Servían en los dos primeros tercios, con la asistencia que pudieran, dos particulares soldados: el duque de Pastrana y el príncipe de Asculi...

Carlos Coloma

De todos es conocida, mi querido Duque, su insistencia en pedir un puesto en la guerra de Cuba; había el precedente de que aquel lugar entre las tropas, que no le fué denegado al estallar los sucesos de Melilla, le correspondía en Cuba con más razón, y de ella asistido, pidió V. tomar parte en la campaña, alegando el deseo de corresponder á la merced que

el Rey le hizo al otorgarle el mando de un batallón de voluntarios.

No fueron suficientes razones para mover las de los generales en jefe, y á pretexto de que «no era político», negáronse á acceder á su deseo y el mando sentó el suyo en el capricho; ¡que así es frecuente en estos tiempos insubstanciales!

Corrían para nuestra desventurada tierra otros más prósperos y eran muy seguidos los ejemplos del duque de Pastrana y del de Asculi. La historia suministra bastantes pruebas: el príncipe Ranucho, el conde de Humena y la lista innumerable de nobles varones que á la par buscaban y repartían honra formando en las filas de los tercios; orgullosos de servir entre los soldados los rudos menesteres de la milicia, y orgullosa también ésta de tan ilustres servidores.

Lo que antes era uso y costumbre ahora es excepción; y como lo excepcional tiene por su mayor enemigo la ruindad, de ahí que se alzara la política como enemiga de su buen deseo. ¡Esta misma política que ha servido exclusivamente de hidra de todas nuestras gloriosas y vetustas tradiciones!

Si entre las desaliñadas páginas del libro, la guerra salta á trozos con tonos de vigor y de verdad, á V. los ofrezco y ojalá sean dignos del entusiasmo y admiración que por V. siente su buen amigo,

Ricardo Burguete



CONFIESO que ni en mi primer viaje, ni en los sucesivos, sentí curiosidad por visitar el vapor que nos había de conducir.

Para defenderme de este deseo, que contagió á la mayoría de mis compañeros de expedición, hubo de servirme el propósito que acepté resignado, de que mi papel á bordo, por bonancible que fuese el viaje, había de ser el de una inerte mercancía, almacenada en la litera que á mí se me antojó estante, rotulado con el número 123.

Fuí de los más rezagados en llegar al *Alfonso XII;* pero, atendiendo á los consejos del botero, fuí el primero en instalarme.

Tendido en la litera, observé que el reducido ca-

marote daba lugar á otras seis y dos lavabos empotrados en la pared. Fuera de este espacio y del que la puerta robaba al abrirse, apenas si lo había para que de pie pudieran peinarse tres personas.

Era mi albergue de los más inmediatos al suelo, y al considerar el sinnúmero de molestias que traería consigo la aglomeración de gente en tan reducido espacio, lamenté mi poca diligencia, y á fuerza de envidiar la del feliz mortal dueño de la litera de arriba, empecé por aborrecerle aun sin haberle visto.

Un ruido ensordecedor me sacó de estas reflexiones, acompañado de un desasosegado rumor de voces y de pasos en los pasillos. A poco entró el camarero á decirme que levaban anclas y el buque empezaba á marchar.

Tentado estuve de olvidar el consejo del botero y subirme á cubierta. Pero una súbita congoja se apoderó de mi ánimo y tendió á lo largo de mis músculos la fría lasitud del desfallecimiento.

A la par que el *Alfonso XII* levaba anclas con ruido infernal semejante á si vaciara por un boquete todo el hierro de sus maquinarias y todo el contenido de sus bodegas, así, al levantar en el recuerdo de los pasados días el más leve peso, volcáronse de golpe en mi espíritu todas las emociones, todas las amarguras guardadas al despedirme de los seres queridos.

Desplazaba insensiblemente el buque, y apenas si

acusaba el imperceptible balanceo el desperezar de todos los objetos dormidos, que recobraban en el camarote su habitual tintileo, y el crujir acompasado de todas las resquebrajaduras del maderamen, que lloraban su perdido reposo entre acres exhalaciones de alquitrán y de pintura.

Marcó la hélice con potentes paletadas la marcha regular de su acompasado movimiento, amortiguando todos los ruidos que ya iban insensiblemente perdiéndose en el constante chapotear de las aguas desplazadas.

Había sucedido en los pasillos un silencio sepulcral: pasajeros y sirvientes debían de haber subido á cubierta al comenzar la maniobra y daban el último adiós á los muelles de Cádiz.

Indudablemente pasaban rozando otras embarcaciones; por el cristal de la comporta desfilaban enormes sombrajos, y en cada uno de ellos los gritos de: «¡Adiós! ¡adiós!» de otras tripulaciones se correspondían con los de nuestros pasajeros, y entrambos ensordecidos por la voz poderosa de la sirena que tras precursores gemidos de ensayo lanzaba, de trecho en trecho, largos y desgarradores lamentos que devolvía el eco con *trémolo* medroso desde los bastiones de la muralla y de los amontonados peñascos de la costa.

Aumentó progresivamente el balanceo del buque. Sumido en la amargura de mis recuerdos de despido,



sufría cruelmente y en vano intenté que el sueño cerrase mis ojos.

¡Qué poderoso ácido disolvente del sueño son los recuerdos en horas de desventura!

Sentí de pronto necesidad de aire, de luz, de distracciones que llamasen la atención de mis sentidos, y recitando mental-

mente la frase de Dante: *Lasciati ogni speranza,* decidí abandonar la litera y subir á cubierta. ¿Para qué tener esperanza de volver? Mejor era cerrar la puerta á la ilusión y resignarse á arrostrar la muerte con entereza de espíritu.

Subí á cubierta decidido á tirar por una borda el fardo de recuerdos que me abrumaba.

Habíamos caminado mucho: desde la toldilla de popa, me mostraron la barca del práctico como un punto imperceptible perdido á la derecha de la luminosa estela que dejaba la hélice del trasatlántico.

Más lejos, Cádiz, envuelto en una deslumbradora sábana de blancura, mojaba sus pies en el mar tranquilo y apacible, sereno y brillante, con la brillantez esmeralda de un lago al que iluminaban los arreboles de un sol poniente.

La distancia borraba las líneas. De la ciudad sólo era perceptible un vigoroso tono blanco, salpicado aquí y allá por multicolores puntos de las cúpulas, irisados de sol, ó encendidos por los reflejos de oro ó de fuego que el astro del día arrancaba en su descenso al lustre de los objetos brillantes.

En medio de la serenidad del mar y del ambiente, en aquel desmayo de luz que por estribor abrillantaba el verde sombrío de las aguas, el vapor se deslizaba gallardo dejando á su paso hervideros de espuma; ufano y trémulo, dando al viento el penacho de humo que engalanaba sus enormes chime-

neas, sujeto á trepidar con los estremecimientos de la hélice que entonaba en las aguas el monótono canto de su pujanza.

La tripulación había recobrado su aspecto ordinario y se entregaba á las tareas y maniobras de toda salida de puerto.

Un grupo de marineros elevaba las escalas por ambos lados del buque, siguiendo las indicaciones que desde popa hacía el contramaestre con un silbato de sonidos estridentes.

El oficial de derrota paseaba á lo largo del puente. Y en popa, sobre la toldilla, cerca del banco, donde tenía asiento, el capitán conversaba con un grupo de señoras.

Tuve ocasión de examinar á mis anchas el pasaje. En mi deseo de estar aislado, subí á instalarme en la techumbre de la caseta que el timonel, para casos varios, tenía establecida en la toldilla de popa. Aquel fué desde entonces el sitio habitual donde pasé las largas murrias y tristezas de la travesía. Dominaba, desde aquel observatorio, no sólo una vasta extensión de mar, sino todo el barco, excepción hecha del puente.

Antiguos camaradas de colegio y compañeros de expedición se aficionaron á mi elevado sitial, y allí subían á establecer á ratos su tertulia.

Componían el pasaje buen número de empleados civiles, algunos comerciantes, y el resto, hasta el

número de doscientos, oficiales y jefes de una de las expediciones sorteadas en Abril.

La tropa, entre soldados y clases, no excedía de unos 4000 hombres, destinados á cubrir bajas. Así que, á decir de los marinos, el barco hacía el viaje de vacío.

El elemento femenino tenía á bordo numerosa representación: sólo los chicos—como observó con marcada sonrisa de satisfacción el mayordomo—tenían una exigua y plácida minoría.

—Pocos y con cara de buenos,—dijo el *maître*, pasándoles revista con rápida ojeada y abriendo al sonreir la tenaza de las enormes patillas que adornaban su cara bonachona.

A la animación y locuacidad de los pasajeros al salir del puerto, había sucedido paulatinamente un desmayo de gestos y palabras consecuentes á esa crisis que la atención lleva al espíritu cuando sobrexcitada de continuo por múltiples objetos ó accidentes diversos, desaparecen éstos á la acción de los sentidos.

La costa esfumábase ligeramente por la popa en una línea imperceptible de montes, que costaba trabajo reconocer entre los manchones de nubes.

El disco solar apagaba su ígnea fulguración, sumergiéndose por estribor en el límite visible de las aguas.

Un soplo ligero de brisa trajo las últimas emana-

ciones de tierra que, cargadas de sol y de aromas, huían del mojado aliento de la noche. Dos gaviotas cruzaron la arboladura del barco, y tras agudos trinos de atención y cortesía, amenazaron sumergirse en las aguas, en las que apenas humedecieron las alas para alzar raudas el vuelo y desaparecer en busca de la costa.

El capitán abandonó la toldilla y sucedió en el pasaje un silencio que debió de solicitar en todos la atención, necesitada de reposo. A la rápida movilidad de los ojos siguió en todos esa atonía que clava la mirada en objetos insignificantes, sin que llegue su percepción al cerebro, embebido de lleno en el recuerdo.

La solemnidad de la hora y del espacio imponía aquel mutismo precursor de la meditación. Algunos matrimonios se interrogaban por señas.

El silencio del día que agonizaba por Occidente se hizo contagioso y se empezó á abusar del monosílabo para acallar á los charlatanes inoportunos.

De pronto, hondo sobresalto agitó mi espíritu.

Creí que uno de los pasajeros intentaba tirarse de cabeza por la borda y acudí presuroso. Fué inútil mi solicitud; agarrábase crispado á la barandilla, y entre rápidas bascas, con la boca desmesuradamente abierta, volvió á mí los ojos entre colérico y suplicante.

Los ademanes suicidas tuvieron pronto ejempla-

ridad en la toldilla... y entonces me expliqué el silencio, el abuso del monosílabo y el lenguaje por señas que yo atribuía á la solemnidad del medio y



del momento, y sólo era causada por la misérrima y prosaica solemnidad del mareo.

Empezaron á reverdecer las caras, y entre hipos

atroces que amenazaban desgarraduras internas, comenzó el desfile de pasajeros.

El *Alfonso XII* balanceaba majestuosamente su arboladura entre densas bocanadas de humo negruzco.

En proa, lentas campanadas anunciaron el relevo del servicio y casi al mismo tiempo se sirvió la comida á la tropa, por grupos de seis ó de ocho, en barreños de hoja de lata. . . . .
. . . .

Día...

De la primer noche de á bordo tengo poco que contar. En el final de la página anterior recogí mis notas, solicitado por la campana que llamó á los pasajeros al comedor.

Toda la comida se redujo á un desfile sin interrupción de gentes, que con la misma expresión de angustia en el semblante, se retiraban en busca de la litera.

A mi vez seguí el desfile, é instalado en el *estante* á punto estuve de arrepentirme de no haber seguido al pie de la letra las instrucciones del botero.

Confieso que he dormido profundamente muchas horas.

Sobre mi observatorio da el sol de lleno. Podrán ser las ocho de la mañana.

El barco huele á madera húmeda. Debe haber

recibido una buena jabonadura en el baldeo. Juraría que anda menos.

—Doce millas lleva, como ayer,—replica un marinero rezagado en dar las últimas fricciones sobre los dorados de la toldilla.

El mar tiene tersuras de espejo. A derecha é izquierda, enormes manchones de un brillo opaco le hacen asemejarse á una inmensa tela de moaré argentada bajo las reverberaciones del sol.

Una ligera brisa acre que besa imperceptiblemente el agua, deja en el rostro el húmedo aliento arrancado á las aguas con el beso.

—Buen día te tienes,—me dice el marinero, que á fuer de vizcaino político, juzga violento no hablar estando solo.—Hoy subir gente. Buena mar; no te mareas, pues.

Y como si evocase al pasaje, empiezan á subir por las escalas.

Recuerdo, entonces, que hace rato llamaron para el desayuno, y bajo al comedor.

A bordo se come á todas horas: por la mañana el desayuno; á las once el almuerzo; á las tres de la tarde el *lunch;* á las cinco la comida, y á las diez de la noche el té, que es un pretexto para los glotones.

Cuando volví á mi observatorio, eché de ver el estrago que el mareo había producido en los semblantes femeninos.

A las profundas ojeras daba marco el tinte ver-

doso de la tez, y el desmadejamiento de los brazos se acusaba en las desarregladas cabelleras.

La cubierta fué llenándose poco á poco de sillas largas y á ellas fueron bajando sus propietarios. Quedó, por tanto, la toldilla del dominio de los escasos que habíamos decidido hacer la travesía en los bancos del buque, muy semejantes á los de los jardines y paseos públicos.

Día...

Los días se suceden con una insipidez y monotonía desesperante. Nada nuevo llama la atención de los sentidos y la imaginación duerme la modorra de los recuerdos. El mismo cielo é idéntico mar. Las horas reglamentadas para ejecutar invariablemente los mismos actos. Las mismas faenas practicadas á diario. Hasta los pasajeros, en medio de la monotonía ambiente, se han impuesto idénticos hábitos: los jugadores abren su partida en el saloncillo de fumar á las mismas horas: las jugadas se repiten y las frases son idénticas á la del día anterior. El boulevard—así llama un chusco á la hilera de sillas—se traslada invariablemente de una banda á otra á la hora que el sol determina.

Nada altera la regularidad ni la simetría; las sillas ocupan los puestos habituales y sus dueños repiten las posturas, los gestos, las frases, los ademanes, y aun por retazos de palabras que hasta mí

llegan, juraría que la conversación es siempre la misma. ¿De qué hablan? No lo sé. Pero juzgo que habrá de ser muy entretenido cuando no se cansan...



—¿Qué hace V. ahí solo?—Nada,—respondo invariablemente, é idéntica pregunta repetida por unos y otros.—¿Y ustedes qué hacen juntos?—estoy tentado de preguntar. Nada también. Porque creo firmemente que en medio de la abrumadora monotonía de la navegación, no puede hacerse otra cosa mejor que dejar navegar el tedio por los recuerdos.

Día...

He acabado por inspirar curiosidad entre el pasa-

je. Todos se conocen y se saludan. Por la Gran Peña de sillas pasan y se detienen á conversar, incluso los jugadores, en los instantes que preceden á la formación de partidas. Sólo yo permanezco en mi sitial atado á mis propios pensamientos y adormecido por el rudo chapuzar de la hélice que rueda á mis pies. Sumido en mis meditaciones, paso las horas tan inmóvil como un fakir que duerme el letargo profundo de su *nirwana.*

Al bajar hoy al comedor y cruzar mi saludo con los de la Peña, fuí objeto de la curiosidad femenina.

Día...

El chusco que dió á la agrupación de sillas el nombre de boulevard, motejó hoy á mi observatorio: le llama el «cofre». Y por cierto que tiene gran semejanza.

El que esto dice es un antiguo compañero mío, teniente de caballería, llamado B... Buen muchacho, alegre y decidor. Un poderoso elemento de distracción en el pasaje. Con todos habla, á todos conoce y sus ocurrencias se repiten en el barco. En el corro de señoras son solicitados sus chistes y los maridos van á buscarle á la sala de juego cuando desaparece de la tertulia.

Todo lo sé por él. Y acaba de confesarme que, perdida la última peseta, sólo pisará el saloncillo para vengarse de los jugadores. Anoche puso en

planta su proyecto. Cuando más engolfada era la partida de *timba*, gritó con las mismas inflexiones de voz que el capitán:

—¡Señores!...

Y esto fué suficiente para barrer la mesa con estrépito y desbandarse los puntos.

Me confiesa que para matar el aburrimiento apela á toda clase de *gansadas*, y para convencerme de que nos asociemos, proyectamos bajar juntos á tierra cuando toquemos Canarias.

Como recurso supremo para decidirme á abandonar «el cofre», me han dicho que el segundo sobrecargo, y *segundo solitario*, que como yo pasaba las horas muertas en proa, haciéndome *pendant*. ha tenido hoy un acceso de locura y el capitán le tiene sujeto á observación.

Sin dejarme convencer, quedamos citados para comer en tierra.

Decidí pasar hasta bien entrada la noche de aquel día sobre cubierta, y aun creo hice el propósito de resistir toda la velada para ver al amanecer las costas de Canarias.

A las once se recogió aquella noche la tertulia, y entre doce y una se retiraron los últimos jugadores.

No quedaron sobre cubierta otras luces que las de los faroles de situación.

El velo de las tinieblas esfumaba con misterioso encanto la silueta del buque. Un vientecillo, bañado

en las aguas, susurraba en las jarcias, y en ellas lloraba con imperceptibles lágrimas salinas la espantosa soledad de su recorrido á través de remotos mares sumidos allá lejos, en las tenebrosidades insondables.

La bóveda celeste formaba un inmenso capacete salpicado de diminutos puntos brillantes. Nos acercábamos á las costas africanas; y á medida que el buque avanzaba entre el ronco girar de la hélice que levantaba remolinos de espuma manchados de fosforecencias siniestras, y el acompasado rumor del humo, que á poco de salir de la chimenea devorábalo el ambiente ávido de sombras, sentía invadido mi cuerpo de esa sensación enervadora que luego tantas veces he sentido en las noches tropicales, y apoderábase de mis músculos, de mis nervios y de mi sangre ese estremecimiento voluptuoso impregnado de húmeda dulzura que arranca de la imaginación, atropellando ideas, horas de encendidos deseos del pasado; visiones de amores no satisfechos que el antojo enciende á su sabor en la mente abrasada; caricias, deseos prometidos: todo el espumoso Champagne de sensaciones que la conveniencia embotella y que el deber almacena.

Dejábame llevar en el doble vaivén de mi borrachera espumosa, y con el acompasado balance de las bandas, cada vez que se bajaban solícitas á recibir el cariñoso beso de las aguas que, estremecidas

de placer, rodaban rumorosas entreabriendo sus entrañas entre montones de blanca y luminosa espuma. Me tendí á lo largo, y abiertos los sentidos á todas las sensaciones exteriores, aspirando las acres emanaciones iodadas del mar; oyendo distintamente, entre el estruendo de la hélice, el blando resoplar de la chimenea y el chasquido de besos de las olas, viendo en el firmamento infinito los múltiples guiños de miriadas de estrellas que cantaban á coro, con lenguaje mudo, el misterioso encanto de sus atracciones, de sus amores, me quedo dormido, acariciado por una brisa que bruscamente salta de tierra, cargada de aromas salvajes de efluvios desconocidos, arrancados á las ignotas selvas virginales de las vecinas costas africanas.

Día...

No he logrado ver la entrada en Las Palmas. El frío de la noche me bajó de cubierta, y hoy era muy tarde cuando vino á despertarme mi amigo B...

—Anda, vístete, que está esperando el bote.

Me recordó la promesa de bajar á tierra y la cumplí.

Antes hube de convencerle para que almorzásemos á bordo, y hecho así, con todo sosiego bajamos á uno de los muchos botes que asediaban al vapor.

Separa á la ciudad del muelle donde atracamos poco más de milla y media, y recorre el trayecto



un tranvía de vapor que aprovechamos diligentes.

No puede ser más pintoresco el recorrido: por la izquierda el mar muere á trozos al pie de las traviesas de la vía. A una barriada de casas pobres, de una sola planta, construídas con madera, pintadas con frescos tonos de blanco y verde, sucede una elegante hilera de chalets y de *villages* rodeada de diminutos parques y jardines, engalanados con todos los vistosos esplendores de una vegetación africana. A la originalidad del paisaje han llevado las numerosas familias inglesas que habitan las fincas de recreo emplazadas en la falda del monte, situado á la derecha del camino, ese sello de distinción y de elegancia de

British Isles, que con encantadora sencillez respiraban las *toilettes* alegres de las numerosas inglesitas que á lo largo del camino se cruzan con nosotros, paseando su displicencia *smart*, que asoma á las diminutas caras de muñecas rígidas é inmóviles, bajo la maraña de sus cabellos semejantes á flecos de mazorca, coquetonamente aprisionados bajo el *canotier*, frías y severas con toda la severidad que da á sus ojos inmóviles el rígido matiz de sus pupilas de porcelana azulada.

Cruzamos una fronda de eucaliptos, después una avenida de palmeras y seguidamente atravesamos un vasto espacio sin edificar. Surcábalo todo él, bajando de las laderas del monte, un inmenso arenal color de canela, de una finura y tono maravillosos. Me alcé en el tranvía para contemplarlo más á mi sabor: aplastábase el monte de arena en una vasta meseta, que en aquel momento cruzaban unas hileras de camellos que transportaban cargas al puerto. Me creí trasladado al Sahara, y para que la impresión fuera más completa, un viento brusco, un remedo de simún, levantando torbellinos, resbaló por las faldas del monte y cayó en finísimo polvo sobre el tranvía, obligándonos á cerrar las ventanillas. Corto espacio después, atravesamos un platanar por entre la fila más ancha de sus rectas calles, y al final de ellas surgieron los arrabales de la ciudad, que más lejos bajaba en apretada hilera de casas



blancas á mojar sus pies en el Océano.

Un grupo de chiquillos de ambos sexos, embadurnados y cobrizos, desnudos y cubierta la cabeza con extraños capacetes y retazos de sombreros, saluda con espantosa gritería los repetidos silbidos de nuestra locomotora. Hombres de semblante atezado y bonachón asomaron con curiosidad á las puertas de las viviendas de madera, entre corros de mujeres, vestidas muchas de ellas con faldas impúdicamente cortas que mostraban al desnudo pies y piernas, y llevando la cabeza cubierta con un blanco velo de encaje.

Entramos al fin en una calle recta que daba acceso á la plaza.

Bajamos del tranvía. Al final de la plaza cruzamos un puente. Después seguimos una calle larga y ancha compuesta de casas pintadas de blanco y con persianas verdes, muy semejantes á las de Cádiz... Luego seguimos otras idénticas y volvimos muchas bocacalles abiertas en innumerables encrucijadas. Todas acabaron por parecernos iguales. Volvimos á la plaza: visitamos la catedral y el teatro. Vuelta á salir al laberinto de calles: en todas abundaban las casas de una sola planta y las cervecerías. Recorrimos una, dos, tres... muchas. La sed de aquella loca correría á través de la ciudad y bajo los ardores de un sol abrasador, secaba nuestras gargantas, y era preciso en cada manzana hacer un alto.

En aquel afán de escudriñarlo, de recorrerlo todo, acabamos por llamar la atención de varios granujas desarrapados.

—¡Eh! señoritos si quieren (aquí un gesto comprensible en todos los idiomas) yo les enseñaré. Caímos en la cuenta de que á seguir con aquel afán investigativo acabaríamos por atraer á toda la población desarrapada, é hicimos escala en un suntuoso café. Tomábamos la milésima cerveza, sentados á la puerta. Poco después, cruzó por delante de nosotros un coche repleto de combarcanos que habían saltado á tierra.

—¡Qué es tarde! ¡qué es tarde!—nos gritaron.

Y en efecto, se nos ocurrió mirar el reloj y era la hora justa de la salida del barco.

Con el paseo y la cerveza se me había desarrollado un apetito feroz, intransigente. Tenía deseos de comer en tierra y recordaba haber divisado al cruzar por los arrabales una taberna enclavada en pleno arenal á orillas del mar.

—¿Qué te parece la idea?—pregunté á mi amigo B...

—¡Excelente! ¿Una tortilla con sobreasada?

—¡Merece que perdamos el barco!

Pusimos en planta nuestro proyecto y tras larga marcha dimos con el figón. En pleno arenal nos pusieron con toda premura una mesa desvencijada y un mantel zurcido.

—¡Pronto; déjese de vasos: vino, agua y la tortilla!

Por mucha prisa que quisimos darle al posadero, la tortilla había de hacerse; y en la vasta extensión de mar que divisábamos veíamos al *Alfonso XII* bandear entre densas nubes de humo, y pegada á uno de los costados, la lancha que conducía á los últimos pasajeros que rato antes vimos en el coche.

Llamó la sirena con voz potente, que nos pareció lamento y amenaza.

—Ya esperará;—dijimos. Pero no dió espera. Tras roncos ensayos, lanzó dos profundos gemidos de entonación enérgica y formidable.

—¡La tortilla!—gritamos al mismo tiempo. Y volcándola desde el plato en un papel de estraza, arrebatamos el pan y el vino, y después de satisfacer la cuenta, salimos á la carretera.



Acababa de pasar el último tranvía y era forzoso aguardar media hora. En su defecto cruzaba por la puerta un carro de tablas tirado por dos jacas y cargado de piedras.

No había lugar á esperar: la sirena repetía sus llamadas.

—¡Bueno es!—grité á mi amigo B... Y conven-

cido el carretero con la promesa de entregarle dos duros, partimos hacia el muelle.

El peso era mucho y la marcha atropellada. Por



fortuna volcamos á los pocos pasos, sin otras consecuencias que aligerarnos del peso de piedras.

—Nosotros guiaremos—dijimos después del percance, y montados á la gran Daumont sobre las ja-

cas, con grata complacencia del carretero y asombro inaudito de las inglesitas de la colonia, atravesamos con aires de violento *handicap* el espacio que nos separaba del muelle.

El buque aguantó en la marcha complacientemente y fuimos saludados en la escala, al subir á bordo, con la indignación fingida de los compañeros y con la mirada severa del capitán, en cuyo semblante adusto no había por desgracia ficción de cólera ó disimulo.

En mi camarote dimos fin de las provisiones, lamentando la indignación de á bordo.

Ambos prometimos ser gratos al comandante del barco.

Cuando subí á cubierta, anochecía. En aquel instante cruzábamos por las mismas aguas, donde había naufragado años antes el primer *Alfonso XII.*

La ciudad de Las Palmas encendía sus luces, que subían por la falda de la montaña en gradería uniforme, después de reverberar en la orilla al ras de las aguas.

Una lucecita roja corría á lo largo de la costa. ¡Era el malhadado tranvía, sordo poco antes á nuestra cita!

Dejamos un disforme promontorio de rocas á nuestra izquierda.

En lo más alto parpadeaba el faro, con los fugaces guiños de una pupila sanguinolenta.

—Aquí perder otra vez,—me dijo el vizcaíno que subía á la toldilla para poner la corredera.

Me pareció por un momento notar cierta inteligencia entre las guiñadas del faro y las afirmaciones mudas del marinero.

—Sí, ya sé.

Ibamos á pasar poco después á la vista de otras islas del Archipiélago.

La noche había cerrado por completo. Recobraba el barco su acompasada marcha y por popa iban perdiéndose insensiblemente las últimas luces de la costa, apiñándose cada vez más hasta quedar convertidas en esfumada mancha lechosa. Las oscilaciones del faro apenas si eran perceptibles entre el parpadear de las estrellas. En proa dieron lentas campanadas: «Buque á la vista»; primero una, luego dos, por fin tres luces asomaron por la banda de babor, formando fantástico triángulo que corría desoladamente entre densas tinieblas.

Al nivel de las aguas se encendieron otras luces: indudablemente las de los camarotes. Poco á poco desapareció por popa: primero varias luces, luego dos, luego una... Todas fueron devoradas por las sombras de aquella noche que en vano se esforzaba en alzar sus negruras al firmamento, brillante y luminoso bajo el vivo cabrilleo de las estrellas.

Día..

Desde la salida de Canarias, las horas siguen sucediéndose con cruel monotonía.

El horizonte permanece el mismo. Los pasajeros vuelven á sus hábitos de boulevard. Ya se guardaron las ropas con que se engalanó el pasaje al llegar al puerto. Otra vez las zapatillas, las americanas de dril, las blusas sueltas y los frescos corpiños de las damas, que dan á la tertulia un aspecto de intimidad fingida y tentadora.

Observo que hay en la reunión caras nuevas. Me dice B... que son las de dos sevillanas y su madre que subieron en Canarias. Dicharacheras y desenvueltas, hablan y manotean con graciosos ademanes de bolero.

Me dice mi amigo que tiene de ellas la promesa y la autorización de la madre para que esta noche bailen sevillanas en el saloncillo del piano.

Día...

Ya dije que aquí todo adquiría una monotonía desesperante; las sevillanas se han repetido tres noches consiguientes á otros tantos días de navegación y amenazan ser tema obligado hasta llegar á puerto.

La primer noche pasé un rato agradable. Bailan bien las dos hermanas y les acompaña mucho la estatura elevada y esbelta de sus cuerpos que cim-

brean maravillosamente, dando al torso y á las caderas las flexibles ondulaciones del junco, al compás de las movidas notas del piano y del alegre repiqueteo de los palillos.



Son infatigables; y sus pies calzados por zapato bebé, que dejan al descubierto los finos tobillos, revestidas de medias claras, danzan con una agili-

dad pasmosa, batiendo graciosamente las faldas y toda la deslumbradora blancura de puntillas y de encajes de los bajos que prometen alzarse con picaresca y burlona impudicicia que enciende el deseo.

Las mujeres miraban los gestos del semblante y la graciosa desenvoltura de los brazos de las bailadoras: los hombres, acaso por el hábito contraído en la travesía de mirar por las bordas, clavaban desconsideradamente los ojos en el espumoso remolino de encajes y puntilla de las enaguas.

Hoy hemos logrado congraciarnos con el capitán. A propuesta de mi amigo B... vamos á organizar una velada y el producto lo destinaremos á la Sociedad de Salvamento de Náufragos.

El día de ayer transcurrió todo él para mí confeccionando los programas y el periódico que nos había de servir para la función de la noche.

Del periódico el único ejemplar quedó archivado en la biblioteca del *Alfonso XII.* En la velada hubo números para casi todos los concurrentes y por fin mi amigo B... y yo, á petición del *bello sexo,* bailamos vestidos de mujer unas sevillanas que hicieron las delicias del público femenino. Cansados de hacer juegos de manos y ejercicios funambulescos, á las dos de la mañana acabó el programa con harta satisfacción del sano juicio y habiendo recaudado ciento y pico duros para la Sociedad del Salvamento.

El vecino de la litera superior á la mía, cura castrense destinado al ejército de Cuba, no bajó aquella noche noche al camarote, molesto sin duda por unos versos alusivos que estampé en el periódico. Según supe después, paseó su indignación sobre cubierta hasta el amanecer.

Día...

El segundo sobrecargo, mi compañero de morriña en los primeros días, el que me hacía *pendant* en proa, tuvo anoche un acceso de locura furiosa y está encerrado en un camarote con un centinela á la vista. Al pasar por el comedor de segunda, le he he visto y me he parado un instante á mirar por entre la entornada puerta. Sus verdes ojos tienen un brillo y un fulgor extraño. Tienen el color de las profundidades insondables del océano. ¿Será locura de mar, como dicen? ¿La constante impresión de mirar á través de toda la inmensidad de mar que hemos atravesado, habrá podido perturbar su cerebro? ¿Se habrá ahogado su razón á fuerza de sumergirla en las aguas?

Se apodera de mí brusca zozobra y corro á mirar mis ojos en un espejo del camarote.

Día...

Mañana dicen que llegamos á San Juan de Puer-

to Rico. Estos seis días de navegación se han hecho más soportables que los cinco primeros.

El segundo sobrecargo no mejora, y siguiendo las instrucciones de la empresa, habrá que dejarle en Puerto Rico, según dicen los oficiales de á bordo.

Siento por él una viva impresión de pena. Recuerdo que los primeros días solíamos hablar al cruzarnos en cubierta y me pareció un muchacho muy sensato.



El capitán está contento de la travesía y satisfecho del comportamiento de los soldados de la expedición.

Verdad es que toda la tropa no ha podido hacer el viaje con mayor recogimiento. Instalados en proa, á fuerza de silenciosos, apenas si han dado señales de vida.

Desde que ha llegado á ellos noticia de la proxi-

midad de las Antillas empiezan á animarse, y hasta se han agenciado las guitarras de la marinería. Casi todos conservan sobre cubierta los puestos habituales del día de la llegada.

El alegre rasguear de la guitarra ha disuelto muchos grupos de los que juegan á la lotería.

La algazara y los ¡olés! del corro de los que cantan se confunden á veces con el vocear números de los jugadores.

—¡El tres!

—¡Ambo!

Al retirarme sobre la toldilla, recibo al cruzar la escalera una penosa impresión.

¡Un espectro, un moribundo teniente de infantería sube soportado por los brazos de dos compañeros!

Me dicen que es la primera vez que sale de la litera. No se le ha quitado el mareo desde que pisó el barco. Y su débil estómago no puede soportar ni aun los caldos.

Sube al anuncio de la proximidad de la costa, y sentado en un banco, vuelve los ojos interrogando el horizonte con mirada agónica preñada de súplicas.

El *Alfonso XII* parece que se desliza más ligero sobre el lomo de las aguas presagiando la proximidad de tierra, y el mayor vigor de la marcha se acusa en los estremecimientos impacientes del barco.

Han puesto una cangreja y varios velachos que

hincha y deshincha el viento, con sacudidas que producen ruido semejante al eco apagado de detonaciones lejanas.

Una gritería en proa me llama la atención.

—¡Allí! ¡allí!

Una banda de delfines asomando sus negruzcos lomos persigue, con incansables saltos y zambullidas, á otra bandada de pececillos que, al saltar en su huída sobre las aguas, brillan al sol como chorro argentado.

En aquella despiadada cacería á través de las ondas ví palpitar el mismo problema, la necesidad idéntica que conducía en el barco á aquella expedición de hombres á través de los mares.

La guerra, la lucha por la existencia, que en el fondo es lo mismo, originada por el desequilibrio de la ley del crecimiento de las especies y el de los alimentos,—como hizo observar Darwin.

Pensé que la civilización á través de la historia sólo había servido para dulcificar el nombre de las causas y ennoblecer los pretextos. Pero, en esencia, las guerras originábalas en la actualidad el mismo instinto brutal de las sociedades primitivas: la ley suprema de la fuerza; uno de los más poderosos agentes creadores convertido en elemento de destrucción. Y esta ley del fuerte no sólo imperaba en las nacionalidades como imperó en la tribu; llevá-

base al seno de la sociedad; y el individuo hacía de ella arma poderosa para someter á los débiles.

La historia era consecuente: al imperio de la fuerza puesta al servicio del vigor corporal para someter y esclavizar á sus semejantes, había sucedido el ruin dominio del capital, dueño absoluto de todas las fuentes de vigor y de energía y cruel tirano de los débiles representados por los desheredados.

No era posible desterrar de la sociedad el atávico espíritu de voracidad que llevaba á la rapiña á las naciones poderosas y ahitas de vida, cuando no era posible curar de estos males al individuo.

Todos los cantos que el progreso elevaba á la era de la Paz coreábalos la buena fe de los visionarios ó la malévola intención de los hipócritas.

—¡Qué tiene que ver el progreso, que al cabo solo es un simple auxiliar de la vida que no modifica al hombre! Sus grandes adelantos solo servían para desviar momentáneamente la guerra.

Siguió el *Alfonso XII* su marcha hendiendo las espumantes aguas batidas con estruendo por la hélice, y por un momento, separándolos, cortó normalmente la línea que formaban perseguidos y perseguidores.

La ley suprema de la vida se impuso á lo accidental, y tras corta tregua volvió á aparecer por popa la argentada banda de los perseguidos y tras ellos



los negruzcos lomos de los tenaces delfines.

Haciendo consideraciones sobre la guerra, empecé á meditar en nuestro destino: ¿Habría tomado mayor incremento la insurrección? ¿Venceríamos? ¿Cómo sería la guerra de cerca? ¿La arrostraría con entero entusiasmo?

Sacóme de estas reflexiones un rumor parecido á cañonazos lejanos. La lona de las velas acababa de tremolar impulsada por una ráfaga de viento y el barco apresuraba la marcha, gallardo y majestuoso, entre la indiferente serenidad del cielo y de las aguas.

Día...

Desde mi llegada á Puerto Rico, no he tenido tiempo de anotar una observación, ni aun casi de fijarme en lo que dejaba á mi paso.

Movido por el afán de ser destinado á uno de los batallones que operaban en Cuba, necesité entregarme sin reposo á todas las diligencias que exigían

primero el destino, después el pasaporte y por fin las formalidades de entrega de billete de pasaje á bordo del *Méjico*, que era el vapor que antes tenía anunciada la salida de San Juan con rumbo á Santiago de Cuba.

Los cortos instantes que destiné para almorzar en un café me dieron breve sosiego para poder ordenar mis tareas de la tarde.

Prolongados toques de sirena subieron del puerto.

—El *Alfonso XII*,—me dijo el camarero.

Duró mi sobresalto un segundo, y recordando la aventura de Canarias, saludé mentalmente á todos mis compañeros, de los que no había tenido tiempo de despedirme por la precipitación con que bajé á tierra.

¡Dios sabe si nos volveríamos á ver!

Llegué al *Méjico* con el tiempo justo y hago mi presentación á bordo con el uniforme de paño de la Península, en una situación lamentable de sudor, fatiga y desaliento.

Busco mi camarote y desde él me traslado al del baño.

Por un momento temo desaparecer de un modo súbito ante un violento acceso de licuación general. Las aguas del baño me producen idéntica impresión que las ropas de que acabo de despojarme.

Cuando subí á cubierta, ya habíamos dejado muy distante la población de San Juan.

El buque que nos conduce es un vapor costero de la Compañía trasatlántica, mucho más pequeño que el *Alfonso XII.*

Según dicen, tocaremos en Ponce y en Mayagüez, donde habremos de recoger el batallón Cazadores de Valladolid destinado recientemente á las operaciones de Cuba.

No se habla en el *Méjico* de otra cosa que de las últimas noticias de la guerra recibidas en San Juan de Puerto Rico. Vienen conmigo buen número de oficiales y tropa de la expedición del *Alfonso XII.*

Me interesan sobre manera las noticias de la campaña y recorro los grupos de oficiales recogiendo comentarios.

Maceo y Lacret han logrado desembarcar. Flor Cromwet fué muerto por mano de nuestras tropas á poco de pisar tierra y cuando trataba de unirse á la expedición de Máximo Gómez.

Toda la insurrección está concentrada en el departamento Oriental, donde nosotros vamos destinados.

Martínez Campos ha telegrafiado al gobierno que la labor de la pacificación es obra de seis meses escasos.

Para Diciembre estamos, de fijo, en nuestras casas.

Acabamos de doblar un promontorio de rocas cubierto de intrincados vellones de vegetación exuberante.

En lo alto, y destacando su negruzca silueta en el ambiente diáfano del crepúsculo, un grupo de árboles semeja una monstruosa cabeza de salvaje adornada con enorme mechón en el occipucio y abierta á nosotros la enorme boca con ferocidad sonriente.

Estamos en pleno mar caribe.

La costa va adquiriendo por grados tonos sombríos, á medida que la luz de la tarde desmaya; grupos de palmeras que sobresalen entre las calvas de vegetación de la selva, aseméjalos la fantasía, entre la penumbre de incipiente noche, á cráneos de abundosa cabellera enclavados en alto como recuerdo y despojo de sangriento festín canibalesco.

Lejos, á media falda de un enorme picacho, acaba de encenderse una hoguera; después otra.

La superficie del mar, tersa como un espejo, duerme la calma de su habitual mansedumbre y parece hecha de intento para soportar piraguas. Un enorme alcatraz vino á posarse en una de las gavias de proa, y asustado al elevar los tripulantes uno de los faroles de situación, aleteó, y con pausado vuelo fué á sumergir su ventrudo cuerpo en las tinieblas.

Sobre cubierta ya no se discutía; se apostaba:

—«La guerra terminaría en tal fecha.»

—«La guerra no podía terminar hasta tal otra.»

La noche acababa de cerrar por completo y en-

volvíanos á todos con su húmedo aliento de sombras.

Día...

He pasado varias horas en el camarote entregado á la lectura de un plano que compré en Puerto Rico. Abarca sólo el departamento Oriental de la isla de Cuba.

Desistí al fin de mi lectura, agobiado por el pertinaz asalto de una legión de cucaracha que pobla ban el camarote, ¡cucarachas con alas, capaces de levantar el estómago á un muerto!

No es posible defenderse y ahuyentarlas con simples ademanes. Como no se las intercepte la marcha, van *rectas al objetivo,* y se estrellan contra la frente, contra los ojos, contra las narices, contra la boca, con chasquido de beso y con una tenacidad inquebrantable: ¡uf!...

Por popa hemos dejado las costas de Santo Domingo y Haití. Sus enormes picachos álzanse provocativos, y su singular aspecto de amenazadora fiereza tráeme al pensamiento la antigua leyenda de odio mutuo é implacable de las dos comarcas. Por un momento, y á favor de una tregua, pidió Santo Domingo la anexión á nuestro Gobierno, y tan admirablemente se condujo éste al concedérsela, que antes de finalizar el año se alzaron contra nosotros hasta las piedras. Conozco la desventurada tragedia

que en medio de la indiferencia nacional abrió innumerables tumbas de españoles, estérilmente, en el fondo de las selvas y á lo largo de los arenales de aquellas inhospitalarias costas.

¡Cuántos barcos españoles! habían cruzado de entonces la soledad de aquellas aguas que iban á besar rumorosas las olvidadas tumbas, que, sin un simple monumento conmemorativo en la patria, dormían su abandono á merced de las piadosas olas ó del respeto compasivo de los enemigos conocedores de todo el infortunio épico que convirtió en legendario á aquel reducido ejército de españoles, merced al abandono y á la estulticia de un gobierno cruel y estúpido.

El barco varía insensiblemente la derrota para tomar el canal del Paso del Viento. Los enormes picachos amenazadores de las dos comarcas volvían, por igual, á nosotros su aspecto iracundo. Pensé que de allí había salido el principal caudillo de la pasada insurrección y que por aquellas mismas aguas había vuelto á cruzar pocos días antes para ponerse al frente de la nueva campaña.

Pronto doblamos la punta de Maisí y la costa de Cuba empezó á dilatarse por nuestra derecha en una extensión inabarcable á la vista.

Día...

Escribo á bordo del *Júpiter*. Anoche me fué im-



posible ordenar mis notas. Entramos en Santiago de Cuba al caer la tarde. El aspecto del canal, siguiendo las caprichosas sinuosidades de las curvas, es de una belleza sorprendente. Al entrar en bahía la noche había cerrado por completo: á la altura de Cayo Smith se encendía la luz roja de un faro, y más al fondo, en brusca gradería ascendente, ardían con mortecino brillo las múltiples luces de la ciudad. El vapor fué acortando su marcha y ancló por fin con infernal estruendo de cadenas.

No sé las horas que pasamos sin recibir visita de alma viviente. Al cabo, y pasada media noche, atracó

una lancha á uno de los costados del buque. Subió un oficial con cordones de ayudante, y en el borde de la escala fué asediado á preguntas.

Traía orden de que desembarcásemos inmediatamente los destinados al batallón de Cazadores de Colón. Los Cazadores de Valladolid proseguirían su viaje hasta Júcaro en el mismo barco.

No había tiempo que perder. Las noticias de la guerra no eran muy gratas. Aquella misma tarde, tras de un encuentro sangriento en el Jobito, á poco queda una columna nuestra en poder de Maceo. El jefe que la mandaba fué muerto en el campo. Habíamos tenido numerosas bajas que él había tenido que transportar en carretas á la ciudad, y diciendo esto nos mostró su guayabera llena de sangre.

Un ligero estremecimiento, seguido de una finísima sensación helada, culebreó á lo largo de mi espalda. De súbito senti mis músculos vibrar, invadidos por extraña energía. Bajé en cuatro saltos la escalera; cogí yo mismo la maleta, que me pareció ligerísima, y descendí al bote que había de conducirnos á tierra.

Al cruzar en el bote el espacio de agua que nos separaba del muelle, siguió el ayudante contando incidentes del combate.

Había salvado á la columna la oportuna interven-

ción de una guerrilla que acudió á la lucha arrollando un flanco del enemigo.

Se trataba de un hecho meritísimo, por haberlo realizado con un puñado de valientes.

La lancha surcó ligera al brío de los remeros, enardecidos con el relato.

Un punto negruzco rozó la popa y dejó en las aguas dos rugosos pliegues que fueron dilatándose en las sombras.

—¡Tiburones!—contestó á mi pregunta uno de los remeros.

Después de atracar tuvimos que pasar la noche en un cobertizo del muelle, porque á aquellas horas no había ningún establecimiento ni fonda abierta.

Me acomodé como pude entre dos fardos para esperar el día.

Las aguas brillaban á trechos, alumbradas por los faroles tendidos á lo largo del desembarcadero. Los innumerables botes bailoteaban dándose acompasados encontronazos entre el rumoroso chasquido de las aguas y el lastimero crujir de la madera. Del fondo de la bahía arrancaba á ratos la brisa un olor de fangal revuelto y de sentina insoportable. El mismo barracón que nos albergaba trascendía con acre y punzante hedor de paja y pescado podrido.

La tensión de músculos que me tenía un rato antes sobrexcitado, cedió á la frescura de la noche y á la presión de aquel ambiente impregnado de olo-

res fuertes. Me abandoné á mis pensamientos. La idea de que el vómito, acaso germinaba en el fondo de aquellas pútridas y nauseabundas exhalaciones, despertó por un momento mi aprensión. Bien pronto el recuerdo de los episodios del combate me trajo la pregunta que mentalmente me repetía desde hacía muchas noches.

¿Cómo será la guerra? ¿Serviré para ella?

Cerré los ojos y dormí profundamente sobre los fardos. Al despertar pasamos todos á una cantina inmediata donde nos sirvieron café. Un negro de aventajada talla frotábase la cara con aguardiente de caña, mostrando en cada uno de los restregones la larga hilera de sus blanquísimos dientes.

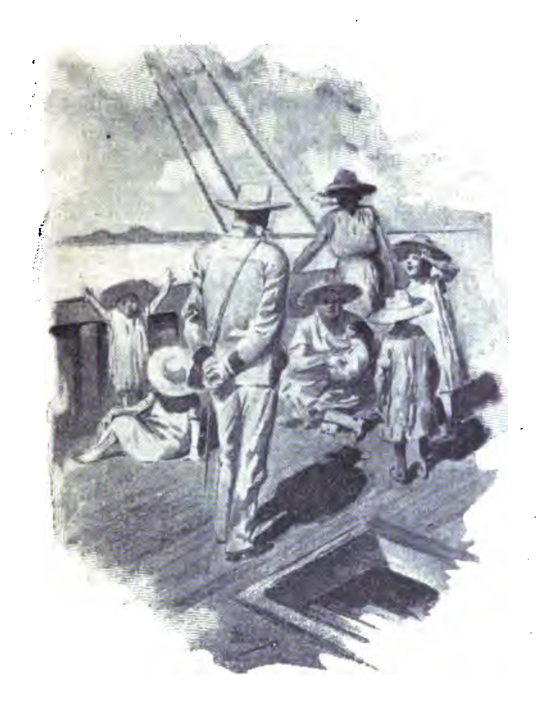
Entrado el día, tuvimos que caminar diligentísimos para que en el Gobierno militar nos concedieran pasaje á bordo del *Júpiter*, que hacía la travesía al lugar de nuestro destino.

El vapor cruzó en breves horas la travesía que separa Santiago de Manzanillo.

Es original la estructura de este vaporcito; suben desmesuradamente las bandas sobre las aguas para dar asiento á otro segundo piso, desde el cual escribo. La quilla del barco apenas sale de las aguas y es sensiblemente chata. Su construcción obedece al poco fondo de los puertos donde ha de recalar.

El pasaje lo componen una verdadera tribu de

mujeres y chiquillos. Me imagino que los hombres estarán en las labores del campo ó de la guerra.



Descalzos de pie y pierna, revestidos con simples túnicas que transparentan todas las turgencias del cuerpo, examinan entre el humo de sus cigarros

y por bajo de las anchas alas de los sombreros de paja que cubren sus cabezas, nuestros vistosos uniformes, con curiosidad, entre burlones y complacientes. Sobre la desnuda carne, la roña cubre con multiculores matices el cuerpo de chicos y chicas que dan al espacio, cuando las moscas ó las manos los dejan libres, los atributos del sexo con una ingenua impudicicia encantadora.

La costa álzase del mar en encrespada y abrupta cordillera, de la que se destaca el pico de Turquino. Todos los tonos del verde tienen asiento en sus faldas, que en suave declive van á expirar en el océano. En la estrecha faja de llanura que corre á lo largo de la costa, sucédese el paisaje de palmeras ó de sabanas y produce su monotonía en la vista una dulce impresión de desmayo. El desmayo criollo que reside en el fondo de los negros ojos de las mujeres y que asoma en gestos y palabras en la dulzarrona y plañidera charla del corro de chicos y de hembras.

Bajo la poderosa reverberación solar, bañada por chorros de luz viva la inmaculada blancura del *Júpiter*, entre luminosos destellos de fuego, resuella la máquina con respiración sofocada y á sus impulsos rueda la hélice con rumor blando y cadencioso. El calor es sofocante y me siento derretir bajo el paño de mi guerrera. Vamos á tocar en uno de los pueblos que salpican la costa.

Seiba Hueca

Una ligera brisa impregnada de la húmeda savia de las selvas azotó mis sienes con el suave y fresco aliento de frustrado beso.

La aldea fué destacándose insensiblemente á nuestros ojos. Me pareció una morada de caribes: ni una sola casa. Allá en el fondo se destacaba un edificio de mampostería, que dijeron ser ingenio, rodeado de miserables chozas.

Un muelle largo, compuesto por mal juntadas tablas que asentaban sobre troncos, avanzaba hacia el mar brindándonos el amarre.

Removió el vapor sucios fondos de rojizo lodo que enturbiaron, formando remansos, las aguas. Al-

gunos cargadores y multitud de curiosos avanzaron á nuestro encuentro. Pude observar que los tonos de la piel tenían todas las gradaciones entre el blanco apagado y el negro subido. Para mayor contraste vestían los hombres de dril crudo ó blanco, y con las suelas de las vainas de los machetes, creo que hubieran tenido todos material suficiente para calzar los desnudos pies que contrastaban con las cabezas harto cubiertas y encasquetadas bajo disformes sombreros de paja.

Algunas pasajeras saltaron á tierra, mascando imperturbablemente sus vegueros, indiferentes á la reata de chicos ó á las cazcarrias que en el sucio muelle se adherian á las colas de sus túnicas.

Comenzaron las maniobras de descarga con ayuda de los trabajadores y ante el indiferente disimulo de curiosidad que plegaba á lo largo del cuerpo los brazos de los desocupados.

Estos miraban alternativamente el barco y el fondo del muelle, donde acababa de reaparecer una fuerza con aspecto ordenado semejante á tropa.

Ya nos disponíamos á saltar á tierra, cuando gritó el patrón:

—¡Arriba! ¡arriba! ¡suelten las amarras; avante todo!

Volvió la hélice á batir el dormido légamo, y con velocidad inusitada empezó el *Júpiter* á desplazarse del muelle.

¡Ya era hora! La fuerza que creíamos nuestra era la partida completa de Amador Guerra, según informó al patrón rápidamente uno de los cargadores.

Iniciado nuestro movimiento fueron siguiéndonos á lo largo de la costa, de la cual se separó el barco por precaución, sin tocar en Vicana ni en Niquero. Sólo dimos fondo al llegar á Campechuela, donde un destacamento oficial establecido días antes podía darnos todo género de seguridades.

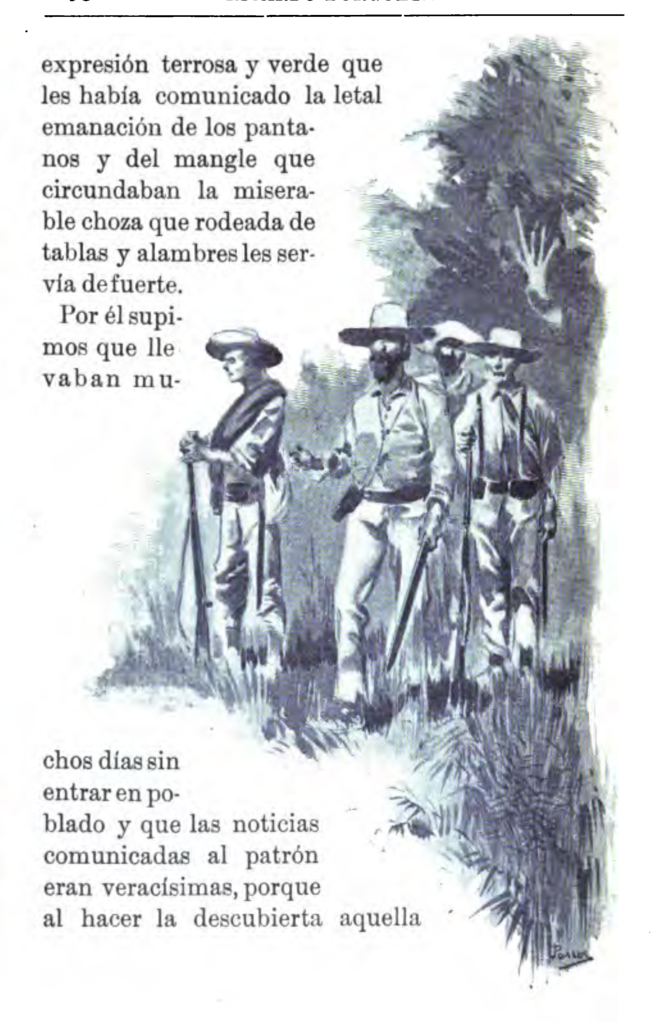
Recibí una impresión dolorosa cuando el jefe del destacamento, acompañado de varios soldados, vino á saludarnos en su bote. Me costó trabajo convencerme de su empleo á pesar de las insignias. Sobre su mugriento *flus* de rayadillo, que dejaba al descubierto el pecho sin adorno aparente de camisa, cerraba un cinturón de cuero del cual pendía el revólver y el machete. Completaban el atavio sus bocamangas verdosas adornadas por deshilachados galones y un sombrero de paja abrillantado por la mugre y con tantos rotos como, según el adagio, correspondían á los varios descosidos de los zapatos.

La hirsuta barba crécíale en el rostro envidiosa de los progresos que trocaban en cabellera el pelo; y por tan singular manera su aspecto asemejábase al lastimoso de los soldados, que confundiéndole estuve en suspenso varios instantes, admirado de la insólita confianza de sus frases y saludo.

Oficial y soldados tenían impresa en el rostro la

expresión terrosa y verde que les había comunicado la letal emanación de los pantanos y del mangle que circundaban la miserable choza que rodeada de tablas y alambres les servía de fuerte.

Por él supimos que llevaban mu-

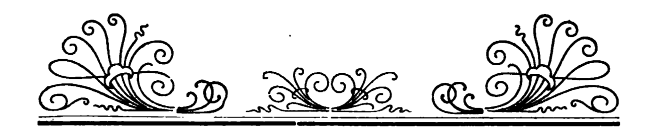


chos días sin entrar en poblado y que las noticias comunicadas al patrón eran veracísimas, porque al hacer la descubierta aquella

mañana, habían tenido fuego contra la partida, con muerte de un soldado, que acababa de enterrar en el mangle.

Borróse la penosa impresión que me produjo su astroso estado. Sentí noble envidia por él, y con un saludo que hice extensivo al amarillento mangle, donde él nos señalara hacía poco, zarpó el buque con rumbo fijo á Manzanillo.

Como en las aguas de Santo Domingo, el mismo mar iba á besar desde aquel día á orillas del mangle nueva tumba abierta en la larga sarta de nuestras Antillas. ¡Quién sabe las que tendría reservadas para besar desde entonces! ¡Y quién sabe qué suerte sería la de aquellas islas, sacudidas después de perder una de las cuentas que las eslabonaban!



Manzanillo

Al llegar á Manzanillo sabemos que nuestro batallón se encuentra de operaciones por la zona de Bayamo. Así nos lo dicen en las oficinas de la representación y plana mayor. Será preciso aguardar á que salgan tropas con ese destino para incorporarnos al nuestro.

No acepto la boleta de alojamiento y me instalo en la fonda del Oro, pomposo figón que ostenta el nombre escrito al sesgo en la pared, y con tinta azul junto á los umbrales de la puerta.

No necesito vacilar, porque sólo hay dos fondas aceptables muy inmediatas é instaladas en la plaza bajo el rectángulo de soportales que la circundan.

La plaza es lo mejor de Manzanillo. Tiene en el centro un parterre con bancos y rodéalo una barandilla de hierro. Bajo los mencionados soportales están situados el casino, varias cervecerías, los comercios de más importancia, una iglesia cuyo abandono denota el escaso culto de sus feligreses, y frente á ella las Casas Consistoriales que sirven al presente para dar albergue á la guardia del Principal.

Las calles que parten de la plaza son las más importantes y por gradación sucesiva las casas (que son todas de una sola planta) van perdiendo en ornato exterior á medida que se alejan, hasta terminar, en el fondo de aquellas rectas calles, por substituir la mampostería por tablas, que forman alegres barracas, y las tablas acaban por ser reemplazadas con hojas de yagua y troncos, constituyendo miserables chozas.

Estas, en honor á la verdad, pertenece á los arrabales que rodean la ciudad y que á su vez están rodeados por una alambrada intercalada de fuertes de madera y tierra que cierran cada una de las salidas.

Mirando á la parte Norte, el terreno se eleva en montículo largo de tierra blancuzca, y en la cresta de él, al lado de otra línea de fuertes, está situado el cementerio, pintado de blanco deslumbrador, y muy inmediato á este una línea de barracones en construcción, que servirán de hospital.

El puerto exhala el característico olor nauseabun-

do de todos los de la costa Sur. Varios muelles distanciados y contruídos con tablas desunidas que descansan sobre troncones recubiertos de conglomerados de lapas, avanzan hacia el mar y dan acceso á escaso número de vaporcitos y gabarras. Más al fondo, un diminuto cañonero de guerra se mece sosegado en las tranquilas aguas.

En el puerto y en todas las calles abundan pasadizos penosísimos hechos por los vecinos con tanta priesa y abandono, que ponen en peligro toda la suma de habilidades equilibristas. No es posible pasar de otro modo de una acera á otra.

En el fondo de todas las calles duerme un fango viscoso que alcanza más de un metro de profundidad por algunos sitios y sobre el cual sobrenada una agua negruzca. La población parece enclavada en un pantano.

Me retiro á la fonda á almorzar, y cambio mi uniforme de paño por un traje de dril que me traen de un comercio próximo.

Desde la reja de mi cuarto contemplo el desfile de guajiros y guajiras del campo que se retiran, montados en caballejos de escasa talla y solapada marcha, á sus bohíos después de hacer sus compras en las bodegas.

Me choca el aspecto de ellos: son en su mayoría de aventajada estatura: Los jinetes van material-

mente *horquillados* sobre el lomo del caballo, al que manejan con brusca desenvoltura.



De la esbelta cintura pende el inseparable machete, y sus pies, lleven ó no zapatos, calzan enormes espuelas. En la acera de enfrente una hilera de caballos, atados los ronzales á estacas salientes de la puerta ó á las rejas, esperan pacíficamente, con los corvejones metidos en barro,

á sus dueños. Estos departían amistosamente en el mostrador de la tienda entre trago y trago de ron. Me admiró el continente marcial de sus aposturas y sus ademanes de baratero. Bajo las alas de sus sombreros de paja destácanse atezados los semblantes, que adornados con largos mostachos y profusas perillas tienen un tinte y un sello histórico militar: tienen aspecto de arcabuceros, y sus enjutos cuerpos y sus avellanados rostros, bajo los deformes chambergos de paja, me parecen figuras vivas arrancadas de los lienzos de Velázquez.

Los hombres del campo contrastan sobremanera con el grupo de señoritos, que blancos como palomas, bajo sus trajes primorosamente planchados, cruzan la calle rehuyendo con diminutos saltos, manchar sus zapatitos de charol ó de color de avellana, de una pequeñez exagerada aun para su enteca figurilla.

La fiebre de la guerra invade á todos. No se habla de otra cosa en las mesas de las fondas y en los corros de las cervecerías.

En una de ellas *tomo* la *mañana* oyendo á los compañeros de armas del regimiento de Isabel la Católica narrar las fatigas y desventuras de sus últimas operaciones. Acabo, á fuerza de oirles, por grabar varios nombres: la Azugureguana, la Gloria, el Jíbaro. Los apellidos de los cabecillas llegan á serme familiares.

Devóranse los periódicos de la Habana en busca de noticias. Aquí no se sabe nada, fuera de las que traen las guerrillas ó columnas que entran Y éstas dicen bien poco.

Las copas de vermut, de ron ó de ginebra menudean sobre el mármol del velador y observo que exceden á las horas de la mañana. Entiendo al cabo que la *mañana*, en este bendito país, puede entrar en los confines de la noche, alargándose á gusto del consumidor.

Terminadas mis compras después del almuerzo, he adquirido lo indispensable para salir á operaciones: caballo, hamaca, otro *flus* y unas alforjas.

Me siento en un *balance* á la puerta de la fonda. En otros inmediatos dormitan unos compañeros. Es la hora de la siesta y el calor es irresistible. Del fondo del comedor, situado en la planta baja é inmediato á la puerta, sale un vaho de restos de comida y de guisote. Sobre los manteles, á medio recoger, las moscas, en apretados círculos, espesan la negrura de las manchas. Hay de ellas un epiñado enjambre; forman negro anillo en el borde de los vasos, sobrenadan en el fondo de las copas y pueblan todo el ámbito del comedor con zumbido que acaba por harmonizar y elevar á sinfonía la maniobra de rayar pan que emprende un pinche. De los fogones de la cocina, situada en una pieza inmediata, salen ardientes vaharadas de tufo rancio y sofocante.

Tiendo la vista á la plaza: no se ve alma viviente. Todo parece dormir bajo la modorra pesada de aquel ambiente que chorrea fuego y sobre el que no circula el más leve soplo de brisa. En aquella hora la población entera siente hervir el légamo de sus calles, que produce una vaporización pesada y acre. A esa hora el sol fecunda las miriadas de larvas que cobijan las negruzcas aguas y que surgen á la vida respirando sutil ponzoña de muerte.

Por la calle que conduce al muelle, una ligera neblina indica el espacio libre que la marea baja deja al pudridero cenagoso de la orilla que fermenta al sol.

Siento la enervación ardiente invadir todos los poros de mi cuerpo abiertos á la transpiración.

Aborrezco á Manzanillo, cuyo letal y nauseabundo aliento acaba por parecerme más aterrador que el del árbol venenoso de quien toma nombre.

Anhelo salir al campo y recorrer vastas extensiones saturadas de oxígeno y de brisa.

Un movimiento de curiosidad mueve los largos toldos de las tiendas y por entre las junturas asoman las cabezas de los dependientes. De la calle inmediata sube un lento y acompasado rumor que despierta á mis compañeros dormidos.

—¡La columna!

Dos largas hileras de caballos asoman á la plaza.

Los jinetes vienen alborozados, sacando con las

espuelas restos de vigor de los extenuados caballejos que vienen embadurnados hasta las cinchas.



Negros, blancos y mulatos componen la guerrilla reclutada con hijos del país. A las preguntas que les dirigen, contestan con signos afirmativos.

Pronto, á lo largo de los soportales, invadidos de súbito por curiosos, corre como un reguero la noticia.

—Han tenido fuego y traen heridos.

Prosigue el desfile y á la caballería va unida en reata la infantería. Los soldados van sucediéndose en la hilera á lo largo de las aceras. Creo asistir á un cortejo de moribundos. En todos los semblantes la demacración exagerada, un tinte verdoso que no es bastante á disimular el tono bronceado de la piel ennegrecida al sol: vienen salpicados de barro hasta los sombreros, y éstos, que han adquirido caprichosas y puntiagudas formas, cubren, á la par que la cabeza, puñados de verdes hojas en unos, y en otros, más previsores, enormes pañuelos ó toallas cuyos extremos se arrollan al cuello.

El desfile es silencioso y acompasado como el roce de los vasos ó marmitas de hoja de lata, pendientes de las cananas de cartuchos. Vienen cabizbajos e indiferentes en su mayoría. En casi todos el pantalón arremangado tiene el color uniforme del barro que forma costras en las desnudas piernas, salpicadas en la generalidad de úlceras ó de arañazos. Las *guayaberas*, empapadas en sudor, humean al cambiar de postura los fusiles ó el macuto.

Los oficiales vienen en un estado semejante, montados sobre escuálidos rocines.

Pasó una compañía, luego otra, y al final de ella

agitó á los espectadores un estremecimiento de curiosidad.

—¿Cuántos son?

Una hamaca pendiente de un palo, conducida por dos soldados y seguida de tres camillas, llenaron el hueco de la acera, de la que se apartó el público con respeto, no exento de maligna sonrisa en algunos.



En la lona de la hamaca, que en cada uno de los vaivenes amena-

zaba desfondarse por el peso del cuerpo, pegábase un plastrón de sangre que algunas gotas mantenían húmedo. De una de las tres camillas tapadas con mantas, pendía una mano rígida y amarillenta. Siguió desfilando la larga columna, y próximo á la retaguardia, delante de las acémilas, traían escoltados á tres paisanos. Al divisar á uno de ellos, salieron exclamaciones de varios corros.

—¡Ay! *Vea:* si es Fulano...

—Si ese hombre no puede haber hecho *naíta.*

—Si es *pasífico.* Y además *pendejo.*

—¡Qué demonio!



Operaciones

Día...

Escribo desde el segundo punto de etapa de la columna. Elegí la primera que salió, y me tocó en suerte conducir un convoy de carretas á Veguitas, que viene á estar situado á mitad de distancia del trayecto á Bayamo.

Tomo las notas desde la sabana donde nos toca acampar y pasar la noche. Ayer pude colgar mi hamaca en un ingenio; hoy habré de conformarme con dormir debajo de una carreta. A pesar de la fatiga y de las penalidades de la marcha, sigo experimentando la bienhechora satisfacción que se apoderó de mi ánimo al abandonar Manzanillo.

Me será imposible tomar nota ni guardar en la memoria los nombres de los innumerables parajes que cruzamos en la marcha.

Primero dejamos el Blanquizal, después atravesamos el Caño, y por último, nos sumergimos por callejones de espesas selvas salpicadas de sabanas.

El paisaje es de arrebatadora belleza y sus encantos me abstraen hasta el punto de robarme los mil incidentes de la marcha.

No tengo puesto fijo en la columna y esto me permite recorrerla en todos sentidos, y aun hacer excursiones alejándome del camino.

La marcha del convoy es lenta, porque sigue el paso de las carretas, y éstas, á pesar de sus cinco yuntas, se atascan con frecuencia en los enormes fangales del camino.

A las pocas horas de marcha, la fatiga invade al ganado y precisa, en cada atolladero en los que se hunden de golpe las carretas, dar reposo á los bueyes que inflan y desinflan los ijares con vigorosos resoplidos metiendo en barro la argolla de sus narigones.

El trabajo del buey es enorme, pero no excede al del carretero encargado de azuzarle en la marcha y desviarle de los malos pasos.

Supone un colosal esfuerzo en músculos y pulmones la incansable maniobra de estas gentes (negros, blancos y mulatos), que llegan á fuerza de hábito á

rebasar los límites de la energía humana. Corren alternativamente de la pareja de punta á la de varas; acuden y llaman por sus nombres á cada uno de los bueyes; se sumergen en el barro; cruzan de una á otra orilla; se encorvan para azuzar rabiosos; se alzan sobre las carretas para castigar con los



enormes *fuetes* á las parejas que se desvían. Con el cansancio se hacen más enérgicos sus gestos, sus ademanes, y observo que hasta la enorme vocería gutural con que animan á los animales gana en atronadara intensidad, que acentúan con los secos chasquidos de las trallas:

¡*Huete*!... ¡*chas*! ¡*chas*!
¡*Huete*! ¡*Jau*! ¡*chaparrandero*!

Cruzamos un riachuelo cenagoso, por una de cuyas márgenes, cubiertas de sombra, me aventuro, hasta que la vegetación, borrando el sendero, me obligó á regresar al camino.

Allí se concedió un breve descanso á la columna y se ordenaron las carretas.

Día...

El camino que tras del descanso seguimos ayer tarde hasta acampar en el ingenio, es muy semejante al que seguimos hoy.

La selva (manigua) se espesa ó se alza en *sao* claro alternativamente. Sucédenle trozos de sabana ó achaparrados guayabales.

Mi intrepidez de excursionista acaba de ser reprendida severa y cariñosamente por el jefe de la fuerza, que á su vez me hace ver los peligros que entraña. El enemigo, sin verse, puede estar en todas partes y corro el riesgo de no volver á la columna. Ahora precisamente vamos á pasar un paraje peligroso, y según las noticias que acaban de comunicar los guajiros de un grupo de bohíos que dejamos á la derecha, una partida se llevó esta mañana unas reses de los contornos.

Cruzamos un riachuelo semejante al de ayer y entramos en una dilatada sabana, encharcada y tapi-

zada de diminuta hierba que me produce la impresión de un pantano.

Empiezan á tomarse precauciones. La noticia de la presencia del enemigo debe haber llegado á la tropa, según acusa el mutismo y la gravedad de los semblantes.

Por un momento sucede brusco silencio á la infernal gritería de los carreteros.

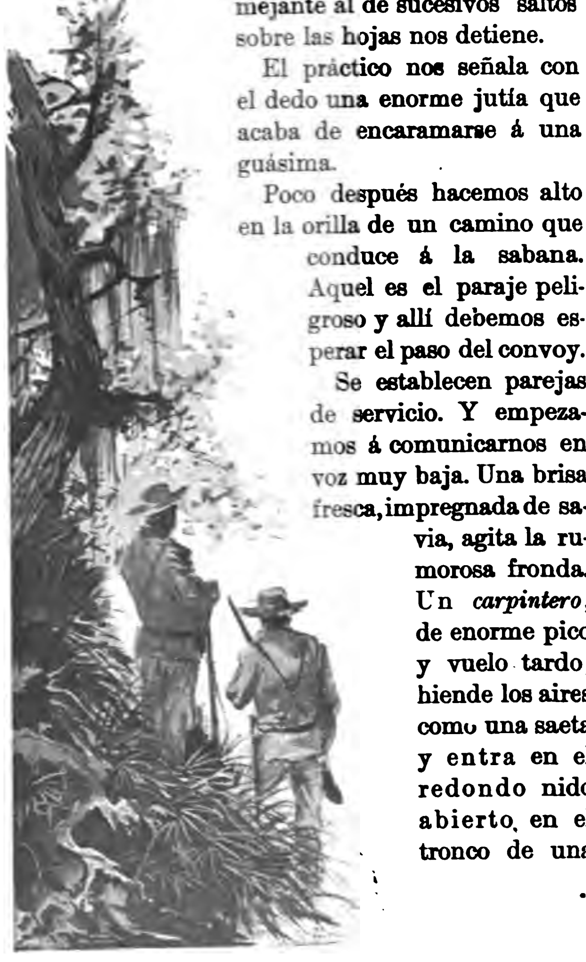
Un seco trallazo obliga á volver la cara con violento sobresalto á los distraídos.

Se destaca la guerrilla y la sección de exploradores á reconocer la linde del bosque. A ellos me agrego, anheloso de terciar de los primeros en el peligro é invadido de súbita emoción.

La caballería sigue la linde, y yo, dejando el caballo, me interno con la sección de exploradores en la espesura.

Marchamos con precaución por el sendero que el práctico indica. La tropa lleva los fusiles suspendidos ó afianzados en el brazo. Procuramos amortiguar el ruido de las pisadas y se evita el encuentro con las hojarascas y ramas secas, que producen extraño chasquido.

Nos vemos obligados por la espesura á desfilar de uno á uno, y prosigue la marcha largo rato con silenciosa ansiedad. Bajamos un declive suave y oímos el rumor de aguas corrientes. Cruzamos el arroyo y al salir á una clara del bosque, ruido se-



mejante al de sucesivos saltos sobre las hojas nos detiene.

El práctico nos señala con el dedo una enorme jutía que acaba de encaramarse á una guásima.

Poco después hacemos alto en la orilla de un camino que conduce á la sabana. Aquel es el paraje peligroso y allí debemos esperar el paso del convoy.

Se establecen parejas de servicio. Y empezamos á comunicarnos en voz muy baja. Una brisa fresca, impregnada de savia, agita la rumorosa fronda. Un *carpintero*, de enorme pico y vuelo tardo, hiende los aires como una saeta y entra en el redondo nido abierto en el tronco de una

esbelta palmera. Vuelve el silencio á nosotros y se oye distintamente el continuo refregar de las hojas impulsadas por la brisa y el borbotear de las aguas del arroyuelo. Los más imperceptibles ruidos del bosque adquieren tonos graves en aquella soledad: la caída de un fruto sazonado; el desgaje de una rama; el deslizar rastrero de un reptil nos obligan á volver los ojos interrogando la espesura.

Por entre las ramas de los árboles alcanzo á divisar un trozo de sabana, cuyo encharcado suelo reverbera al sol como si estuviera salpicado de espejos.

Fuera de las diversas emanaciones de los árboles el bosque que nos rodea exhala un penetrante olor á tierra húmeda y á raíces podridas, que marea y entorpece la sensación de cualquier otro aroma.

Este olor observo más adelante que es el característico de los bosques de Cuba, y de tan intensa fuerza, que acaba por impregnar las ropas sin que logren al cabo de mucho tiempo verse libres de él.

Se destaca una pareja al mando de un cabo al encuentro del convoy cuyo rumor se empieza á destacar confusamente á lo largo de la sabana.

El práctico se aleja por el camino y poco después vuelve con la convicción de que por aquellos contornos no ha cruzado gente hace tiempo.

La espera se hace larga. Habituados á los ruidos del bosque, empezamos á hablar sin sigilo.

Los trallazos y los gritos de los carreteros se oyen distintamente á medida que avanzan:

—¡Huete, jau! ¡Artillero!

En esta misma sabana se da orden de acampar. Y este es el segundo punto de etapa donde empiezo á ordenar mis notas.

Poco después de apartar las carretas y de establecer el campamento, sobrevino un chaparrón violentísimo que ha durado hasta bien entrada la noche.

Hasta hace poco no ha sido posible encender fuego para desentumecernos.

Acabo de secar mis ropas en una hoguera y mando que me preparen la hamaca y el hule debajo de una carreta por si el chaparrón se repite.

No es de esperar, porque la noche, alumbrada por multitud de estrellas, está serena y apacible. Sin embargo, toda precaución es poca en este clima tan falaz como el enemigo que vamos á combatir. Por él se extreman esta noche las precauciones de vigilancia.

A mí me toca en suerte al primer cuarto y aprovecho un rato para tomar apuntes.

Escribo á luz de una vela que sujeto al cubo de una bayoneta. Fuera del espacio de luz de las hogueras donde se hacen los ranchos, la sabana extiende sus confines anegada en sombras. Entre ellas danzan multitud de puntos luminosos.

Me dice mi asistente que son cucuyos, (alados gusanos de luz).

Traté de recoger uno que creí ver en el suelo y sumergí las manos en un charco en el fondo del cual fulgura el reflejo de una estrella.

Día...

Al amanecer levantamos el campamento y al medio día entramos en Veguitas.

Aquí debiéramos de quedarnos los destinados á Bayamo. Pero, á la tardada, el jefe de la columna nos invita á formar parte de una que se organizará á media noche para salir inmediatamente á batir al enemigo, del cual se tienen confidencias exactas.

Decido con otros varios acompañar la expedición y mi deseo de entrar en función de guerra hace que olvide el precepto, que es para muchos motivo de honda preocupación en campaña, de no cambiar el destino que le reservó la suerte.

Salimos al rayar el día. La columna aliviada de la rémora de carretas de las pasadas jornadas camina ligerísima, ayudada por las primeras brisas matinales.

A las diez se extreman las precauciones en el paso de un río de cauce tan hondo, que llega el agua al pecho de los soldados y es fuerza tender de amparo



una línea protectora de caballos, que aminore el impulso de la corriente. Dejamos á derecha é izquierda paisajes hermosísimos.

Suntuosos plátanos desmayan sus anchas hojas hasta tocar el suelo ó las yerguen en airosos penachos que el viento ondea produciendo ligeros estremecimientos en los repletos racimos de fruto. Ora aparecen aisladas

tras de las alambredas ó cercas de madera que separan las fincas y al pie de los grupos de bohíos que dejamos á derecha é izquierda; ora cubren anchas extensiones de terreno formando sus plantaciones rectas y alineadas calles.

A los plataneros suceden estancias sembradas de yuca ó de boniato, y entre campo y campo, dilatadas extensiones de maizal ó de cañaverales. Una larga extensión recubierta de troncos de árbol que acusan remota corta sucede á las plantaciones, y poco más adelante sucédese alguna gigantesca selva partida en callejón por el cual nos internamos.

Copiosa hojarasca entrelazada, formando espesa bóveda sobre nuestras cabezas, nos impide ver el cielo de trecho en trecho.

Un soplo de frescura saturado de las húmedas y penetrantes emanaciones del bosque refresca los ardorosos cuerpos. El barro se acentúa en el camino; la columna chapuza á ratos por negruzcos fangales. Es preciso caminar por las orillas buscando el suelo firme y sorteando árboles allí donde su poca espesura lo permite.

La vegetación gigante y poderosa forma una red tupida é impenetrable á la vista á pocos pasos.

Auméntase el tono de verde sombrío á medida que avanzamos por el callejón de manigua. La vista se pierde entre oleadas de verdura de una monotonía sofocante. No hay separación de árboles ni

arbusto; toda aquella poderosa vegetación vive entrelazada y envuelta por el poderoso abrazo de una multitud de arrogantes plantas trepadoras.

Sobre añosos y empobrecidos troncos amenazados de muerte asientan, viviendo de la savia del que los sustenta, plantas verdaderos congresos de parásitos, diputados de una esplendorosa lozanía robada.

Los soldados arrancan al pasar algunas de ellas para beber el agua que guardan en su interior. Y en esto aventajan aquellas plantas parasitarias á los huecos é injugosos parásitos políticos.

Tras largo rato aquella angostura á lo largo del bosque ahoga y produce abrumador fastidio.

Un chorro de luz innunda bruscamente y alegra el ánimo un ancho retazo de cielo de un azul límpido. ¡Vana esperanza!... Es una clara del bosque, el cual vuelve á estrecharse, alargando el verde y sombrío túnel.

Llevamos largas horas de camino. La columna se para obedeciendo al movimiento comunicado desde la cabeza. Circula la orden «de que se marche con el mayor silencio y precaución porque se ha visto enemigo al salir al claro. Se manda descolgar los fusiles y se camina con el oído atento á vanguardia de donde son de esperar los primeros disparos.

Ancho boquete de luz se agranda á medida que traga la larga hilera de soldados.

Salimos á un potrero extenso cubierto de una

hierba color esmeralda, que riza y peina el viento formando caprichosas aguas.



En el fondo un espeso palmar alza con ufana gallardía el profuso ramillete de sus desmayadas palmas, rematado por multitud de airosas y puntiagudas flechas semejantes á pararrayos. Destácase todo él sobre sangrienta y rojiza franja celeste que el sol traza al ocultarse y que va perdiendo lánguidamente tono y extensión, esfumándose en una luz blanquizca que devora poco á poco el azul intenso del espacio.

Primero recelosa, por fin resuelta, avanza hacia el palmar desplegada la guerrilla.

Un pelotón de caballos cambia súbitamente de aires y desaparece adelantándose con vertiginosa carrera.

La infantería, al salir del callejón, va tendiéndose á lo largo de la linde del potrero.

Un brusco y atropellado galopar seguido de vocería rompe y troncha á nuestra espalda la maleza del bosque, obligándonos á abrir los ojos con sobresalto. Es un flanqueo nuestro que ahuyentando las bestias del bosque, reses y caballos, los lanza en confuso tropel sobre el potrero que atraviesan despavoridos.

La cabeza de la guerrilla asoma reunida por entre el palmar y retorna á nosotros.

Dicen los soldados que traen algo entre filas.

Ahora veo bien; son reses.

Por lo visto acamparemos aquí.

Día...

Me fué imposible anoche y anteanoche tomar una nota.

Las marchas son fatigosísimas y para colmo la lluvia nos roba de noche el descanso que necesita el cuerpo. No se pueden hacer ranchos. En el último campamento se comió al amanecer. La galleta se ha convertido en amasijo: pan no hay. Gracias á que por ir casi pegados con el enemigo pisándole el rastro, no nos falta la carne que él abandona.

En venganza nos mete por los mayores vericuetos y nos sumerge por todos los charcos y ríos que le vienen á mano. Cuando encuentra el camino penosísimo no se conforma con que lo recorramos una vez; borra de propio intento el rastro en el bosque y nos obliga á contramarchar.

Así llevamos dos días; el de hoy ha sido de prueba. Me tocó llevar la vanguardia unido á la sección de tiradores. De antemano conocíamos por el práctico los parajes peligrosos. Puedo afirmar que los de hoy lo eran todos.

Entre enormes acantilados y *farallones* cubiertos de una vegetación imponente, hemos caminado toda la mañana por el cauce angosto de un río, de agua fresca y cristalina la primera que he visto en las marchas. Sucédese el sendero saltando de una margen á otra; así es que he perdido la cuenta de las veces que hemos tenido que cruzarle.

El paisaje es fantástico y de una belleza sobrenatural. La soledad de la brecha por donde corren las aguas repite con entonación medrosa los menores ruidos. La caída de una piedra, el desgaje de una rama, el resbalar de los caballos, todo adquiere eco grave en las hendiduras de los peñascos recubiertos de fiera vegetación.

Dos veces recibimos la sensación de la primera descarga. Una en un recodo al final del cual el práctico nos señaló por entre la maleza una línea

de sombreros que luego resultaron ser enormes hojas secas. Otra al subir una pendiente de cuya altura se destacaron voces con toda claridad.

«No es posible que quieran *fajarse*; cuando hoy no lo han hecho», dice el vejete que nos guía.

El enemigo se desvía al cabo del arroyo y en su persecución nos arrastra por suaves declives á través de selvas y potreros.

Atravesamos una sabana de espinos que los del país llaman *aromas*.

Los indicios que de un paso anterior va dejando el contrario en el camino son cada vez mayores: ora es una funda, más allá una canana vieja. Un buen trozo de camino está regado por hierba que han debido de cortar en alguna estancia próximo.

Asoma el crepúsculo cuando abrimos por entre unas barreras y entramos en un grupo de bohíos sobre los que revolotea con vuelo bajo un *aurero* (buitres).

Blancas osamentas de ganado vacuno esparcidas por el suelo y que exhalan un olor insufrible aparecen á la entrada. Más lejos dos reses á medio desollar palpitan humeantes entre negruzcos charcos de sangre coagulada y tibia.

No cabe duda que allí pensaban establecerse. Tomamos precauciones y á poco llega la columna con orden de acampar.

Volvió el chaparrón que sustituye al pan nuestro

de cada día y que ha acabado por disolver, con violentos chorros, un queridísimo amasijo de galleta que guardaba mi asistente en las alforjas, como oro en paño.

He descansado muy mal. No sólo por dormir sobre el barro, al cual voy habitúandome desde que



dejé la hamaca entre las las llamas de una hoguera; sino porque el cansancio y las emociones del día pusieran mis nervios en tensión.

Dos veces me desperté sobresaltado esta noche, creyendo oir disparos y confusa gritería dentro del campamento.

Escribo haciendo el cuarto turno de vigilancia en mi compañía.

En el cielo de una limpidez blanquizca empiezan á palidecer las estrellas al primer anuncio del alba que colorea por Oriente destacando la negruzca masa de un sombrío bosque.

La brisa de la mañana empapada en humedad recorre mis miembros entumecidos con punzante sensación.

Al rededor de las hogueras donde hierve el agua para el café duermen los soldados formando verdaderos racimos.

Un ranchero ó alguna pareja de cuarto destaca su silueta á los resplandores de alguna hoguera ó desaparece borrosamente en las tinieblas.

Repaso por mi imaginación los sucesos del día anterior y me disgusta considerar las pocas probabilidades que, á juicio del práctico, existirán en los días sucesivos para que tengamos fuego con el enemigo.

Deseo salir de mi incertidumbre y la duda produce en mi espíritu cruel impaciencia. Voy á ver frustrados tras de penosas marchas los deseos que me llevaron á separarme de mi destino. Quizás los compañeros que quedaron en Veguitas hayan tenido á estas horas su bautismo de fuego.

No tarda mucho en suceder el día. Los crepúsculos en Cuba transcurren con asombrosa rapidez.

Una columna de negro humo á la que pronto acosan vigorosas llamas se alza lejos, á la derecha del bosque.

Conozco la costumbre. Es la forma habitual con que el enemigo abandona su campamento.

No tarda en levantarse el nuestro y me dispongo á guardar mis notas, saludando al práctico que arreglaba su caballejo y me dice acompañando la palabra con signo negativo de su mano:

—Hoy no habrá nada. Camino bueno. Vamos por allí.

Y me señala el bosque.

El sol comienza á alumbrar y refleja brillante sobre la copa de la inmensa fronda que se extiende á nuestra vista, y á la cual endereza la marcha la columna seguida del bagaje.

A pocos pasos del boquete de manigua, una brusca bocanada de aire cargada de rocío amenaza arrebatar las hojas de mi cartera que guardo apresuradamente en el bolsillo.

La columna marcha resignada presagiando la esterilidad de una nueva marcha sin resultado. Creo que nos encaminamos al Zarzal. . . . .

. . . .

Consigno mis impresiones antes de que se desvirtúe y pierda fuerza la espumosa y desbordadora emoción que embarga mi espíritu.

No llevaríamos recorrido un centenar de metros

á lo largo del callejón, cuando dos detonaciones poderosas que repercutieron con *trémolo* opaco en la silenciosa selva, fueron seguidas de un traqueteo repentino semejante á la desgarradura de un lienzo:

—¡Ahí están!...

Una rociada hendió los aires silbando sobre nuestras cabezas. La columna paró en seco sobre la marcha y los soldados hincaron rodilla en tierra arqueando extraordinariamente el lomo.

—¡Quietos! ¡quietos!—se esforzaron en gritar algunos oficiales, bregando en vano para mantener firmes á sus caballos que reculaban olfateando el peligro.

Cruel angustia asomó por un momento á los ojos de los semblantes que habían adquirido la lividez de la cera.

—¿No contesta la vanguardia?...

Brusca descarga seguida de un fuego violento y graneado corrió de la vanguardia hasta muy inmediato al centro. Por nuestro flanco derecho, con inusitada entereza rompió de dentro del bosque una serie de detonaciones seguidas de un chaparrón de hojas y de silbidos de los que se destacaba claramente el seco encontronazo y el metálico gruñido de los proyectiles al rebotar en el suelo y en los árboles.

Escupí la congoja que ante el brusco é inespera-

do encontronazo con la muerte subió del fondo de mi sér secando mi garganta.

—¡Quietos á mi voz!—grité á la fila de soldados que, invadidos de atolondramiento, cargaban los fusiles.

Y satisfecho de mi esfuerzo y de mis energías: con pleno dominio de mi mismo, esforzando en los rígidos músculos de mi semblante serena sonrisa que trataba inútilmente de plegar el ligero temblor de mis labios, ordené hacer fuego dos veces sobre la humareda del bosque. Y enardecido por la última descarga, invadido de violenta energía, de rabia ciega, grité:

—¡Arriba! ¡Arriba!

Y lancé mi caballo por un sendero claro de la espesura.

A pie tuve que seguir á un centenar de pasos de los fugitivos. El pelotón de soldados que me seguía llevaba las bayonetas asidas por el cubo. Un riachuelo interceptó nuestra marcha en el preciso momento en que mis agotadas fuerzas lanzábanme jadeante sobre el suelo.

Fué preciso aquel descanso.

Reorganicé el disperso pelotón de soldados, y cruzando la otra orilla que daba vista á una sabana aún tuvimos tiempo de hacer fuego sobre un pelotón de caballos enemigos que ganaba el bosque



acosado de lejos por una carga de nuestra guerrilla.

Ha cesado el fuego y sólo se oyen disparos sueltos por el bosque. La columna empieza á asomar por nuestra izquierda y me retiro á recoger dos heridos que, según me dice un sargento, no han podido seguirnos en la persecución.

Los encontramos á pocos pasos uno de otro. El primero apoyado en el tronco de un árbol pálpase convulso el brazo izquierdo cubierto de sangre. El segundo permanece en el suelo con manos y cara lívidas estremeciéndose con acongojado desaliento. Tiene atravesadas las dos piernas y por los orificios carnosos y sanguinolentos que asoman al roto del pantalón mana abundante sangre que encharca el suelo.

Mando recogerlos con cuidado y me incorporo á la columna, entre las ansiosas preguntas de los soldados que dejamos al pasar:

—¿Muertos?—No, heridos.

A la indiferencia del principio y á la severa palidez de hace poco noto que ha sucedido en todos los semblantes un alborozo que casi colorea las mejillas.

Mando conducir mis heridos al hospital de sangre que el médico improvisa bajo una enorme ceiba, y después de dar cuenta de mi infructuosa persecución, me retiro á ordenar mis impresiones.

Dos muertos y diez heridos en el resto de la fuerza sellan mi primer bautismo de fuego.

Tras de larga excursión por los alrededores regresan al campamento las diversas fracciones de la columna.

Acampamos en las márgenes del río donde tuvimos el encuentro.

Mando colgar en el bosque una hamaca que el enemigo abandonó en su huída, y á poco de tenderme en ella me levanto para asistir con respeto á una fúnebre y triste ceremonia.

A pocos pasos de mí y al pie de un solitario y frondoso *jobo* proceden á enterrar los dos soldados muertos. Asidos por las piernas y por los brazos, sus compañeros, con tierna solicitud y grave semblante,



bajan cuidadosamente á las zanjas los ensangrentados cuerpos.

Desde donde estoy veo colganderas las cabezas, en cuyos semblantes la violencia de la muerte ha impreso una horrible lividez.

Entre paletada y paletada de tierra que resbala por los cuerpos con blandura sofocante, las zanjas se cubren hasta formar dos repletos montículos.

Rezo mentalmente y voy á esconder en mi hamaca el primer anuncio de emoción.

El jobo solitario estremece sus hojas impelidas por una ráfaga de brisa. Saluda por primera vez y acaso se estremecen sus raíces con el contacto de aquellos cuerpos que, en el regazo de la madre común, van á dormir á su vera el sueño eterno y á prestarle con su jugo nueva y lozana vida, á cambio del último y fiel asilo de sosegada sombra que las ramas les brindan con ademán protector.

Día...

Levantamos el campamento antes de amanecer, Desde la puesta del sol he dormido profundamente toda la noche.

Creo que nos dirigimos al Zarzal. Al desfilar por junto al árbol que prestará sombra y marcará mientras viva las sepulturas que abrimos ayer tarde, he hecho una observación desconsoladora que no me explico como se me pudo escapar. El jobo está amenazado de muerte y ni aun toda la sangre

de los cuerpos que cobija servirá para vivificarle; sus ramas están invadidas por una legión de parásitos.

Conforme avanzabamos me vuelvo á contemplarle, y entre el alborozo de la fronda vecina que el viento cimbrea, le veo mustio y solitario mover melancólicamente sus ramas: diríase que presagia su próximo fin.

Día...

Llevo dos días arrastrando una penosísima murria que no sé donde la he podido recoger. Acaso venga de la monotonía de estas marchas sin incidentes; tal vez de las insípidas llanuras que hemos atravesado estos días; quizá me haya prendido al atravesar la enloquecedora hojarasca de estos inacababLes bosques. Para colmo, á mi asistente le ha invadido á la par una torpeza horrible. No nos entendemos como si hablásemos idiomas distintos.

Necesito sumergirme en los recuerdos del pasado y voy á tenderme en la hamaca.

Cierro los ojos y en muchas horas no logro conciliar el sueño.

La noche es silenciosa y abrasadora. De la tierra del potrero donde acampamos sube un aliento calinoso que caldea mis espaldas. No se mueve en los árboles una hoja. Por entre ellas veo el confuso parpadear de las estrellas. Recuerdo la noche que pasé

sobre cubierta y me siento invadir de un enervamiento semejante. Por el espacio pululan infinidad de cucuyos, se buscan, se entrelazan y marchan unidos semejando sus luces abrasados ojos. Por los troncos de los árboles resbalan hojas secas con rumor semejante á *siseos*. Los menores ruídos tienen todos un tinte apagado é imperceptible de sigilo amoroso en medio de la noche envuelta en un abrasado aliento de sombras. Del fondo del bosque anegado en tinieblas parecen surgir vigorosas formas, alientos anhelosos y temblorosas pisadas. El silencio de la ardiente noche vino á turbarlo un poderoso bramido de bestia en celo. Venía de muy lejos; de allá abajo.

Creí el lenguaje inteligible y acometiéronme deseos de bramar á mi vez.

Logré conciliar el sueño a la madrugada, después de haber intentado calmar mis nervios sumergiéndome en un arroyo cercano.

Día...

Hoy desfilamos por un paisaje suave é impregnado de dulzura. Cruzamos á nuestro paso multitud de viviendas. Al platanar sucede el cañaveral; más lejos las palmeras contornean caprichosamente los diminutos potreros ó forman en su centro airosos grupos de *parterre*. Los bosques son de corta extensión y cruzados en su mayoría por sendas que aca-

ban en discretos retiros de follaje á cuyo través los rayos del sol filtrados en polvo finísimo y brillante cambían iluminando el ambiente con dulces tonos de un verde clarísimo y voluptuoso.

Entorno los ojos y me dejo llevar por el caballo, acariciado el rostro por una blanda brisa impregnada de sabrosos perfumes arrancados á los sazonados frutos de las innumerables estancias.

Creo que seguimos un rastro. A punto fijo no sé nada. Mi imaginación persigue á retazos el rastro de un dulcísimo ensueño de la pasada noche. Todos los agridulces de picantes frutos que saborea mi paladar en el fresco ambiente saboréalos mi espíritu, bañado por bocanadas de agrios y dulcísimos deleites que el recuerdo arrancaba de los ámbitos remotos del ensueño.

Detuvo la columna su marcha al llegar á las márgenes de un río cuyas aguas murmuradoras y ocultas por la espesura saturaban el ambiente de deliciosa humedad.

A la izquierda del camino un grupo de bohíos habitados atrajeron la atención de los oficiales.

Aprovechando el descanso que se dió á la tropa entré en una de las viviendas; la más distante.

Una rugosa vieja y una joven servían solícitas las demandas de agua y de café de mis compañeros.

Así una taza de un aparador de cañizo que corría á lo largo de la habitación y me aproximé al fogón

improvisado en el centro de aquel miserable cobertizo habitado, que ostentaba como único ajuar dos sillas y tres hamacas colgadas de las ennegrecidas vigas.

—¿No habrá café para mí?

—¿Cómo no?—replicó la joven alzando imperceptiblemente los ojos.

¡Extraña coincidencia! Los trémulos párpados de la astrosa guajira, entreabiertos por el rubor con palpitación trémula, dieron paso á la mirada de mi anterior ensueño.

No fué antojo. Desde un rincón de la choza, tomando mi taza de café á pequeños sorbos, tuve ocasión de examinarlos á hurtadillas, cuando, cesando por espacios el aluvión de ternezas de mis compañeros, la timidez dejaba libre los párpados de la moza é iban sus claras pupilas á fijarse en la soledad de los rincones ó en el ennegrecido techo.

Claros, abiertos, inundados del virginal rocío de su alma ingenua, brillaba en el fondo de aquellos ojos la diminuta chispa que yo había visto en sueños prender en llamarada ardiente. En sus serenas y dilatadas pupilas que velaban largas pestañas, dormían las vagorosas sombras de deleites, las sigilosas promesas de caricias, la trémula ansiedad de ardientes deseos, todos los anhelos y transportes de desvarío, que yo quería recordar al reconstituir el ensueño de la pasada noche, dormido en el ambien-



te caldeado del potrero, entre el trémulo fulgor de las estrellas y al beso humeante y prolongada de los cucuyos que iban á entrelazarse en el mudo y abrasado aliento de las sombras.

Volvió pronto la columna á la marcha. Según noticias recogidas, caminábamos sobre rastro fresco.

Creí observar al despedirme desde el caballo que la moza del bohío más apartado tendía alternativa-

mente la vista al bosque y á nosotros con ademán suplicante.

No variaba un ápice el paisaje que desfilaba ante nosotros, sereno y suave entre derroche y arrobos de luz y de color.

La confidencia debía ser exacta, porque á medida que avanzábamos eran más vehementes los indicios de la presencia del enemigo.

Al cruzar por un palmar una vieja nos señaló desde una *talanquera*, con ademán discreto y temeroso el potrero cercano.

Tal vez caminábamos acosando al enemigo de pasados días y ante esta sospecha, y al recuerdo del jobo y de los heridos que dejamos al cruzar por el Zarzal en la tarde anterior, sentí enardecer mi sangre y agitarse mis músculos con vigorosa energía.

—Así sea,—dije mentalmente, á tiempo que mis pensamientos se cruzaban con los primeros disparos de la vanguardia.

—La guerrilla está en fuego.

Y repentinamente la columna aumentó los aires del paso, hasta salir con desenfrenada carrera á la sabana.

Parte de la guerrilla desplegada, parte en línea y á caballo, acababan de echar pie á tierra contenidos y obligados á hacer fuego después de amagar una carga sobre un grupo de caballos contrarios.

Destacábanse admirablemente las dos líneas: la

nuestra en la sabana; la del enemigo en el bosque. El centro de nuestra caballería reculaba con un bailoteo infernal de caballos, despedida por el fuego que á boca de jarro hacía el enemigo entre densa nube de humo que encubría una larga cerca de piña al pie de unos bohíos.

El jefe de la columna, á la entrada del callejón, gritaba sereno:

—¡Desplegar y arriba!

Apresuré el paso con la sección, dirigiéndome á un palmar al que hacía frente un trompeta con un pelotón escaso de caballos:

—¡Allí, allí, mi teniente!—dijo señalándome al fondo, del que salía una confusa gritería entre repetidas y sucesivas nubecillas de humo.

Al notar nuestra presencia aumentó en intensidad el fuego del contrario y al mismo tiempo empezó á prenderse un extenso cañaveral que daba á nuestra derecha.

—¡Arriba! ¡Arriba!—repetían conmigo los sargentos, y de una brusca galopada me adelanté señalando la cerca de alambre que había de ocupar mi sección.

—Todos á mi voz,—grité á los muchachos que acababan de instalarse á la carrera.

Duraron las descargas el tiempo que tardaron los soldados en romper la cerca por tres sitios distintos.

Las voces sonaban claras en la selva y el fuego arreció al pisar nosotros el boniatal que nos separaba de ellos.

No había tiempo que perder, y á los pocos disparos que hicimos en la primer regata de siembra, lancé á la sección sobre la linde del bosque.

Brusco fuego nos rompieron por la derecha desde el fondo de un maizal. Detenido en la marcha el flanco derecho, reculó en abanico, y una vivísima angustia empezó á bailotear en la fila cuyos soldados buscaban á retaguardia sitio acomodado para contestar el fuego.

No había tiempo que perder. ¡Arriba! ¡Arriba! grité, enarbolando mi sable y lanzando el caballo sobre el maizal.

Cesó instantáneamente el fuego. Por la derecha del cañaveral cargaba nuestra guerrilla con gran estruendo de voces y maleza. Los cornetas tocaban por retaguardia paso de ataque que á poco generalizaron por la derecha.

Nos internamos en el bosque largo espacio y allí organicé la sección, jadeante de fatiga.

Dejamos á nuestro paso muertos del enemigo, que, á no impedirlo bruscamente, bailotean como muñecos entre las bayonetas de los soldados.

Esperé la orden de retirada y me replegué sobre la sabana cuando anochecía, sin haber experimentado una sola baja.

Las de la columna fueron también de escasa consideración: tres heridos, y en cambio, se les había tomado un campamento y cuatro prisioneros.

Las bajas las experimentaron los caballos de la guerrilla, que salpicaban un largo trecho de sabana.

Quitaron los guerrilleros las sillas de los caballos, á algunos de los cuales había hincado en tierra la muerte con extrañas posturas.

Se ordenó la retirada con precaución y por escalones en medio de un silencioso recogimiento y alumbrados por las postrimerías de un rojizo sol poniente.

Siniestra calma pesaba sobre el bosque y los lugares de donde acabábamos de desalojar al enemigo. Sobre la verde hierba de la sabana se destacaban los lomos ó los hinchados vientres de los rocines muertos. Uno de ellos, en un charco de sangre y entre convulsiones de agonía, doblaba á intervalos el cuello y levantaba la cabeza tendiendo mirada suplicante á los últimos escalones de tropas que se retiraban.

Las postreras brasas del incendio del cañaveral prendieron la cerca de piña, que comenzó á arder allá en el fondo y entre las primeras sombras de la noche con ruido semejante á disparos lejanos.

Día...

Las aguas han vuelto. Llueve con tan rabiosa furia, que asalta al pensamiento angustiado la imagen del horrible septenario del diluvio.

La tromba de agua cae con tal violencia en el bosque donde estamos acampados, que arranca las



hojas, desgaja las ramas y aun creo que amenaza llevarse los árboles entre los densos remolinos de agua corriente que siento alarmadísimo ascender por más arriba de mis tobillos.

Resisto la tempestad apoyado en un árbol. A la repentina y sucesiva luz de los relámpagos se abren, con formidables detonaciones que retumban

en el bosque, las entrañas abrasadas de las nubes.

Observo que análoga postura á la mía tienen en el campamento las tropas. No es posible resistir el chaparrón en otra forma. Ha sido imposible encender hogueras ni ocuparse de los ranchos. A los pobres heridos se les ha cobijado en una espesa cubierta de mantas y el servicio se ha establecido en el bosque retirándolo de la sabana. Esta semeja un mar á la luz de los relámpagos. Sobre ella cae el agua con el ruido acompasado, blando, que produciría al caer sobre un estanque.

Las aguas del arroyuelo á cuyas inmediaciones acampamos corren con inusitada violencia y á ellas concurren atropelladas afluentes abiertos repentinamente en el terreno blando del bosque.

Si esto dura, la amenazadora inundación va á obligarnos á buscar amparo en las copas de los árboles.

¡Soberana noche, lector!

Día...

Hasta amanecer no cesó la violencia de la lluvia y no fué posible encender fuego.

Hoy emprendemos la marcha más tarde que de costumbre. Creo que nos dirigimos á Campechuela para dejar los heridos y recoger raciones; ¡hace días que no hay en la columna una sola migaja de galleta! Haremos la marcha en dos jornadas.

Empieza el desfile de la columna. Las ropas empapadas en agua y barro de la pasada noche humean bajo la ardiente caricia del sol.

¡Conmovedor episodio!... A la orilla del bosque, enclavado en el barro y con el vientre desmesuradamente hinchado, yace el caballo que ayer dejamos entre convulsiones de agonía. El animalito, aliviado por la lluvia, ha debido llegar arrastrándose durante la noche y empujado por la irresistible fuerza de la querencia. Rodéale un grupo de guerrilleros, y el triste rocín, enclavado en las patas delanteras, conserva la cabeza medio erguida y creo vislumbrar en el fondo de sus vidriosos ojos un apagado reflejo de anhelosa súplica.

Día...

La marcha de ayer discurrió sin otros incidentes que el de caminar acosados por la lluvia desde las tres de la tarde. A las cuatro atravesamos un río con tanta dificultad y riesgo, que en la maniobra nos cogió la noche. Gracias á que del otro lado encontramos buen número de bohíos y chozas que nos sirvieron de albergue para fin de la jornada.

La de hoy será penosísima á juicio del práctico. Todo el camino discurre por entre ciénagas, cuyas tres leguas equivalen á doce por terreno seco. No suelen estar muy acordes los caminos y los prácti-

cos; así, pues, casi estoy por creer que la jornada de hoy, si no deliciosa, será buena.

Me toca cerrar la retaguardia de la columna. Cuando me dispongo á levantar el campo, nos hacen varios disparos desde un *yareyal* vecino. Cargo á la carrera con unos cuantos hombres sobre la fronda de anchas y erizadas palmas todavía humeantes, y son inútiles mis pesquisas y la larga carrera. El enemigo, más ágil y ducho, corre velozmente por entre aquellas mismas palmas que á nosotros nos sofocan y nos cubren de arañazos.

En marcha, y después de establecer el servicio de seguridad, hago mentalmente consideraciones sobre la guerra.

El eterno precepto de arte militar de que para vencer al contrario precisa ser más fuerte que él en algún punto de su línea, me hace pensar que, en guerras semejantes á la que emprendemos, sería garantía insignificante del triunfo. En esta guerra, como en todas aquellas en que el enemigo busca como escudo y aliado poderoso el terreno, hay que vencer á los dos. Al primero con la superioridad de armas, de fuerzas ó de bravura: y al segundo con el dominio absoluto de él, porque el terreno se entrega siempre al que con más energías le posee.

Ahuyentar al enemigo no es vencerle. La huida es una maniobra cuando esgrime el terreno en su amparo.

Esta necesidad de dominar el terreno cuando el contrario se ampara en él, exige ser individualmente más fuerte y ágil, soldado por soldado, y para conseguirlo precisa que los ejércitos hagan de antemano profesión de vigor y de energía.

Las reglas de arte militar suponen á los ejércitos equilibrados y con iguales dosis de vigor individual, porque ésta la adquiere el hombre á fuerza de hábito.

De la mejor aplicación de los preceptos del arte depende el éxito de la guerra. Pero estos mismos preceptos los burlará siempre un enemigo vigoroso cuando opera frente á un ejército de endeble constitución física.

Con las armas sucede otro tanto, porque éstas sólo son un auxiliar del corazón y del vigor.

La guerra dimana de un eterno principio divino: la ley de lucha por la existencia. La imperiosa necesidad de la propia pujanza que obliga en las especies á que el fuerte devore al débil.

Subía la columna un pequeño repecho y ondulaba en la cumbre como el lomo de un reptil.

Bruscamente se asoció á mi pensamiento el recuerdo de los delfines: vencían cuando era mayor el vigor; ¡pero cuántas persecuciones habrían de resultarles infructuosas! Bajamos el repecho y nos sumergimos en un océano de verdura.

La selva abríase gigantesca á los dos lados del

camino, y éste, por lo encharcado y viscoso, parecía una larga albufera.

Chapuzaban los hombres sobre el barro y más adelante las acémilas del bagaje se hundían hasta las cinchas. Era preciso caminar sorteando blanquizcos remansos de un barro finísimo que los del país llaman tembladeras y en cuyo profundo légamo sutil pueden encontrar holgada tumba caballo y jinete.



Del terreno subía un insoportable y sofocante olor de alberca removida. Fué preciso, á las dos horas de marcha, dar descanso á la tropa.

Las fuertes emanaciones del removido barrizal enrarecían el ambiente á medida que nos internábamos y sobre él pesaba un vaho sofocante y bochornoso que sudaban las nubes plomizas y amon-

tonadas sobre la larga bóveda de hojas que aclaraba de trecho en trecho.

Uno de los lados del camino se hizo intransitable y la columna se vió precisada á desfilar hombre por hombre. ¡Extraño desfile! Rotos los trajes por las espinas de la linde, con barro hasta la cintura; en algunos, al pantalón había sucedido el calzoncillo, y muchos otros, conservando una sola pernera, mostraban la desnuda pierna envuelta por una corteza de fango idéntica á la que cubría los desnudos pies de todos. No era posible conservar las distancias. Encorvados bajo el peso abrumador de la fatiga, con el fusil y el macuto terciado á la espalda, apoyados en largos palos cogidos en el bosque, el desfile de los hombres era una continua sucesión de saltos, sorteando troncos y baches, á los que sucedían resbalones amenazadores de horribles desguinces é estruendosas caídas que presagiaban ser mortales. Así eran las angustiosas horas de marcha. Fué preciso menudear los descansos y la retaguardia fué perdiendo el contacto con la columna. No era posible caminar de otra suerte: la vanguardia apresuró el paso desembarazándose de obstáculos ante el temor de que la vecina noche nos cogiera á todos sin salir de la ciénaga.

Denso chaparrón cayó repentinamente, amortiguando la escasa luz de aquel túnel sombrío. Cha-

puzaban los hombres y empezaron á menudear las caídas. Me ví precisado á dejar el caballo, que daba señales de rendirse á la fatiga, y descalzándome, entré en filas con el resto de los soldados.

Creí además de todo punto necesaria esta ejemplaridad en mi tropa. Asomaba á los ojos profundo desaliento y en los rostros rebozados de barro que la lluvia surcaba con largas lágrimas, ví claras muestras de consternación infinita y de angustia suprema. Bien pronto la ciénaga adquirió aspecto de torrente. La lluvia, con violencia, levantaba infinitas burbujas en el agua, que, removiendo el abrasado fango, parecía hervir á nuestros pies. No venía de vanguardia ningún ruido. La columna dejaba señales de su paso por los caballos de oficial y soldado que sembraba á lo largo del camino. Caballos atascados algunos hasta el cuello, que doblan con resignación agónica para clavar el hocico en barro.

En un recodo apareció un grupo de acémilas con las cuales bregaban jadeantes unos acemileros. No era posible hacerlas marchar. Se les había aligerado de toda carga, y aun castigándolas sobre el cráter purulento y rojizo de sus enormes mataduras, era imposible removerlas del barro donde estaban enclavadas exhalando un olor de muladar y de muerte insoportable.

Encontré repugnante y siniestro aquel espectáculo que insultaba á la agonía y ordené que se aban-

donasen las mulas, incorporándose los acemileros á mi fuerza. La noche avecinábase, y el boquete que se alargaba á nuestro frente se hacía por instantes más sombrío. Animé á los soldados. La indignación que me producían mis frecuentes caídas sellaba por un rato mis labios ó cortaba bruscamente mis exhortaciones... En una rama desgajada me dejé prendido buen trozo de pantalón, y ante la inutilidad y embarazo que en la marcha me producía el resto, me despojé de él por completo. ¡Extraña marcha! ¡Extraña figura la mía... si el desaliento que empezaba á invadirme hubiera dejado en aquellos instantes un resquicio al buen humor, para considerar lo grotesco de mi traje! Poco á poco nos envolvieron las sombras, y desde aquel momento fué preciso marchar á tientas. Ordené á la hilera de soldados que caminasen pegados á la linde. Había cesado de llover y el silencio de la noche sólo era turbado con el rumor de las aguas sacudidas por los pies.

—¿Faltaría mucho? ¿No iríamos extraviados?

Esta pregunta me repetía mentalmente y sacudía con sobresalto mi cuerpo agitado por el frío de las ropas y de la noche, con frecuentes estremecimientos que hacían castañetear mis dientes y tremolar las palabras de mis órdenes.

Se hundió un soldado en un fangal y se negó, entre ayes y blasfemias, á proseguir la marcha. Hacía dos días, según me dijeron sus compañeros, que

arrastraba una penosísima fiebre. Compadecido de él, traté de vencer su obstinación con cariñosos consejos. Empresa inútil. Ni mis ruegos, ni las palabras de sus compañeros, ni mis amenazas por último, sirvieron para vencer su terquedad de tozudo gallego:

—¡*Eu quero morrer*! ¡*Déxeme ficar, ea*!—decía entre sollozos, maldiciendo de Dios y de su madre.

Perdíamos el tiempo inútilmente, y al oirle dudar de mis amenazas, ciego de ira me lancé al barrizal, y logré sacarle á puñadas y á empujones.

Dispuse, ante la imposibilidad en que le vi de mantenerse en pie, que le montaran sobre el caballo que conducía mi asistente en la retaguardia y así logramos al cabo proseguir la marcha.

Las horas se hicieron interminables. Una humedad glacial punzaba aguda hasta la médula de nuestros huesos. De la larga fila de soldados que caminaban tropezando en la sombra, salían apagados quejidos, sollozos sofocados. Una aguda espina desgarró un trozo blando de piel en mi tobillo.

—¡Animo, muchachos!—grité, cambiando en una frase el alarido que asomó á mi garganta. Y á pocos pasos, molesto por el punzante dolor, abrasado por una sed que no mitigaba el agua fangosa, asaltado por el temor de que hubiéramos extraviado el camino, maldiciendo de la columna que no se ocupó de dejarnos un guía, á poco estuvo que no me de-



jase abandonar silencioso en el primer fangal, envidiando la suerte de las acémilas.

—¿No había perdido elcamino?--Los primeros soldados de cabeza tropezaron con un cuerpo, del cual se escapaban quejidos y débiles súplicas. Era un soldado rezagado de la columna caído en el barro, en un estado de postración y de abandono muy se mejante al marasmo, precursor de la muerte. Abrasaba su piel, y de sus febriles labios salían á borbotones palabras confusas y apagadas con delirantes tonos de compasiva súplica. No fué posible convencerle de que éramos fuerzas de la columna, y al transportarlo sobre el caballo, gemía y sollozaba balbuciente, solicitando piedad entre roncos gemidos de fiebre.

Sentí que acudía el llanto á mis ojos al contemplar el horrible infortunio de aquel infeliz que, creyéndose en poder del enemigo, solicitaba la vida. La misma vida que se escapaba á chorros por su piel abrasada.

Hubo necesidad de atravesarle en el caballo como un fardo y al cuidado de otro enfermo.

Sucedió á mi congoja de momento una poderosa reacción de energía y me puse á la cabeza de la hilera de soldados dispuesto á abrirme paso á través de la selva.

Caminamos todavía un buen trozo. En el fondo de la ciénaga y entre las sombras, algunas bestias abandonadas resoplaban su agonía. Seguíamos, por lo visto, el rastro de la columna.

—¡Animo, muchachos!—volví á gritar. Allí en el fondo se destacaban distintamente tres luces. Apresuramos la marcha, y á poco nos detuvo un desgarrador alarido que subió de la retaguardia.

Un espino acababa de arrancar del caballo al desdichado moribundo, que yacía en tierra con ronco estertor.

En brazos de dos soldados animosos fué conducido al lugar donde las luces se agrandaban por momentos. Eran tres bohíos habitados y próximos á los arrabales de Campachuela.

¡Al fin salíamos de la ciénaga!

Las gentes de los bohíos nos facilitaron ron y

agua con que lavar la ensangrentada cara del enfermo, que no daba señales de vida.

Mandé apresurar la marcha, y caminando sobre terreno seco, sirviéndonos de guía uno de los guajiros, no tardamos mucho en divisar la línea de luces del poblado.

Con los primeros faroles de las casas observé que mi sección había aumentado considerablemente en número sobre el camino. Habíamos recogido indudablemente los dispersos y abandonados elementos de aquella marcha siniestra cuyos horrores, de no menos relieve que los de un naufragio, conservaré en la imaginación mientras viva.

Al reunir la desdichada hueste de cojos, despeados y desnudos, me acerqué al caballo de los enfermos y pregunté:

—¿Cómo va?

—*¡Morreu!*—me contestó el gallego con la mayor naturalidad; y casi al mismo tiempo, y al cruzar con la silueta del caballo, resbaló á lo largo de mi desnudo muslo el frío roce de un pie yerto.

Día...

Cerré mis notas anteriores la noche de llegada al campamento. Al día siguiente, sabedor de que la columna acababa de recibir orden de operar por aquellos alrededores, aproveché la salida de un vapor

para Manzanillo con el fin de incorporarme á mi destino.

Nada hay tan sujeto á error como la percepción humana. Me arrepiento de mis primeros juicios. ¡Manzanillo me parece una morada deliciosa! ¡La fonda! ¡oh! la fonda, con la deslumbradora blancura de sus manteles; con sus bien servidas mesas, que respiran agradable confort! He creído notar en mi primera salida que el barro no es molesto y hasta las casas me han parecido más espaciosas.

Acabo de terminar el cúmulo de gestiones indispensables para lograr salir á la madrugada en el vaporcito que ha de conducirme á Cauto.

Al atravesar una calle acabo de perder los únicos pantalones flamantes que conservaba para mi presentación. ¡Vengo de barro hasta la cintura!

Al sentarme á la mesa noto más deficiencias en el servicio que esta mañana, y para colmo observo que lo que yo creí arabescos de los manteles son caprichosas manchas de... grasa.

La inteligencia no puede juzgar ni recibir impresiones de los sentidos; éstos han de someterse de antemano al módulo variable de lo relativo. Si al menos conociéramos el coeficiente de dilatación de esta unidad de medida. ¡Triste condición humana!

Antes de embarcar me despido de mis amigos del casino, y entre sorbo y sorbo de café, me arrancan una confesión que creo adeudar á la sinceridad:

—La mulata que despacha en la tabaquería próxima no es lo horrible que yo juzgué en mi primera impresión. Serán á la larga arabescos también; pero confieso que la encuentro ciertos rasgos de belleza femenina.

Día...

Nada de particular anoto desde mi salida de Manzanillo. Parte de la noche discurre en nuestro viaje por el mar, y el resto, hasta el amanecer, en que esperando la marea se amarren las gabarras, lo pasamos en la bocana del río.

Me despiertan las voces consiguientes á la maniobra.

El paisaje es espléndido. Estamos enfilando la entrada del Cauto y nuestra pereza permite que se nos anticipe el sol que empieza á lucir coloreando de un rojo asalmonado la boca que conduce al ancho callejón de agua.

Por derecha é izquierda, dilatada superficie de manglares sacuden, cargados de rocío, las sombras de la noche, en nube blanquecina de humo, velo virginal que cubre la inexplorada extensión de sus parajes ignotos. Por una de las orillas del mangle, larga hilera de zancudas, sacudiendo su blanco plumaje á los primeros albores de la mañana, semejan apretado escuadrón enemigo que con ademán impaciente nos retase á descomunal combate.

Logramos tomar la boca del río sin ningún contratiempo, y á merced del último, que es bonancible, avanzamos por la bocana del río, deslizándonos por las tranquilas aguas que el sol baña con arrebolados tonos y seguidos de las tres gabarras, que en medio un ambiente diáfano y sereno elevan gallardas su dócil y sencilla arboladura. La naturaleza vejetal deja que el mangle duerma, al amparo del légamo celoso, su virginidad inquebrantable, y á poco surge esplendorosa en ambas márgenes del río, en cuyas aguas refresca los nacientes retoños de su fecundidad desbordante ó la abrasada sed de su potente lujuria.

La mano del hombre viene



á poner tiento en los primeros derroches de embriaguez de la libre flora; y al feroz paisaje de las selvas libres suceden de trecho en trecho los suaves tonos del cultivo y de la estancia. A la indómita manigua sucede el dulce y blando platanar, que brinda cómodo asilo bajo la ancha y uniforme hilera de sus calles cubiertas de fresca y deleitosa sombra. A la áspera é intrincada maraña de lozana yerba, sigue el esbelto palmar que, meciendo melancólicamente sus ramas, brinda franco amparo entre la clara sombra que rodea sus aislados troncos y aun llegan éstos con coquetona cortesía á doblegarse al ras de las aguas, solicitando parada y ofreciendo fácil acceso. Ora es el grupo de bohíos; más allá la vereda recóndita á cuyo amparo duerme el cayuco; no muy lejos la suave pradera de las márgenes en las que baja á beber el ganado de los potreros vecinos, denota la mano del hombre suavizando la fertilidad brutal de la naturaleza y embelleciendo el paisaje.

El río cambia bruscamente de dirección formando caprichosos recodos y ensenadas. Las márgenes se alzan sobre nosotros y en altura casi se tragan las vergas de los faluchos que remolcamos.

Sigo con curiosidad la marcha desde una de los bordas del vaporcito.

El río se desliza mansamente y sólo turba la serenidad de sus aguas el rodar de la hélice. En cada uno de los remansos y á impulsos de la arran-

cada, la fronda se estremece saludándonos con siseo de bienvenida.

Cruzamos varios parajes peligrosos,—según dice el patrón;—pero confieso que las bellezas del paisaje no me permiten separarme del observatorio. Por otra parte, la placidez de las gentes que interrumpen en las orillas sus habituales tareas para saludarnos, me hacen olvidar que estamos en la guerra.

En la solemne calma de estos parajes sólo creo preocupa nuestra marcha á los chicos cobrizos y desnudos que salen á saludarnos á la orilla ó á la población, no menos atónita, de caimanes que hienden azorados las aguas buscando torpemente en las orillas sus habituales escondrijos.

La navegación del río es, por lo que veo, peligrosísima y requiere una larga práctica. No sólo varía en profundidad el canal que seguimos, según las diferentes épocas del año; sino que de continuo este mismo canal se ve interceptado por troncos de árbol y por enormes palmeras que los arroyos que á él afluyen arrastran en sus crecimientos.

Por algunos troncos de palmera, clavados en su fondo, pasamos rozando en tal forma, que no es posible asomar la cabeza por las bordas sin grave riesgo.

No me explico como en dos meses de guerra no se ha evitado este peligroso inconveniente con una sencilla maniobra de arrastre.

Como á bordo y anochecido llegamos á un extenso grupo de bohíos situados en nuestra izquierda, que denominan el Guamo.

Creo que aquí pasaremos la noche.

Así es, y transcurre para mí en vela, lector. No es posible conciliar el sueño entre la nube de mosquitos que nos asalta. Fuera del espacio libre que deja el vaho de la chimenea, los diminutos animalejos lo invaden todo. Asaltan los ojos, los oídos, las narices y acaban por respirarse y mascarse como diminuto polvo. Sólo les ahuyenta el humo del cigarro y á él consagro la noche cansado de mirar las luces dispersas del poblado y de oir crujir entre las sombras las poderosas mandíbulas de los caimanes que devoran los restos de comida arrojados del barco.

Son muy contados los pasajeros que hacen coro á los ronquidos de la tripulación. En su mayoría, faltos de hábito, velan como yo.

¿Cuándo amanecerá? Me hastían las luces. Me causa tedio el triturar de los caimanes en la sombra; y acaba por amodorrarme la incolora narración de un pasajero que relata, envuelto en una manta, la historia del Guamo durante la guerra pasada.

Día...

Ya llevamos largo espacio recorrido cuando despierto, desazonado y sudoroso, bajo los abrasadores

rayos del sol. Todo el ambiente me parece, al despertar, invadido por ígneas ascuas.

El astro del día se eleva sobre nuestras cabezas á gran altura. Debe de ser tarde.

Observo con desconsoladora mirada que acaban de tapar mi observatorio. Imposible asomarme á las bordas.

Las noticias recibidas en el Guamo son poco tranquilizadoras, y el patrón ha dispuesto que se suban en ambos costados del buque las planchas de blindaje. El viento de la arrancada no llega hasta nosotros y el calor es angustioso: decido, pues, irme al espacio libre de proa y allí tomo asiento á horcajadas substituyendo al mascarón.

La marcha es más lenta que la de ayer, porque luchamos en contra de la *vacía* que activa la corriente volcando las aguas en el mar. Abrense estas á mis pies en dos ondas rizadas de espuma, y deslízase el barco arrugando á su frente la tersa superficie líquida en uniformes pliegues que van á morir en las orillas, haciendo bailotear á su paso los innumerables *cayucos* y *piraguas* amarrados á las márgenes del río. Creo notar que éstas han disminuido en elevación aumentando las sinuosidades. Atravesamos espaciosas ensenadas que tienen serenidad de lago. Entre los espesos penachos de vegetación que les circundan no es posible encontrar el callejón de salida; ora se esconde entre altos ribazos de

hierba guinea ó ya se oculta en la sombra que destacan, sumergidas en el agua, las gigantescas ceibas ó las enormes *caobas*. La umbría refleja sus tonos verdes á lo largo de las márgenes y en ocasiones invade toda la anchura del río.

Enormes aves acuáticas arrastran con pesado vuelo al ras de las aguas sus nudosas patas, ó pájaros de una largura de canuto cruzan las orillas con agudo chillido y velocidad de saeta.

Sobre una maraña de troncos enclavados en el fondo y circundados de broza, descansan al sol dos enormes tortugas (jicoteas) cuyos caporazonas brillan á trozos con reverberación de espejuelos.

Vamos á atravesar un paraje peligroso. El patrón me indica, con impacientes ademanes, que me oculte ó me agazape, y me señala al fondo de la umbría que se extiende al frente.

Escudriño con ojos ávidos y á poco diviso gente en cubierta enramada. Preparo mi revólver y espero ansioso y palpitante los primeros disparos para hacer fuego á mi vez.

Ahora distingo: es gente en acecho que indudablemente aguarda nuestro cruce. Entro más de lleno en la húmeda sombra. Al exterior siento los latidos que el anhelo pone en mi corazón... afianzo el revólver en la mano izquierda esperando la descarga...

—*¡Compai!*—gritan desde el la orilla. Y puedo observar á una familia conocida del patrón, que ace-

chaba nuestro paso para dar á éste unos encargos. La larga hilera de sombreros pertenecía á una innumerable prole de ambos sexos.

—¿No hay nada por aquí? —preguntaron desde cubierta.

—*Naita, señor,*—contestaron casi á coro desde la orilla.



Aquel sitio era Palma Hermosa. Y en verdad que merecía su nombre. Al cruzar el recodo, un extenso y dilatado palmar elevaba sus airosos troncos y agitaba en lo alto el espeso varillaje de sus palmas.

Cruzado aquel sitio sólo había que tomar precaución al atravesar la ensenada del Muerto y las *Cayamas,*—á juicio de la tripulación.

Ancho boquete se abrió á nuestra vista hacia la izquierda y por él discurrían opacas y silenciosas las aguas del Salado, que, deslizándose á lo largo de una angosta bóveda de verdura afluían al río.

Las márgenes comenzaron nuevamente á alzarse. Menudearon los bohíos habitados, y desde ellos, el saludo de las gentes entregada á sus pacíficos quehaceres.

El bosque aclaraba á ratos por anchos boquetes de reciente corte cuyos troncos formaban altas pirámides en la orilla ó balsas de maderos escuadrados.

A media tarde entramos en Cauto sin ningún accidente ni tropiezo.

¡Miserable Cauto! Su vista me produce penosa impresión. Fuera del airoso edificio que se señala para enfermeria, todo el poblado lo componen una hilera de barracas de madera tendidas á lo largo del río, pintarrajeadas y semejantes á casetas de baños. Detrás de esta hilera se abren las calles por los espacios que deja libres una destartalada agrupación de viles chozas. He dicho calles, y no hay calles ni plazas. No hay más que barro y el pueblo duerme su miseria sobre un pantano verdoso y mal oliente.

Rodean al poblado potreros en los que agoniza la luz de la tarde, en medio de la limpidez

de un ambiente sereno. Contrasta sobremanera la diáfana y suave transparencia del espacio circunvecino con la atmósfera nauseabunda y letal que pesa sobre el pueblo.

Éste lleva fama de insalubre, y es sabido que en él se incuban todas las enfermedades infecciosas y que la muerte hace periódicas y poderosas siegas con el auxilio del tifus, de la disentería y de la fiebre perniciosa.

Será verdad que en este inmundo barro se asienta escondido un enorme vivero de enfermedades, pero no las creo necesarias para explicar la horrorosa mortalidad.

¡Aquí la gente tiene que morir indefectiblemente de asco! No es posible aclimatar ni aun cerdos entre tanta basura.

Acaba de llegar una compañía del batallón á que voy destinado. Traen salpicados de barro hasta los sombreros. Tras de ella entran otras fuerzas, que son las que mañana habrán de conducir el convoy á Bayamo.

Observo que los soldados tienen todavía peor aspecto que en Manzanillo. Son las fuerzas que operan por las márgenes del Cauto y por las primeras estribaciones de la sierra. En su totalidad vienen descalzos y sus semblantes me parecen, no de enfermos, de agónicos.

Se alojan por las chozas y todo el poblado adquiere un sello de fúnebre animación.

De los cobertizos de las casas empiezan á colgar las hamacas. Manos y brazos, de una horrible y quebradiza delgadez, penden de las lonas ó asoman entre las cuerdas mostrando una piel amarillenta y lívida. En el fondo de las chozas, sobre montones de correajes y fusiles, con cadavérico abandono, duermen los soldados su pasada fatiga y en los corrales inmediatos á las chozas y entre nubes de humo cuecen el rancho en largas hileras de baldes.

A la cuesta del embarcadero empiezan á afluir las carretas, entre el acompasado chapotear de los bueyes en el barro y los chirridos de los resecos ejes, á los que acompañan las interjecciones y los trallazos de los carreteros:

—*¡Haragán! ¡Carijo! ¡artillero!*

La operación durará toda la noche y esta empieza á extender y á espesar sus sombras en los lejanos sotos. Del río sube una ligera neblina húmeda y mal sana. Empiezan á encenderse luces en las casas y pronto queda el poblado envuelto por las sombras, desgarradas á intervalos por las hogueras en que chisporrotea la leña, hacinada para la más rápida cocción de los ranchos.

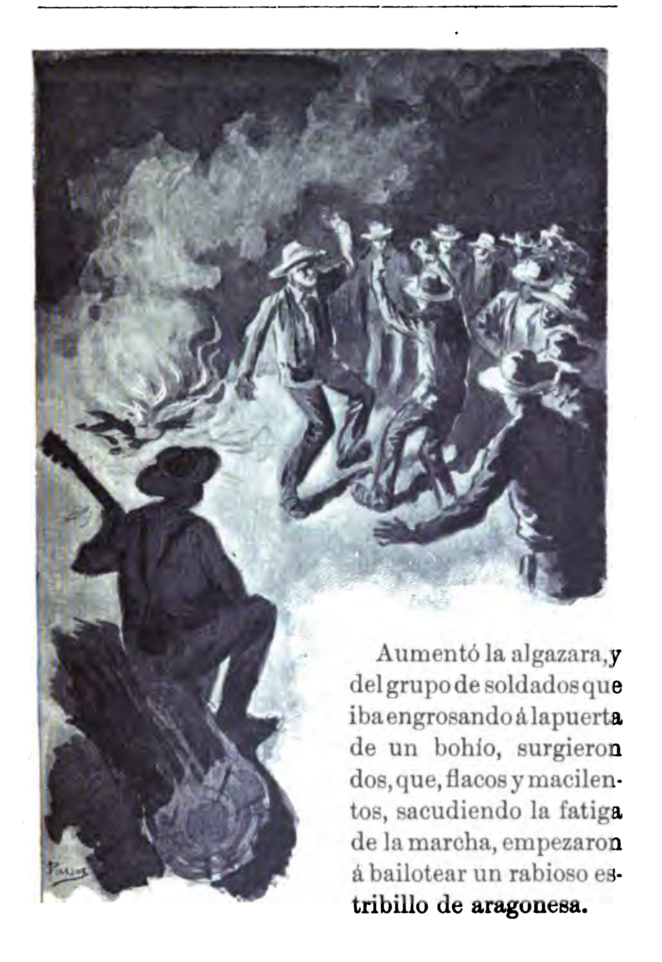
Las carretas van tomando puesto de marcha y los güagiror van desatando los bueyes que se encaminan á unancho potrero.

No tarda en despertar el Cauto al vivo sonido de las cornetas que anuncian la distribución de los ranchos. Entre las sombras van formando las compañías en el espacio que el barro deja libre, y se ve desfilar á la luz de las hogueras el demacrado y soñoliento semblante de los soldados que se encorvan y pasan después de recoger su ración en la marmita.

En los puestos de las chozas se encienden nuevas luces y al aire libre se van instalando infinidad de mesas, en las que por *un medio* (un real) se sirven tazones de humeante café. Acuden á ellas los soldados y el pueblo toma aspecto de verbena. El vaho del hirviente rancho sofoca por un espacio la pestilencial emanación de las charcas, y conforta, después de saboreado en las marmitas, el desfallecido cuerpo de los soldados.

¡Virtud sublime! ¡Virtud sacrosanta! Nuestro ideal, una guitarra, rasguea en las sombras. A la «serrana perdía», de la sentimental malagueña, sucede la jacarandosa y descosida algazara del dicharachero tango. Poco después la aguda é intrépida entonación de la jota salió de los pulmones de un baturrico, entonando esta copla sentimental:

La Pilarica conoce
Lo que por tí *peno*, maña.
Juro que ya no la miras
Sin que tiemblen tus pestañas.



Aumentó la algazara, y del grupo de soldados que iba engrosando á la puerta de un bohío, surgieron dos, que, flacos y macilentos, sacudiendo la fatiga de la marcha, empezaron á bailotear un rabioso estribillo de aragonesa.

¡Virtud sublime! ¡Virtud sacrosanta! La animación se hizo contagiosa, y piernas y brazos de anémica y aterradora delgadez se lanzaron al aire al alegre compás de la guitarra y de las palmas.

Me acordé del jobo. Del jobo solitario que en la desierta llanura extendía sus ramas, semejantes á brazos extendidos, cobijando por última vez, con la triste alegría de sus hojas, el despojo de aquellos dos primeros soldados muertos.

Fuí á refugiarme en mi alojamiento. Frente por frente los negros que servían en las carretas del convoy habían organizado una *rumba*. Sentados en el suelo servíanles desde una choza inmediata vasos de ron, que circulaban de mano en mano. Me paré un instante. Entre la penumbra de las débiles luces que alumbraban el grupo veía brillar los ojos y destacarse la blancura de los dientes de los bebedores que, entre sorbo y sorbo, interrumpían una monotona canción, cadenciosa y lánguida, á la que acompañaban una plañidera cítara, dos tambores y un *güiro*.

—¡Oh, Cocoriocó!

—Amarra tu gallo, ¡majaero!

Cuando entré en mi alojamiento, el famoso práctico Olivera narraba á mis compañeros de expedición la horrible aventura de que fué testigo presencial, y que hizo famosa en la otra guerra, la sabana que íbamos á atravesar al día siguiente:

—Vicente García ordenó esconder su gente en la alta hierba, y después de tres días de acecho, cayó al cerrar la noche del cuarto sobre un convoy análogo al nuestro, y fué tal la matanza entre las sombras que, de los cuatrocientos soldados y oficiales, sólo escaparon con vida diez y el resto la dejaron para siempre entre las hierbas de la sabana que acaso aun hoy se vivifican más lozanas con sus restos.

Oía la narración tendido en mi hamaca y alojado en la propia casa del testigo.

El ojo remangado de Olivera adquirió un brillo siniestro al recordar la matanza.

—Tomaron bien sus precauciones ¡carijo! Para no confundirse, se desnudaron de medio cuerpo arriba. Y entre el palpar de las manos en las sombras, apenas si brillaba el fulgor de los machetes desenvainados y sólo alteraba el silencio de la noche el rápido descuartizar de las cuchilladas y el desgarrador alarido de los moribundos.

Había seguido un silencio sepulcral á la narración.

Las dos hijas de Olivera, dos pardas gemelas, de cabellera ensortijada y rubia, seguían atentas la narración del padre, abriendo sus desmesurados ojos negros al llegar al pasaje sangriento y estremeciéndose bajo los sencillos túnicos, que sin otro amparo de ropa modelaban sus turgentes formas:

—¡Vaya!—exclamaban con mohín gracioso.

Tuve miedo. Miedo de que me invadiera y me desvelara, en vísperas de penosa marcha, la enfermedad de otras noches.

Volvieron á apoderarse de mí los recuerdos. Abrasadas ráfagas iban á prender en mi imaginación la escultural figura de mis ensueños.

—¡Diablo de pardas!

Hasta mí llegó el angustioso lamento de una lejana granadina, que cantaba entre el rasgueo de la guitarra:

—He de dejar tu querer
Por el *desir* de la gente;
Pero ten por entendío
Que me va á costar la muerte.

Ahogó la copla el monótono canto de los negros que en el vecino corro coreaban su incansable estribillo:

—*Amarra tu gallo, ¡majaero!*

Dormí profundamente, devorado á ratos por las pulgas y por los graciosos mohines de las mulatas:

—¡Vaya!... ¡vaya!

Día...

Acampamos en el primer ribazo de pradera de la sabana de Punta Gorda.

No recuerdo otra marcha tan fatigosa. Cuando salimos del poblado de Cauto, alumbraban las es-

trellas el firmamento. Y hasta ser día claro no salieron del pueblo las últimas carretas. Entre el chapotear del barro y entre las sombras, fué penosísimo el primer trayecto de marcha. Sólo se divisaba el soldado de fila precedente, y con toda suerte de precauciones caminaba la incertidumbre alargando el paso en las tinieblas.

Con la primera clara del alba se dió en un guayabal descanso á la tropa y al ganado.

Toda la marcha ha sido una continua sucesión de altos á través de un pantano.

De noche cerrada empieza á aparcarse el material del convoy.

En el último trozo de la jornada nos han servido para aligerar de torpeza á los carreteros y apresurar la marcha, algunos disparos hechos por el enemigo para acosar la retaguardia.

Acampamos al fin. Y apenas, entre el cansancio de una marcha interrumpida de sol á sol y las primeras gotas de lluvia que amenazan nuevo diluvio, tengo ánimos para tomar estas notas.

Día...

El enemigo, más madrugador que nosotros, toca diana en nuestro campo tiroteando á las avanzadas.

Emprendemos la marcha por la dilatada llanura, que semejante á un mar se extiende ante nosotros y se pierde en el horizonte. Muy lejos, por derecha



é izquierda, bordea el bosque esta llanura. Y á mil metros, un cayo de palma, que atravesamos luego, encierra los despojos del macheteo de la otra guerra.

La sabana tiene por las frecuentes lluvias todo el aspecto de una laguna. Caballos y carretas remueven el lodo negro del fondo que huele á podrido arrozal.

No tropezamos en la marcha con un simple árbol que desvíe por un momento los rayos del sol que, abrasando nuestros espaldas, pesan plomizos sobre los riñones.

Ni la más leve nube intercepta por un momento el límpido azul del firmamento que chorrea fuego. Extensos charcos reverberan entre anchas calvas de

hierba y sobre ellos revolotean negruzcas aves acuáticas.

Al mediodía la marcha se hace imposible y los bueyes amenazados de congestión exigen un alto prolongado. Me tiendo entre la abrasada yerba por la que rastrea todo un mundo de reptiles, de mirada viscosa y suspicaz.

Cuando volvemos á emprender la marcha, divisamos al final del horizonte una imperceptible línea del bosque.

—¡El fin de la sabana!

Caminamos hasta la caída de la tarde y á los primeros desmayos de luz alcanzamos á divisar una enorme *caoba* que sobresale de la linde del bosque; y á lo largo de éste una extensa línea de fuerza:

– ¿Será nuestra? ¿será el enemigo?

Me ofrezco por mi puesto independiente á avanzar con un grupo de guerrilleros.

Confieso que no sólo me mueve á ofrecerme la curiosidad: influye más en mi ánimo una ardiente sed que seca mi garganta y que estoy dispuesto á mitigar á cambio de todos los sacrificios.

Del bosque se destaca primero un jinete, y luego un grupo que avanza resuelto hacia nosotros.

—Cargar, y prevenidos, por si acaso,—ordeno á mis guerrilleros. Y sacando el revólver del arzón de la silla, avanzo hacia el grupo olvidando la sed; y aun creo que más suavizada la garganta.

Son efectivamente fuerzas nuestras. A pocos pasos reconozco á un antiguo compañero de Academia, y apretamos los caballos al encuentro para saludarnos alborozados.

Es mi amigo el teniente A... mi compañero inseparable de campaña desde aquel día.



Antes de ir á saludar al jefe de mi batallón, tiendo la vista á la sabana.

El convoy ocupa una extensión inmensa. La larga hilera de carretas destaca al sol poniente la deslumbradora blancura de los lienzos de los toldos y

cubrecargas. Ganado, vehículos y hombres forman apiñada y confusa muchedumbre que avanza por el piélago inmenso de llanura, y semeja á una de aquellas tribus bíblicas condenada por apocalíptica sentencia á arrastrar eternamente una vida errática.

—Los israelitas y el desierto,—pensé. Y mi amigo A... ejerció de Moisés, aplacando mi sed con un májico caneco cubierto de hierbas, que encerraba en su interior con relativa frescura ron y agua.

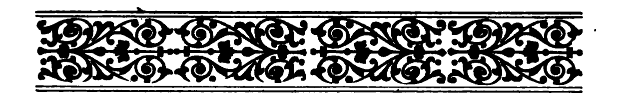
Dormímos aquella noche en *Caurejes* al pie de la enorme caoba que da vista al sabanazo.

Experimentaba una grata complacencia al verme rodeado de los que en lo sucesivo serían mis inseparables compañeros de campaña, y no quise dormir aquella noche sin sujetarme al cuello unas cornetillas con el número 23 que pedí á un soldado.

Oficiales y tropa iban á ser mi nueva familia en los duros trances de la campaña y en los días de prueba.

¡Cuántas emociones me reservaba la suerte!

14 Junio, 1895.



SEGUNDA PARTE

Día...

. . . .

Faltan muchas hojas de mi diario de operaciones. He prometido mandarlas todas á mis hermanos, que desembarcaron en la isla hace pocos días y operan por la zona de Santiago de Cuba. ¡Que Dios les dé suerte!

. . . .

Después de arrancar las hojas de diario de estos meses y de enviarlas con una carta, oí que la columna de que formaba parte mi hermano Luis y la mía acamparon, sin saberlo, á menos de tiro de pistola, en las inmediaciones de Ventas de Casanova.

¡Llevamos tanto tiempo sin vernos! ¡Qué abrazo tan fuerte nos hemos perdido!

¿Lo sabrá él?

. . . .

Acabo de recibir carta suya que copio:

San Luis, 12 octubre, 95.

Querido hermano Ricardo:

Como suponías, recibimos tu carta y las hojas de tu diario. Estábamos intranquilos por no recibir contestación á las últimas.

Puedes figurarte nuestro contento al ver las acciones en que has tomado parte y el entusiasmo con que operas.

Manolo y yo creemos muy fundadas tus esperanzas. Por si se realizan, ahí te mando un abrazo muy fuerte y mi más cariñosa enhorabuena.

No dejes de escribir. Y conste que no te perdonaré me falte una hoja de tu diario.

Como sabes por Manolo, el día 18 nos relevaron de los destacamentos y fuimos con la compañía á formar parte de la brigada Linares. Desde esa fecha no hemos descansado un solo momento.

Me encontré en la acción del Descanso del Muerto, llevando un convoy desde Palma Soriano á Remanganaguas. Pero iba en la retaguardia, y como la

acción se redujo á una emboscada de Rabí, sólo tomaron parte en ella las fuerzas de la vanguardia: guerrillas de Tejada y dos compañías de Antequera. Tuvimos cuarenta muertos de tropa y dos oficiales.

Seguimos con el convoy hasta Ventas de Casanova, y al día siguiente, según he sabido, acamparon muy cerca tu columna y la mía.

¿Sabrás tú á estas fechas que estuvimos juntos?

¡Qué apretado abrazo pudimos habernos dado!

Anterior y posteriormente á esta operación hemos tenido otras muchas, con tiroteos de escasa importancia, pero muy duros, con especialidad los que practicamos los días 22, 23 y 24. Ibamos cuatro columnas en combinación y la mía siguiendo rastro se metió por tal laberinto de cerros y de barrancos, que, al cuarto día, jadeantes y cubiertos de arañazos, creímos firmemente todos que acabaríamos por acampar en el traje de Adán.

Al primer respiro que se dió á la tropa al final de la tarde cayó, un chaparrón con tal violencia que nos cortó el resuello. Y desde aquella noche me acometieron unas calenturas que he soportado en marcha durante tres días, hasta llegar al poblado.

Ya estoy completamente bueno y dispuesto á emprender otras operaciones, que aquí no faltan, porque Maceo aloja por estos alrededores.

Siempre que salgo tengo la esperanza de que nos encontraremos en alguna combinación á ambos lados de la sierra.

Pero voy perdiendo la esperanza. Tienes razón. Aquí todo se combina menos el sentido común.

No te perdono que me falte un solo día de tu diario de operaciones.

Conozco á todos tus tiradores, como si fuera tropa mía.

De casa tuve carta el 19 y todos están bien.

Te desea mucha suerte y te manda muchos abrazos tu hermano que te quiere

LUIS.

. . . .

7 diciembre.

Querido Ricardo. Dos letras para despedirnos. Cada vez tenemos menos probabilidades de vernos.

Hoy salimos para Vuelta Abajo á perseguir la invasión.

¿Os traerán por aquí? ¿Nos veremos pronto? Dios lo quiera y él te guíe.

Mucha suerte y muchos abrazos de tu hermano

LUIS.

P. D. Mándame las últimas hojas que faltan del diario.

¡Bravo por tus tiradores!

. . . .

Día...

El instante más conmovedor de la guerra, la página más intensa de mi vida trájome herido al hospital, desde donde transcribo por correo el suceso á mis hermanos. ¡Qué nuevo aspecto tiene para mí la vida á partir de aquel instante trágico!..

Estoy intranquilísimo; no he recibido en varios correos carta de mis hermanos, y Luis nunca deja de acusarme el recibo de mi diario. Tengo un funesto presentimiento, y angustiado mi espíritu por las recientes emociones, padezco cruelmente. Mañana debe llegar otro correo. Me notifican que por muerte de Lolo Benítez me encargue del mando de su guerrilla.

¿Me cruzaré en el camino con la carta?

Día...

Acabo de salir del hospital de dar el último «adiós» á mis tiradores.

Al fin me trae el correo carta antes de partir.

San Felipe, 25 febrero, 96.

Queridísimo hermano Ricardo. Aun cuando leímos en los periódicos tu heroico comportamiento en M...... recibimos tu carta que nos acabó de

devolver la tranquilidad en lo referente á tu herida, —no obstante que por el Estado Mayor sabíamos que era leve y de arma blanca.

Nada te puedo decir, querido hermano, que sea expresión del efecto é impresión que tu comportamiento me produjo. Me siento orgullosísimo de tenerte por hermano y de llevar el apellido que hoy circula con entusiasmo por todo el ejército.

Te bastará saber que tu carta y tu diario me hicieron llorar y reir á un mismo tiempo; mezcla de alegría y terror que la emoción amasó al considerar el peligro inminente en que estuviste; y que abrazaría con toda mi alma á los supervivientes de aquel puñado de héroes que cayeron peleando sin descanso á tu lado.

¡Lástima que en la guerra sea la muerte el tributo de lo sublime!

Sería interminable la relación que habría de hacerte de los innumerables compañeros que me felicitan.

Todos los de la General que desfilan por este cantón me encargan para tí muchos abrazos.

Por Manolo,—que, como ya te dice, me abrazaba arrebatándome la carta de las manos,—sabrás nuestra peregrinación persiguiendo á Máximo Gomez y Maceo que amenazan las puertas de la Habana. Hemos tenido con ellos varios fuegos de escasa importancia y según dicen vuelven de retorno á las Villas y allí volveremos siguiendo su rastro.

No dejes de escribirme. No te sirve de disculpa la organización de la guerrilla.

Me dices que se llama de Laguna Blanca: ¿no es así?

Sin más por hoy, deseando tener noticias tuyas. ya que por desgracia no podemos abrazarnos, te envían un millón de apretados abrazos tus hermanos que se sienten orgullosos de serlo,

LUIS.

MANOLO.

15 marzo, 96.

Vuelvo á reanudar en mi cartera el diario de operaciones.

El general de la división me ofrece, al llegar á Manzanillo con mi guerrilla, un puesto de agregado en el cuartel general para ir á Vuelta Abajo.

Lo acepto alborozado; al fin lograré reunirme con mis hermanos después de un año de separación.

Embarcamos á bordo del *Purísima*. Un vaporcito blanco como un copo de nieve que se balancea amarrado á uno de los destartalados muelles de Manzanillo.

Llevo por todo equipaje una ligerísima maleta y voy con ella á instalarme en un camarote que hendido en persiana hasta media puerta, tiene el aspecto alegre y fresco de caseta de baño.

Subo sobre cubierta y no tardamos mucho en arrancar.

Bordeamos la costa en medio de un mar brillante que la luna riela en ancha extensión.

A las pocas horas de partir dejamos á la derecha el obscuro boquete de la bocana del Cauto, y después vamos siguiendo una sinuosa línea de mangle separada de nosotros por infinita salpicadura de sombríos cayos.



El viaje no ofrece accidentes. El ¡«Purísima Concepción»—«Purísima» á secas, como se le nombra en aquella costa,—sigue á lo largo de una línea de vegetación rara y uniforme.

Primero recuerdo que atracamos en Santa Cruz

del Sur, pueblo insignificante de la jurisdicción de Puerto Príncipe, y que debe su santidad al considerable número de muertos que encierra su cementerio. ¡Cuatro veces mayor que el pueblo!

Desde Tunas de Zaza, el terreno empieza á elevarse y á poco aparecen las primeras estribaciones de la *Siguanea.*

Sigue multiplicándose la línea de cayos que salpican la costa, y adquieren tan desmesurada longitud, que á ratos atravesamos por entre largos canales de ellos.

De noche aparecen á nuestra vista las luces de Trinidad, agrupadas en la falda de un monte, y más abajo, encendidas al ras del agua, parpadean y parecen atraernos con amoroso guiño las de Casilda.

Dulcísimo nombre femenino que suena con abrasado silabeo en los oídos y en medio del dulce y luminoso ambiente de aquella noche tibia.

Atracamos al puerto durante los breves instantes que exige la liviana carga y descarga. Y volvemos á partir, despedidos por los rojizos destellos del faro, que, en una punta del muelle, nos despide con guiñadas recelosas y expresivas.

A pesar de la claridad, acabamos de varar en una de las innumerables dunas que cierran la entrada.

El faro creo que prolonga por esta vez su destello con fijeza socarrona.

No tardamos en salir del atolladero y pronto se borran las lejanas luces en la claridad profusa de la noche.

De Cienfuegos á Batabanó, transcurre la marcha sin incidentes y entre la monotonía de una costa cenagosa y baja.

Cienfuegos me impresiona vivamente por la hermosura sin par de su extensa bahía, que esconde y guarda su belleza á la curiosidad indiferente y ocio sa del viajero.

Para el que cruza de largo, Cienfuegos duerme al final del angosto callejón cubierto de verdura, que le sirve de entrada.

Pero para el que solícito acude á demandar refugio, Cienfuegos tiene bellezas sin igual, que, ocultas á la mirada del transeunte, ofrece ufano al primero que demanda asilo en alguno de los infinitos rincones en que duermen las tranquilas aguas de la bahía.

La población risueña y coquetona respira aseo y pulcritud.

Sobrada de perfumes y colorines parece una damisela, obligada á engalanarse de continuo por las frecuentes visitas de sus huéspedes.

Por la plaza que cruzo á la hora del paseo, saludo á infinidad de compañeros que acaban de entrar con una columna procedente del campo.

Creo notar en los semblantes de las criollitas que

pasean dándose el brazo, cierta curiosidad mal disfrazada al cruzarse con los grupos de oficiales. Y aun me parece que acortan el paso y recogen con oído agudo retazos y trozos de narración de las últimas operaciones.

No me cabe duda: veo asomar á sus labios escarlata maligna sonrisa y se me antojan comentarios los rápidos siseos en voz baja que acompañan con expresiva y burlona entonación de sus negros ojos preñados de malicia.

—Miren sólo los *ofisialitos hacen safra,* —oigo en un grupo de precoces muñecas.

Día...

Ya se alcanzan á ver las jarcias de los buques anclados en Batabanó y bajo á la litera á guardar mis notas.

Acabo de llegar á la Habana. Todavía resuena en mis oídos el fatídico campanilleo que nos acompañó al entrar por los arrabales.

Dos hombres á caballo y á los dos costados de la vía, siguen la marcha del tren; y éste se desliza cauteloso á lo largo de las calles, precedido del acompasado toque de campanas que suenan á viático y á agonía.

A pesar de los rumores de que encontraríamos la vía interceptada, no halló ningún obstáculo la máquina exploradora. Toda la vía desde Batabanó

está de trecho en trecho amparada por pequeños fuertes. Los fuertes, los viaductos y las simples atarjeas, todas las obras de fábrica se guardan bajo la vigilancia de las tropas.

Se han hecho grandes chapeos en el bosque á derecha é izquierda de la explanación.

El tren camina por una llanura ligeramente ondulada. El paisaje es abierto y más risueño que en el departamento Oriental.

La mano del hombre ha roturado los terrenos con grandes siembras y plantaciones separadas por cercas de piedra, y sólo deja cortos espacios á la selva que forma en la llanura caprichosos mechones.

La tierra es de un color rojizo y tan fina, que se eleva á lo lejos en espirales que brillan al sol con sangriento reflejo.

A poco de cruzar un poblado, desfilamos ante una guerrilla que viene en dirección opuesta por un camino hondo, inmediato á la vía.

Los soldados nos saludan con los sombreros. Original aspecto. El polvo rojo de los campos pegado al rostro por el sudor da á todos los semblantes una horrible ex-presión de ferocidad sangrienta. Observo después el mismo antifaz siniestro en los centinelas de los fuertes que cruzamos.

Me imagino que, en medio de aquellos rojizos campos, la naturaleza debe de, por fuerza, conver-

tir la guerra en una cruel y espantosa carnicería. Atravesamos en medio de un silencio de consternación y de muerte por el camino que á su paso dejó abierta la invasión. Un apeadero reducido á cenizas. Anchas extensiones negruzcas de cañaverales incendiados cuyas pavesas alza el viento en tenues remolinos; *bateyes* reducidos á escombros; cercas de piedra derruídas; otras abiertas en innumerables boquetes. Todo demolido, arrancado por la invasora tromba venida de Oriente y que el sol alumbraba en su camino, yendo á ocultarse á diario entre nubes de sonrojo harto dc contemplar en su carrera nuevos horrores sobre aquella tierra cubierta de reseca sangre, que aventaba en fino polvo el primer estremecimiento de la brisa.

Con profunda emoción atravesé San Felipe, desde donde mis hermanos fecharon su última carta. Allí supe que su columna estaba en Guanajay. Y en el andén de la estación me dieron instrucciones para hacer el viaje.

Cerró la noche, y la alegría de la sorpresa que iba á causarles cerró también mis ojos para saborear más á mis solas toda la dulce emoción del encuentro.

Las luces de la Habana y la fatídica campanilla que anunció por ambos costados la llegada del tren, me sacaron de mi grato ensimismamiento.



Día...

He necesitado madrugar mucho para tomar el tren que ha de conducirme á Guanajay.

Me devora la emoción y la impaciencia, y creo que serán muy escasas las notas que podré tomar. Voy en el furgón inmediato á la locomotora de exploración.

Esta línea es al presente la más castigada por la

guerra. No queda una sola estación en pie. Los campos, los pueblos, las fincas, los ingenios, todo aparece arrasado, negruzco, derruído, como si hubiera llovido fuego celeste por espacio de muchos días.

Pocos son los habitantes que acuden al paso del tren, á los deshechos andenes derruídos. Hombres, niños y mujeres llevan la consternación impresa en el semblante.

A los soldados de la escolta veo señalar cada uno de los lugares de los últimos encuentros.

Próximos á Guanajay, á un lado de la vía, un grupo de retorcidos hierros y carbonizadas tablas acusan los restos de un tren incendiado hace poco por las partidas. Más lejos innumerables caballos muertos salpican el terreno y sobre ellos revolotea con vuelo pesado y circular un espeso aurero.

Dicen los soldados que son despojos de una acción que sostuvo una columna para salvar el tren.

Por los mismos soldados sé que mis hermanos estuvieron en el encuentro y me aseguran que el mayor está en operaciones y Luis se encuentra en Guanajay, convaleciente de unas fiebres.

Estoy impacientísimo y ni aun la velocidad del tren amortigua los bruscos sacudimientos de mi impacieneia.

Ya diviso las primeras casas del pueblo y mi emoción sube de punto. Preveo que hasta llegar á

su alojamiento voy á atravesar las calles de una carrera.

Habana, 12 noche.

Recojo mis impresiones del día. Estoy en el hotel de Inglaterra. En el mismo cuarto, descansa mi hermano Luis invadido por un acceso de fiebre...

Le examino con dolor muy enternecido. No es el mismo. Está demacradísimo, y la barba que se ha dejado crecer le da un aspecto enfermizo...

¡Qué mella han hecho en su naturaleza las penalidades y las fiebres!

Logré sorprenderle en la plaza, sentado á la puerta de su alojamiento.

Tal impresión le produjo mi presencia, que á punto estuve de arrepentirme.

—¿Eres tú?—gritó abriendo desmesuradamente los ojos humedecidos de llanto.

Permanecimos mucho rato abrazados.

Rompió á hablar y á preguntarme con un verdadero diluvio de palabras. Lamentóse de que no pudiera verme Manolo,—mi otro hermano,—porque estaba de operaciones.

Le dije que yo había ido á Guanajay y que necesitaba salir aquella misma tarde.

Decidimos hacer el viaje juntos y en todo él ne-

cesitamos abrazarnos repetidas veces para convencernos de que estábamos juntos.

Me acosaba á preguntas. Me enseñó las últimas páginas de mi diario del cual nunca se separaba. Fué preciso que yo insistiese varias veces para que me contara sus últimas encuentros.

Se agrandaron sus ojos, y con toda la nobleza ingenua de su alma de artista, empezó á describirme los parajes que no alcanzábamos á ver ó á señalarme los que se cruzaban á nuestros ojos.

En casi todos tenía un recuerdo. La guerra tomaba bajo su narración tan pintoresco colorido que me pareció asistir con él á cada una de sus acciones.

Para todo tenía atinados juicios, acerbas censuras. Veía claro el curso de la guerra:

—¡Ah! si se escribiese lo que aquí pasa,—repetía frecuentemente.

Yo le dejaba hablar embebecido en sus gestos, en sus palabras y en sus ademanes.

Contemplaba á la par los estragos que había causado en su organismo la guerra.

—Por qué no pides licencia por unos meses y te vas á España: estás muy débil, —le dije obedeeiendo á mis tristes reflexiones.

A poco estalla su indignación:

—¡Nunca!

Quería seguir hasta el fin. Precisamente la mayor actividad de las operaciones le mejoraba.

Tenía sus sueños, sus ambiciones nobilísimas.

—¿Si yo ganase otra laureada?... ¿Qué te parece?

Brillaron sus ojos con entusiasmo y calló bruscamente...

El tren corría á largo del mismo camino que yo había seguido pocas horas antes.

Al llegar á una estación nos avisaron que el enemigo había puesto muy inmediata una emboscada en la vía. Subimos alborozados á la exploradora y allí cogimos los fusiles de los enfermos

Ibamos á tener fuego juntos; se reía alegre y me apuntaba sereno el trozo de espesura donde invariablemente aguardaban el paso de los trenes.

La máquina silbó con feroz y prolongado silbido acortando la marcha.

—¿No ves? ¿No ves sombreros?

Una descarga trajo una rociada de balas que fueron á rebotar en el hierro ó á clavarse en la madera del vagón. Al corto tiroteo de nuestros mausers vimos disipar el humo y alcanzamos á tirar sobre algunos jinetes entre la espesura.

Era inútil detener la marcha porque aquel era el saludo cotidiano.

Charlamos largo rato después del episodio y seguimos la charla y durante la comida que apenas probamos.

Salimos después de comer á tomar café á una cervecería, y de allí tuvimos que retirarnos presto porque sintió los primeros calofríos de la calentura.

Escribo desde el mismo cuarto donde él descansa.

Parpadea mucho y frunce como esta tarde el entrecejo.

¡Acaso sueña con su laureada!...

¡Que Dios le dé suerte!

Habana, día...

Veinticuatro horas escasas logramos estar juntos. Al volver á la fonda, á la hora del almuerzo, nos enteramos de que el general que me condujo agregado á su Estado Mayor ha recibido orden de salir aquella misma noche para Manzanillo.

Invadidos de tristeza, decidió Luis acompañarme hasta la estación de Rincón, para desde allí tomar el tren que ha de conducirle á su destino.

¡Qué rápidas se han sucedido las horas! Nos cuesta trabajo convencernos de que va á empezar dentro de breves instantes otra larga separación... ¡Y Dios sabe!...

Cabizbajos y pensativos durante la marcha, trato de convencerle con inútiles esfuerzos de que su esta-

do de salud requiere descanso. ¡Imposible! Vuelve á su obsesión. Es preciso trabajar; trabajar hasta el fin. De la energía de las operaciones adquirirá energía su enfermizo cuerpo.

Según los últimos partes, la insurrección empieza á correrse hacia aquellos contornos que atravesamos y que él conoce á palmos.

Tal vez se dirijan á Pinar del Río. Si es así, su columna será de las primeras en perseguirles.

Llegamos á la estación de Rincón. Allí es fuerza separarnos.

Sobre los andenes derruídos, camina febril, señalándome los confines del horizonte donde tuvo encuentros su columna.

—Aquí se localizará la guerra por mucho tiempo, —dice.

Ves esta tierra rojiza; parece que mane sangre y esté sedienta. Toda la sangre de España no bastaría para saciar su sed. Yo le he visto beber la sangre de los heridos sin dejar rastro. Bebe sangre como otras tierras beben agua. Diríase que las rojizas salpicaduras de sangre son para ella lluvia benéfica...

El tren descendente de Batabanó agrandaba en las primeras tinieblas sus rojizos discos, anunciando con prolongado y doloroso silbido nuestra despedida.

Nos enlazamos con sofocante abrazo. A lo largo

de su espalda, creo percibir el ligero temblor de la fiebre.

—Cuídate y que Dios te dé suerte,—le dije desde la ventanilla.



—No hagas ya más locuras,—gritó entre las sombras con voz que humedecieron los sollozos. Y al vivo resplandor de la locomotora que resopló con arrancada vigorosa, percibí su cuerpo enjuto sobre

el derruído andén, y hasta creí ver que sus puños con rápido restregón secaban sus ojos, que brillaban en las tinieblas iluminados por las lágrimas y por los primeros reflejos de su poderosa obsesión y de su ensueño.

Lanzóse el tren por entre las tinieblas y en ellas quedé sumido al nublarse de lágrimas mis ojos.

Me asomé á una de las ventanillas para disimular mi emoción.

Corría el tren por entre espacios tan tenebrosos como los de mi amargura. De trecho en trecho, y semejantes á constelaciones circulares, dejábamos á derecha é izquierda las luces que asomaban por las aspilleras de los fuertes.

Por Occidente lejanos resplandores de incendio traían de continuo á la mente, la imágen de aquella abrasadora guerra.

Tras de largos silbidos prolongados, entramos en una estación reducida á escombros é iluminada por unas teas.

Más á la derecha dejamos el pueblo, cuyos sombríos edificios apenas si se adivinaban entre el temeroso parpadear de sus moribundas luces. Siguieron nuevas estaciones; nuevos pueblos. El viento de la noche escaldaba mis ojos.

Vivas llamaradas de la locomotora alumbraban á intervalos siniestros ramajes ó erizadas palmas.

Corría el tren con rodar ensordecedor y vertiginoso por entre el desolado mutismo de la noche.

Un apagado traqueteo me llamó repentinamente la atención.

Sobre el fondo oscuro se destacaban visiblemente dos líneas casi paralelas formadas por sucesivos é interrumpidos fogonazos. Silbó la exploradora; silbó la máquina y repentinamente adquirió el tren una velocidad que amenazaba despeñarnos. Dejamos atrás la línea de fuego. Indudablemente era alguna partida que acababa de toparse entre las sombras con una columna nuestra.

Me acordé de mis primeras observaciones y del dicho de Luis.

Aquella tierra estaba sedienta de sangre y no saciaría su sed ni de día ni de noche. A todas horas necesitaba avivar el tono rojizo de sus campos.

En una estación que cruzamos, nos dieron noticias de un reciente encuentro. Aquella tarde había tenido fuego una columna nuestra, y decidida á perseguir al enemigo acababa de dejar los heridos en el andén y en el despacho del factor.

Desde mi vagón veía la larga fila de camillas. Y hasta mis oídos llegaba el angustioso quejido de los graves.

Supe que esperaban un tren ascendente de Batabanó para conducirlos á San Felipe.

—¿Cuántos eran? No lo sé. Para mí en aquel mo-

mento era uno; uno solo y su faz amarillenta se destacaba sudorosa entre la almohada y plegaba sus cejas el fruncido ceño de su exaltación:

—¡Ah, si al fin logro la laureada!

Habana, 8 de Abril, 96.

Queridísimo Ricardo: Te escribo desde la Habana y desde la misma habitación que ocupamos juntos.

En el velador que tú escribías aquella noche está ahora Manolo.

Como te anuncié vamos de paso para Pinar del Rio.

¿No te dije que las operaciones activas me convenían? Ya estoy bueno.

No dejes de mandarme con regularidad el diario. ¿Te empiezas á entusiasmar con la guerrilla?

¡Si vinieras con nosotros! Dios querrá que nos veamos pronto. Aquí está lo gordo y aquí vendréis todos.

Te abraza y fuerte tu hermano

LUIS.

Manzanillo, 20 abril.

No he recibido carta en estos dos últimos correos. ¿No habrá llegado á manos de Luis mi diario? Ante

el temor de que se pierdan me abstengo por ahora de mandarlo.

Acampo con mi guerrilla en el potrero de la Herradura. Voy formando parte de una nutrida columna de operaciones.

¡Qué sesgo tan diferente ha tomado la guerra en un año escaso!

Recuerdo que en este mismo mes hice mi primer salida.

Aquellas columnas de trescientos ó de cuatrocientos hombres serían insuficientes en la actualidad para luchar con los grandes núcleos de insurrección.

La reconcentración ha recogido del campo los guajiros. El abandono y la soledad son espantosos. Los campos presentan el aspecto desolador impreso por un año de guerra. Pueblos completos han sido incendiados y sólo quedan vestigios de su existencia entre montones de escombros y de maderas carbonizadas.

Familias enteras han desertado al campo enemigo. La guerra ha concedido una expansividad amorosa sin límites. La insurrección lo recoge todo. Todo sirve; todo es combustible para mantener encendido el fuego sagrado de la guerra. Las parejas de tórtolos van desertando al campo por docenas...

Los repulgos de la paz han desaparecido. La exal-

tación patriótica vela el pudor y sirve de velo de desposada.

Basta una noche ardiente y una caricia atrevida á través de la reja para concertar la fuga.

Si la tórtola vacila, el macho apela á un patriotismo exaltado:

—Puesto que ella no quiere, se irá él solo. Imposible comunicarse. Vivo ó muerto, sabrá de él cuando acabe la guerra.

El recurso es supremo, las tiernas doncellitas no resisten la tentación y sucumben entre espasmos de *morbideza*.

—Cachita se fué, ¿sabe?

Y *Cachita* era aquella muchacha que vivía en las casas de más acá y en las de más allá. También había *Cachitas* en la plaza y en los alrededores del poblado.

Todas, todas se van marchando. Desaparecen á la madrugada sin otro ajuar que el túnico blanco de casa y un puñado de pañuelos que no bastan á contener todo el llanto de la revolución.

El palomar amenaza desbandarse por completo.

Conforme vamos caminando por las selvas, voy recordando los rastros que tras sí dejan estas parejas amorosas.

A veces es una cinta de seda color *punzó*; ora una caja de opoponax; un trozo de encaje. Todo aparece

en discretos rinconés ó en chozas improvisadas en la espesura.



Es un viaje de novios delicioso. Un retorno encantador á la naturaleza.

Los primeros meses no suelen incorporarse á ninguna partida. Corren á la ventura. Sacian su sed en los arroyos. Duermen el abrasado sofoco de los mediodías bajo la dulce sombra de los plátanos, ó bajo enramadas cubiertas de tupido follaje. Viven una vida paradisíaca, no exenta de encantadoras emociones, y soportan alegres la frugalidad de los alimentos cuya escasez suelen reparar llenándose la boca de glotones besos. Llevan una vida de pájaro con la obligación de construirse el nido casi á diario. La tarea es sencilla: dos hojas de yagua y una techumbre de ramaje; esto basta para resguardarles de la lluvia; el rocío de la noche impregna, sin molestar, la tibia atmósfera del nido.

Interrumpo mis reflexiones porque creo oir fuego á vanguardia. Me advierten los guerrilleros que es una *piña de ratón* que al prenderse produce ruido semejante á los disparos de fusil.

Día...

Ayer acampamos sobre el sitio que acababa de evacuar una partida insignificante.

Los tiroteos se suceden á diario. Hoy, al levantar el campamento, unos rifleros apostados en el bosque dispararon con rabiosa insistencia. Ordené no contestar al fuego y proseguí la marcha con la guerrilla

cerrando la retaguardia. Siguieron acosándonos los disparos.

—¡Los zapatos! ¡Los zapatos!—oí decir á los guerrilleros. Y casi al mismo tiempo sacó mi asistente de las alforjas un par de zapatitos de mujer nuevos flamantes y de delicado corte.

Supe que los encontraron en el campamento. Reconstituí en la imaginación la historia de una pareja amorosa, obligada á incorporarse á una partida. ¿Sería aquel su primer ensayo? La amorosa tórtola habría tenido que huir descalza á través de la maleza. Ante la presencia de los ensangrentados pies de la hembrita juró venganza el doncel y era tal vez el que más rabiosamente disparaba desde el fondo del guayabal.

Conforme replegaba la gente al paso, un golpe seco resonó á mi izquierda y el guerrillero más inmediato se tambaleó sobre el caballo.

— ¡Ah! — gritó llevándose repentinamente una mano á la cabeza. Y, reponiéndose, prosiguió erguido sobre el caballo:

—De esta *nao morreu.*

Y el portugués—como le llamaban todos en la guerrilla—me enseñó una mano ensangrentada y en la palma de ella el proyectil, que con escasa fuerza había ido á aplastársele en los huesos del cráneo. Le vendé con un pañuelo, y proseguimos la marcha fuera del alcance de los tiros sueltos.

Día...

Llevamos sin descansar las operaciones y esta guerra amenaza no acabar nunca. Desde hace un año estamos haciendo idénticas marchas, idénticas maniobras. Los sucesos se repiten con insulsez fatigosa. Casi no tengo nada que anotar en el diario.

Anoche salí con la guerrilla á sorprender un campamento situado en las inmediaciones de Veguitas.

La confidencia nos dijeron ser exactísima y el mismo confidente se brindó á servirnos de práctico.

Fué preciso dejar los caballos y emprender la caminata á pie.

La noche era tenebrosa y nos fué preciso andar á tientas con el mayor silencio. A las dos horas de marcha, caminando monte á monte, salimos á una clara del bosque en medio de la cual se destacaba la confusa sombra de tres bohíos, cuyas *yaguas* dejaban, en uno de ellos, escapar á chorros la luz del interior.

No podía escaparse la caza. Dividí la fuerza en cuatro grupos y dejé uno de reserva en el bosque. Ante nosotros se extendía una cerca de madera abatida por algunos sitios. La noche clareaba bajo el fulgor de multitud de estrellas y del firmamento

bajaba un dejo de claridad sobre aquel espacio libre de bosque. Ordené que dejasen en tierra los sombreros de paja que clareaban en la obscuridad y mandando desenvainar los machetes, con la prohibición absoluta de hacer fuego, designé los puntos de dirección para el ataque y á una señal mía caímos con ímpetu sobre el bohío iluminado, que con la sacudida amenazó derrumbarse.

¡Nada! Un enorme candil pendiente del ennegrecido techo oscilaba á impulsos del encontronazo y dibujaba en el suelo la silueta de buen número de hamacas colgadas. Registramos los bohíos inmediatos; destellaban las hojas de los machetes, y entre las sombras nos llamábamos en voz baja por el nombre de la guerrilla.

Fué infructuoso el registro; ni un alma, ni un sér viviente. Recorrimos los alrededores y sólo pudimos encontrar huellas de la reciente huída del contrario.

No era posible que nos hubieran sentido, y asaltándome al pensamiento la desconfianza y la sospecha de que el confidente nuestro que procedía de las filas insurrectas lo hubiera sido también de sus antiguos camaradas, tentado estuve de degollarle allí mismo.

Temiendo una asechanza, tomé durante la marcha precauciones y me restituí al campamento cuando clareaba el día.

Día...

La noche pasada acampamos cerca de los derrumbaderos del río Buey.

Hoy de madrugada salimos á hacer un reconocimiento sobre el puente que había de atravesar la columna. Le había ocupado el enemigo por ambas márgenes y por ignorancia del práctico recibimos la descarga de encontronazo. Metidos en un callejón de bosque, no era posible desplegar y tuvimos que abordarle sable en mano á lo Bredow.

Sobre el mismo puente de madera alcanzamos dos de los menos diligentes, que rodaron como ensangrentados guiñapos bajo las patas de los caballos. A uno de los nuestros le sirvió de tajo el pretil y tiene media cabeza rebanada.

Hemos hecho lo de siempre: cambiar bajas. Tengo algunos heridos, y de ellos dos, uno con un enorme balazo en el vientre, y según el médico, ofrecen muy pocas esperanzas de vida.

Escasamente llevo veinte hombres á caballo y los demás he tenido necesidad de desmontarlos, porque

las cabalgaduras eran un embarazo en la marcha.
Los veinte caballos espero dejarlos hoy en el ca-



mino. No me explico cómo han podido resistir la última carrera.

Son una armazón de huesos y pellejo, que bajo la acariciadora mano de los guerrilleros suena á maleta vacía.

Los ojos de los tristes animalejos desaparecen opacos y próximos á vidriarse, bajo las cuencas que semejan cuévanos.

Por debajo de las monturas sudan los lomos de los rocines una corrupción verdosa y purulenta que trasciende á largo trecho.

Las auras nos escoltan con vuelo bajo, y llegan en su impaciencia á posarse en las ramas de los árboles más inmediatas á nuestras cabezas, y desde allí, con las alas extendidas en cruz, contemplan el desfile con fijeza interrogadora y descaro inaudito.

Día...

Nos faltan dos jornadas para llegar á Cauto. Anoche nos sorprendió un chaparrón copiosísimo en el camino y no nos dejó hasta que acampamos, ya bien entrada la noche.

Cuando salí por los alrededores á buscar reses

con la guerrilla, encontramos, al regresar, un hombre desnudo y tendido en el encharcado sendero que seguíamos. Por la respiración únicamente daba señales de vida. Fué imposible hacerle hablar ni aun mantenerse en pie: se doblaba como cuerpo muerto. Mandé que lo subieran á un caballo y á modo de costal lo condujo sobre la silla un guerrillero.

Ordeno que le descarguen en el suelo junto á una de las grandes fogatas que hay encendidas en el campamento.

Inútil de todo punto interrogarle. Dispongo que le aproximen á la hoguera y cuando amenaza tostarse su piel prorrumpe en alaridos:

—¡Español! ¡español! ¡español!

Nadie lo conoce. No es posible hacerle hablar más.

Duerme con profundo sopor, y á cada una de mis amenazas contesta invariablemente:

—¡Español! ¡Español!

Pronto excita la algazara de los guerrilleros:

—Cortarle una oreja.

—¡Español! ¡español!

—Cortarle un brazo.

—¡Español! ¡español!

Dispongo que le aparten de la orilla del fuego en el que amenaza chamuscarse y le hago reconocer

por soldados de los diversos cuerpos que componen la columna. Al fin le reconocen los de la retaguardia como asistente de un amigo mío, que, obligado á dejar la acémila, se bebió los dos galones de ron que conducía.

Del bosque de la izquierda nos hacen tres disparos á quemarropa de mi servicio avanzado:

—¡Español! ¡español!—gritó con inusitada alarma el borracho revolviéndose en el barro.

Día...

La marcha de hoy amenaza ser penosa. Y á juzgar por el aspecto del día, ceniciento y sucio, el chaparrón no tardará en acompañarnos.

En las primeras horas de la tarde haciendo sobre la marcha un largo reconocimiento y desviados del camino hemos sorprendido en una ancha tala de un bosque un campamento.

La confusión y la gritería á nuestra llegada han sido indescriptibles. Hombres, mujeres y chicos corrieron en todas direcciones. Los hombres en la

huida disparaban sus tercerolas; las mujeres con las faldas remangadas hasta la cintura, corrían con más velocidad que hombres y chicos.

Me fué imposible cercar el campamento, que surgió de improviso á nuestros ojos y en medio de los disparos de ellos y entre espantosa gritería.

Fué preciso caerles encima en pelotón y arrollar el grupo que se hizo fuerte en la linde del bosque.

Recogemos del suelo cuatro heridos, que todavía conservan en sus manos las tercerolas humeantes. No tolero que se les toque, y después de mandarlos atar, prosigo la marcha á incorporarme á la columna.

El estado de las ropas de los prisioneros no puede ser más miserable y astroso. Los dos más graves son: un guajiro viejo y fuerte, que tiene un muslo atravesado, y un muchacho imberbe cuyos modales y restos de vestidos acusan su clase acomodada.

Del hombro del joven y del muslo del viejo mana abundante sangre, que la lluvia lava con violencia extendiendo la mancha por las andrajosas ropas.

Les invito compadecido á que suban á un caballo. El viejo acepta al fin; el joven se niega con terquedad inquebrantable y suplicante, y veo asomar á sus ojos esa sombría humedad de las desesperaciones supremas.

Día...

Mañana entraremos en Cauto. Acampamos en las inmediaciones del río de su nombre.

A través de los troncos de la selva veo una larga extensión de potrero, iluminada de lleno por una luna clarísima. Allá en el fondo, sobre la barranca por donde corren las aguas del río, pasa una ligera gasa blanca, producto de las evaporaciones. La noche respira un suave aliento, impregnado de luz y de blandura.

Duerme el campamento, y con inquietud febril se revuelven los heridos bajo las mantas que los amparan del relente.

El práctico Olivera viene á sentarse á las inmediaciones de mi hamaca.

—Mañana, – me dice,—encontrará en Cauto á sus antiguos compañeros de Colón.

—Sus antiguos tiradores se alegrarán de verle; ¡carijo! siempre preguntan por V.

Me habla de muchas cosas, y al preguntarle por los prisioneros, dice que los conoce á todos.

—Mire ¡qué demonio! el más joven, el muchachito me hizo llorar ahorita poco. Vea qué *sanaco,* meterse en estas tragedias. Si él nunca fué mambí, ¿sabe? Es hijo de español y se fué al monte por los amoríos de una guilopa, chavala también como él. Escuche lo que me dijo ahora: que no quiere que le curen; que si el médico le pone vendas, se las quitará: que él quiere morirse ó que lo maten; que se *fajó* con nosotros creyendo que lo mataríamos. No se presentó porque tenía prisa de que le matasen y á él le faltaba valor para hacerlo por su mano. Créame que es verdad lo que dice, y si sigue así de desasosegado toda la noche, no tarda *naita* en darle el pasmo.

Me picó la curiosidad y dejé hablar á Olivera hasta conocer la historia del herido, recordando la expresión de amargura que adiviné en el fcndo de sus ojos.

Era un machito de las silvestres y amorosas parejas. Huyó al principio de la insurrección con una chiquilla delicada, de frente virginal y candorosos ojos. Los primeros meses transcurrieron con una dulzura embriagadora y anidaron sus amores por las inmediaciones de Manzanillo. Al cabo tuvo él que incorporarse á una partida y á ella llevó su dulce carga, su idolatrada *Cachita.* Juntos lloraron los

primeros sinsabores de la marcha. El, tierno y solícito, atendía con singular esmero á hacerle más so-



portables las fatigas. Caminaban á retaguardia siguiendo el rastro de su gente, y cuando no lograban

caballo cruzaban los ríos, llevando él en brazos á su mimosa compañera. Ella se dejaba adorar al través de aquella vida de aventuras. El aspiraba enloquecido el aroma de aquella flor abierta á sus caricias bajo un rincón de fronda y en medio de una noche bañada de rocío, acariciados entrambos por el aliento debilitante y tibio de las sombras.

Habíase impregnado de su cuerpo, de su esencia. Llevaba en las venas sangre de su sangre, á fuerza de beberla al curar con sus labios las heridas que la maleza originaba frecuentemente en los pies de su Cachita.

¡Seis meses de delirio! ¡seis meses de idolátrica ternura! . . . .

Una noche desapareció la hembrita con el mulato que mandaba la partida.

Quedó solo él, enteramente solo entre las hogueras del abandonado campamento y estrujando entre sus manos un miserable papel de despedida: «La partida iba á engrosar las de Occidente.»

Creyó morir bajo la rudeza del golpe, y falto de valor para arrancar por su mano aquel jirón de vida que le alentaba, vagó por los bosques por espacio de muchos días. Durmió en sus pasados nidos. Recorría una por una todas las chozas por él construídas con adorable solicitud para su parejita. Lloró, suplicó en las sombras; caído de bruces sobre las *yaguas* que aun parecían guardar el tibio calor de

aquel cuerpo fementido, llamábale con desgarradores sollozos que retumbaban en el bosque.

Invadido de súbita congoja, veinte veces creyó que tendría valor para matarse.

¡Imposible!

El resto de la historia ya lo sabía. Por invitación de Olivera, me acerqué al árbol donde descansaban los prisioneros.

El soldado de vigilante nos dijo que el más joven se había arrancado el vendaje y deliraba mucho.

Creí ver en su descompuesto semblante y en sus agarrotados puños los primeros síntomas del tétanos.

—¡Maldita causa!... ¡Maldita tierra!... ¡Malditos los blancos que sacrifican su vida por poseerla!... Acabará por huir también con el mulato...—decía; y revolcábase á ratos entre sus compañeros despiertos y silenciosos, y sus ojos encendidos por abrasada fiebre, iban invariablemente á fijarse sobre la vasta extensión de potrero que enfilaba á través de los árboles el camino de Occidente, bañado de lleno por la luz de la luna, que lenta y gradualmente descendía con risueña mueca en medio de la serenidad del espacio saturado de calma y de dulzura, y volvía á su estribillo con estertores de agonía:

—¡Maldita causa!... ¡Maldita tierra!... Acabará... por... huir... también con el mulato...

Día...

Al entrar en Cauto en el embarcadero, noto con insistencia que mis antiguos compañeros de armas me saluda con mal disimulada expresión compasiva.

Al acercarme á un corro enmudecen todos y observo les invade cierta expresión de embarazosa angustia.

Se esfuerzan por sonreir á mis preguntas, y uno de ellos, enlazando un brazo por mis hombros, me dice:

—¿Sabes que ha habido un combate duro en Pinar del Río?

No necesito oir más y arranco la explicación completa:

¡Mi hermano Luis ha muerto al intentar dar el asalto sobre una posición enemiga!

Día...

...Dulce es la caña,
pero más lo es tu voz...

Odio la habanera, me sofoca, me angustia y me obliga á encerrarme en el camarote durante muchas horas...

No he subido una sola vez sobre cubierta sin que, al cruzar el saloncillo, haya dejado de oir arrancar al piano las dulzonas y cadenciosas notas de la canción de moda...

Navego á bordo del *Colón* con rumbo á España. No puedo precisar los días que llevo en el barco. No han tenido para mí color las mañanas, las tardes ni las noches, y las horas han resbalado á mi alrededor como una pulsación extraña á mis sentidos.

Poco á poco voy despertando á la vida y los seres y las cosas que me rodean van llamando progresivamente mi atención.

Según el camarero, llevamos cuatro singladuras, ¡cuatro días! Desde la litera donde estoy tendido y á través del cristal de la mamporta, diviso una larga extensión de mar gris y removido. Los balanceos del buque son intensos y acompasados.

Creo que ya no se divisan las costas de la Florida. No he visto nada en estos días. No tuve valor para subir á cubierta en el instante de zarpar el buque.

¿Para qué despedirme si he de volver? ¿Para qué asomarme á ver la línea de costa si no se borra su imagen de mi imaginación?

Tengo muy presentes todas sus ensenadas, sus puertos y la enhiesta línea de montes que en el centro cruza á lo largo la provincia de Pinar del Río.

Me bastaron las horas de travesía desde la Habana á Bahía Honda para que mi apenado espíritu, convertido por la amargura en placa sensible, grabara con trazos imborrables la imagen de aquellos contornos.

La cordillera central, revestida de maleza, se alza abrupta y crespa con tonos sombríos. La costa se extiende á sus pies resquebrajada y removida en suaves ondulaciones. Todo, todo lo veo ante mis ojos. Y la imagen ha sido estas noches pasadas tan poderosa, que adormeció por completo mis sentidos: Primero la extensa bahía: en el fondo una línea de montes ocultando el pueblo; después el sendero por donde corrí desalado. Más tarde, mi entrevista con

mi hermano mayor al llegar á las primeras casas del pueblo. Nuestro abrazo en el cementerio, en aquel cementerio reducido, al pie de un sarcófago blanco adornado con una cruz de madera. Cuando mi hermano, abrazándome convulso, me dijo:

—¡Aquí está! ¡Murió abrazado á la laureada de sus sueños!

Todo lo he visto en el espacio de estos días y noches sin color, y en tanto las horas resbalaban á mi alrededor como una pulsación extraña á los sentidos.

¡Pobre Luis!

. . . .



Llevamos tres días de espantoso temporal. El pasaje permanece encerrado en sus camarotes entre angustiosas bascas y lastimeros gemidos. Somos muy escasos los que asistimos al comedor. El capitán no ha bajado del puente un solo momento. Corremos una recia borrasca de lluvia y viento huracanado. La cerrazón del mar y del cielo es imponente.

Hoy he subido sobre cubierta, y aprovechando el espacio entre dos ráfagas de viento, he cruzado, agarrándome á la pared, á la caseta del timonel, inmediata á la puerta de la cámara-saloncillo.

El «Colón» navega por entre una bruma espesa y cenicienta. A pocos metros la vista no distingue en-

tre el color del mar y del espacio. Montañas de agua resbalan á lo largo de las bandas del buque amenazando subir á las bordas, ó van á estrellarse con estruendo semejante al de potente y lejano cañonazo sobre la proa del barco, que recoge á cada paso anchas sábanas de chorreante espuma que barren la cubierta y llegan á veces á estrellarse contra los cristales de mi observatorio.

El barco se alza ó se hunde alternativamente sobre la popa y en cada uno de estos balances la hélice fuera de las aguas trepida con vibración potente y anhelosa.

Llevamos menos marcha, según me dice el contramaestre; y aun así, hay momentos que el buque parece que va abrir tunel á través de las montañas de agua que á cada instante, se avecinan, espumosas, por la proa.

Los escasos marineros que transitan por cubierta lo hacen con precaución y agarrándose á las cuerdas que sirven de improvisados pasamanos. Desde aquí les veo cruzar, bajo los extraños capacetes y enfundados en los trajes de goma que chorrean agua y amarillean con brillo de ámbar.

—¿Durará esto mucho?

Día...

El barómetro y el contramaestre me contestan con idéntica ambigüedad.

En el comedor donde ahora escribo, las lámparas y todos los objetos suspendidos oscilan ó tintilean con las bruscas sacudidas del barco, y en su fragilidad sonora entonan acompasados un himno á *Cardan*. Discurren los camareros á lo largo de los pasillos donde ha sido preciso encender luces. Y el desasosegado pasaje alterna en los entreabiertos camarotes, las llamadas del timbre con las angustiosas bascas.

Al cerrar la noche aumentó la furia del temporal.

Los ojos de mi camarero no acusan la tranquilidad que trata de difundir en los camarotes que sirve.

Ha sido preciso cerrar las mamportas y reforzarlas.

De la intensidad de los vaivenes y de las bruscas sacudidas del barco protestan los seres y las cosas.

Acaba de romperse la botella de mi camarote. ¿Seguirá mi protesta también?...

Confieso que he sentido por un momento hondo sobresalto. En uno de los vaivenes del barco permaneció inclinada una de las bandas largo rato,—así se le antojó á mi incertidumbre,—y por la opuesta recibió brusca sacudida que haciendo crujir y retemblar el maderamen nos sumió bruscamente en las tinieblas, sembrando la alarma en los camarotes vecinos.

Por el camarero que trae á poco rato luces sé que la dinamo ha sufrido con la sacudida una descentralización y no funcionan los bombillos eléctricos.

La noche se prepara cruda y la tempestad de recuerdos tristes amenaza invadirme.

Día...

Amainó el temporal; y aun cuando el tiempo es inseguro, el sol ha permitido en estos días subir á ratos sobre cubierta.

El pasaje es numeroso, singularmente el de tercera. Las bodegas de popa y proa vienen atestadas de soldados enfermos y heridos.

La guerra devuelve su sobrante: palúdicos, disentéricos, tuberculosos, amputados. Sin esperanza de salvación en su mayoría, todos vienen en demanda del regazo patrio.

¡Quién sabe! Tal vez revivan al beso bendito de la patria y de la madre.

La impaciencia de llegar hace subir de continuo á cubierta aún á los más graves.

Desde la toldilla, veo ascender por las escalas, tapujados en mantas, á pesar del calor, y dando muestras de fatiga, cuerpos extenuados, manos y pies

color de cera y semblantes descompuestos con la horrible lividez de la muerte.

La guerra devuelve su sobrante. Todos aquellos cuerpos juveniles son el sobrante de otras tantas vidas segadas á lo largo de las ciénagas, en el fondo de los bosques ó en el encharcado suelo de los fortines mefíticos.

Algunos alientan milagrosamente; y bajo las lonas y encerados de cubierta ó al resguardo de los botes, conservan durante horas, y aun días, posturas de muerto.

Hemos perdido cuatro, que ha sido preciso lanzar al agua.

Paseando anoche mi insomnio por la toldilla presencié la fúnebre ceremonia del lanzamiento del último de los cuatro desdichados.

El movimiento desusado de la tripulación á altas horas de la noche me indicó que iban á proceder á alguna maniobra extraordinaria. Un marinero me puso al corriente.

Envolvían al barco las sombras. Empezaron á ascender tripulantes con algunos farolillos y á poco trajeron en hombros un bulto negruzco que descansaron en una de las bordas. Tristes y amortiguados campanillazos invitaron á la oración y me arrodillé á mi vez. Desde mi sitio y al reflejo de un farol vi brillar la casulla del capellán de á bordo. Confusa-

mente llegaba hasta mí el siseo del rezo, ahogado



por el estruendo de la hélice. El botavara de mesa-

na semejaba entre las tinieblas el brazo de una gigantesca cruz.

Creí ver á mis pies y en un rincón de la cubierta un enfermo que gemía ó sollozaba pugnando por incorporarse.

Duró la ceremonia breve rato; el fardo negro resbaló quejumbrosamente sobre un plano inclinado y abrió las aguas con chapuz estruendoso.

Día...

Mañana llegaremos á la Coruña, según dicen. A medida que transcurren los días se va reflejando con más viveza la ansiedad en el rostro de los enfermos.

¿Será el de anoche el último infeliz que abandonemos en la marcha? Los semblantes son poco tranquilizadores. En algunos, el simple bostezo se duerme bajo los inertes músculos y remeda la boqueada ansiosa de la muerte...

La habanera arranca melosa de las notas del piano y persigue como siempre mis tristes reflexiones:

Cuba, la isla hermosa
Del ardiente sol...

. . . .
. . . .

Día último...

El pasaje había velado en su mayoría. Al amanecer se empezaron á divisar las costas de España. La vista de la querida tierra iluminó por un momento los semblantes de todos y produjo desasosegado movimiento en el barco:

—¡*España*! ¡*España*!

Y como á un conjuro mágico empezaron á ascender moribundos á la cubierta; espectros sostenidos por los brazos de sus compañeros, agonizantes que lucharon desesperadamente con la muerte durante todo el espacio de la travesía:

—¡*España*! ¡*España*!

El pasaje de primera y el de segunda cruzaban impacientemente de una borda á otra. A la radiante alegría de los semblantes sanos, correspondía en los enfermos ese tinte arrebolado que tras las profundas crisis colorea las mejillas de los convalecientes.

El letal verdín de las ciénagas impreso en el rostro de los más graves, pugnaba por teñirse de un matiz rosado. Ilumináronse los ojos. Borróse por un momento de todas las pupilas la opaca sombra del dolor y de la desesperación infinita.



Deshaciendo el envoltorio de las mantas y arrastrándose sobre cubierta, un amarillento esqueleto con la cabeza vendada se asomó al nivel del suelo á uno de los agujeros que servían de desagüe al baldeo.

No veía nada y tendió la mirada suplicante á su alrededor. Unos marineros le alzaron sobre los hombros. Con postrera y cadavérica ansia tendió sus agónicos ojos á la costa, y con temblorosa mano sujetó para ver bien la venda que cubría su cabeza:

—¡*España*! ¡*España*!

Brusca bocanada de brisa saltó de tierra refrescando las ardorosas sienes de los moribundos.

¡La madre patria mandaba su tembloroso beso á aquella legión de sus desventurados hijos! Beso soñado; beso bendito; esperanza que en el fondo de las literas llevó á luchar con la muerte á los moribundos.

¡España! ¡España al fin!... ya podían morir sin otro anhelo...

Silbó la sirena con ansiosos gemidos. Bajo una mañana cenicienta y llorosa, el barco, entre bocanadas de humo, hendía las aguas majestuoso. Poco á poco, de entre el velo tupido de la llovizna fueron aclarándose los edificios, y la Coruña apareció á nuestros ojos.

Un cañonazo del puerto no tardó en anunciar nuestra presencia. Se acortó la marcha. Se izaron todas las banderas y gallardetes. Primero la lancha del práctico, después la de sanidad fueron atracando á los costados del buque. Más al fondo, desde innumerables botes, agitaban pañuelos y sombreros.

La ciudad se agrandaba por momentos bañando

sus pies en las aguas y tendida y resguardada por la falda de una línea de montes.

El puerto surgió sembrado por las innumerables jarcias de los buques. Más allá las altas chimeneas de las fábricas daban al viento sus penachos de humo, cuyas retorcidas espirales, ondulando á intervalos por la brisa, semejaban saludarnos desde lejos.

Justo agasajo rendido por la industria á los queridos hermanos que venían de defender un mercado allá en remotas tierras.

Tendí la vista sobre cubierta; la guerra devolvía el material inservible y desgastado.

¡Serían precisos nuevos esfuerzos, nuevos hombres! Lo exigía el problema que siempre habrá de resolver la pobre humanidad, en la misma forma que la más misérrima de las especies.

¡La lucha por la existencia! ¡La guerra, que en el fondo es lo mismo!

El humo de las fábricas trajo á mi mente el humo de los incendios. Uno pedía el otro. Las guerras seguían siendo en la humanidad las mismas; los pretextos eran diversos. El comercio y la industria floreciente y poderosa bajo la actual civilización, necesitarían cada vez más de la guerra para abrirse nuevos mercados ó sostener los actuales. No se contentaba la humanidad con sucumbir sin protesta al capital ó á la producción: era preciso crear tarifas, y la guerra de tarifas acabaría á dentelladas.

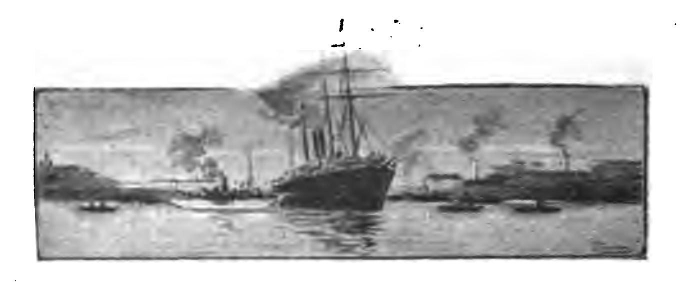
La solución de los delfines: el mismo problema y la misma finalidad.

Justo, muy justo el saludo de las airosas chimeneas á aquella legión de inválidos de la guerra. ¡Ay! pero el saludo sólo alcanzaba á los vivos. Los muertos quedaban allá abajo dormidos en cementerios olvidados, bajo una cruz sencilla de madera tosca: otros sin cruz dormían en plena sabana, á la sombra de los solitarios jobos; quienes más infortunados sepultaban sus restos á la vera de los caminos, en el fondo de las ciénagas, en el légamo del mangle, ó bajo las abrasadas arenas de la costa.

. . . .

Recordé las playas de Santo Domingo. ¿Dormirían también los de ahora el sueño del olvido en remotas tierras, sin que un simple mausuleo recordase, en el querido suelo que los vió nacer, el amargo sacrificio de sus vidas? No; no era posible; las aguas del mar al besar las costas recordarían á la madre patria la horrorosa desventura de los insepultos, y serviría de cadena de recuerdo la larga sarta de desdichados que en el fondo de los mares unía los dos continentes.

Vigoroso bramido de indignación lanzó la sirena avisando á las innumerables escuadrillas de botes



que bailoteaban en las aguas en medio de la alegre algarabía de parientes, deudos y curiosos, y el «Colón» ancló á corta distancia de los muellos bajo el desolado cielo de aquella mañana cenicienta y llorosa.

Coruña, 4 Junio 96.



ÍNDICE

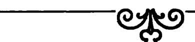
DEL MISMO AUTOR

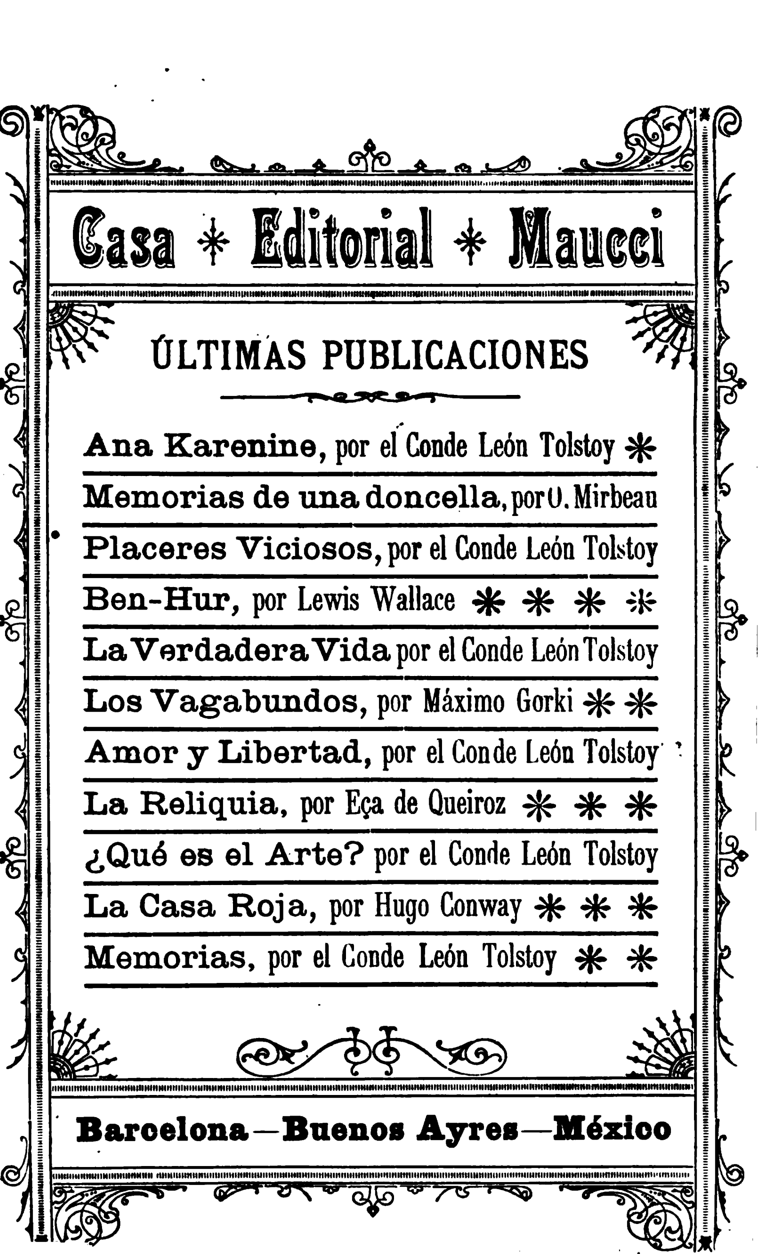
¡LA GUERRA!

FILIPINAS

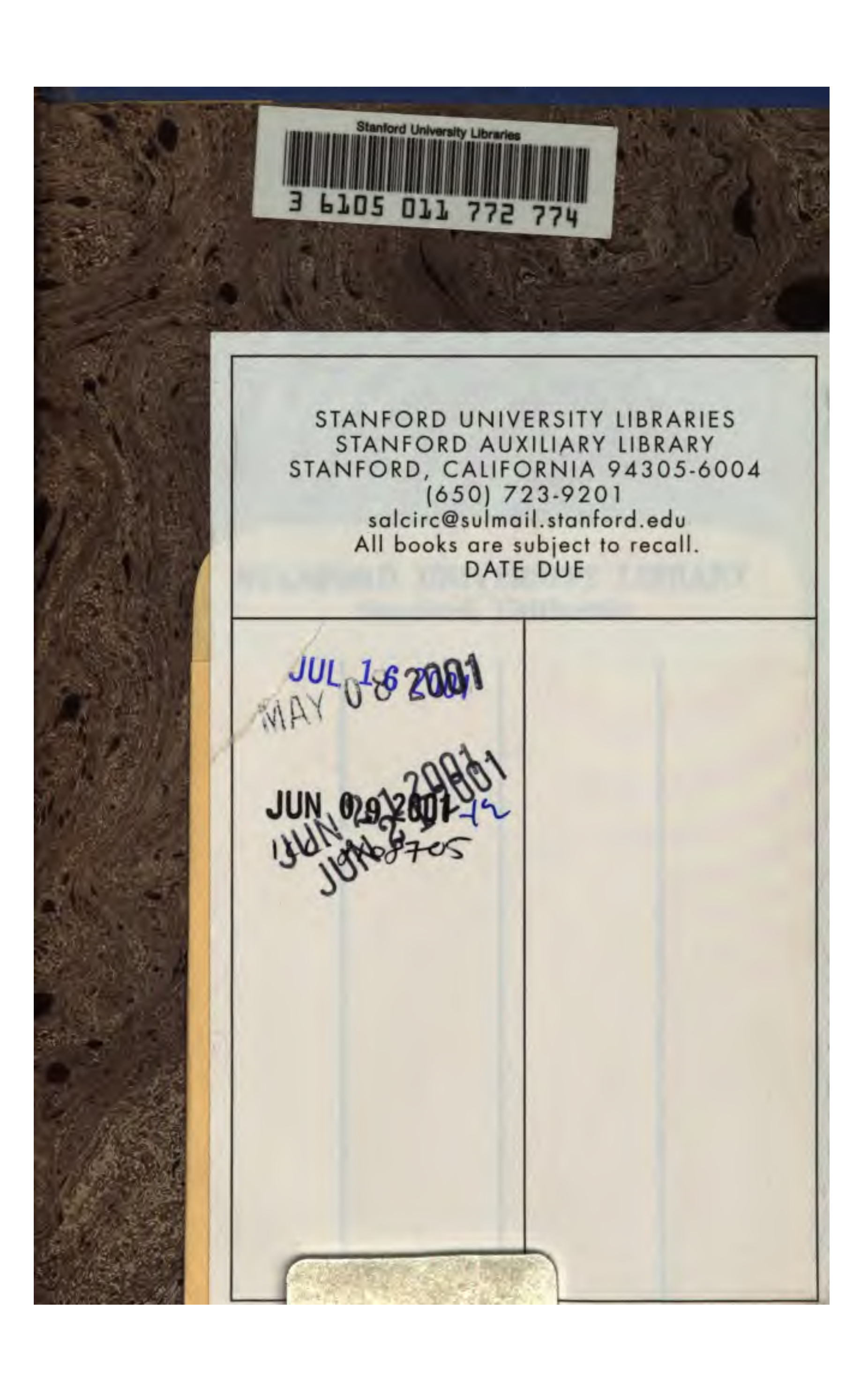
(MEMORIAS DE UN HERIDO)

Un tomo de más de 200 páginas, ilustrado con profusión de hermosos grabados.




Casa Editorial Maucci
ÚLTIMAS PUBLICACIONES
Ana Karenine, por el Conde León Tolstoy
Memorias de una doncella, por O. Mirbeau
Placeres Viciosos, por el Conde León Tolstoy
Ben-Hur, por Lewis Wallace
La Verdadera Vida por el Conde León Tolstoy
Los Vagabundos, por Máximo Gorki
Amor y Libertad, por el Conde León Tolstoy
La Reliquia, por Eça de Queiroz
¿Qué es el Arte? por el Conde León Tolstoy
La Casa Roja, por Hugo Conway
Memorias, por el Conde León Tolstoy
Barcelona—Buenos Ayres—México





Stanford University Libraries
3 6105 011 772 774
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD AUXILIARY LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(650) 723-9201
salcirc@sulmail.stanford.edu
All books are subject to recall.
DATE DUE

